



Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Universidad del Perú. Decana de América

Facultad de Ciencias Sociales

Escuela Académico Profesional de Historia

**El Patrimonio Cultural en el Perú. La conservación de
las antigüedades: discurso, debate y propuestas 1900 -
1921**

TESIS

Para optar el Título Profesional de Licenciado en Historia

AUTOR

Ruly Adrián OLÓRTEGUI VAQUERIZO

Lima, Perú

2004



Reconocimiento - No Comercial - Compartir Igual - Sin restricciones adicionales

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

Usted puede distribuir, remezclar, retocar, y crear a partir del documento original de modo no comercial, siempre y cuando se dé crédito al autor del documento y se licencien las nuevas creaciones bajo las mismas condiciones. No se permite aplicar términos legales o medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros a hacer cualquier cosa que permita esta licencia.

Referencia bibliográfica

Olórtegui, R. (2004). *El Patrimonio Cultural en el Perú. La conservación de las antigüedades: discurso, debate y propuestas 1900 -1921*. Tesis para optar el título de Licenciado. Escuela Profesional de Historia, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, Perú.

ÍNDICE

Presentación.	Pág. 3
Introducción.	Pág. 5
Capítulo 1° La Nación.	
Imágenes y proyectos.	Pág. 16
La generación del 900 y la Historia.	Pág. 25
El culto a la Historia.	Pág. 29
Capítulo 2° Monumentos de la Nación	
Nación y ciencia en la apropiación antigüedades	Pág. 42
Uso y abuso de las antigüedades	Pág. 56
Capítulo 3° Gobierno y sociedad en la conservación de antigüedades.	
Discursos.	Pág. 70
El Instituto Histórico del Perú y el Museo de Historia Nacional	Pág. 77
El Instituto y el Museo en la Educación Moral.	Pág. 91
El Museo y el rescate de la Historia.	Pág. 95
Asociaciones por la protección de antigüedades.	Pág. 105
¡ A proteger Choquequirau!	Pág. 106
La ciencia, pero bajo la ley	Pág. 116
¡Las antigüedades son propiedad pública!	Pág. 123
Conclusiones.	Pág. 131
Bibliografía.	Pág. 134

PRESENTACIÓN.

Elegir un tema para la monografía de tesis no es difícil, llevarlo a la realización y culminarlo es la parte complicada: la carencia de medios económicos, las pasiones políticas a finales de los años 90 y mi débil salud, varias veces quebrantada, prolongaron en más de una vez esta tesis. No pretendo justificarme ante la larga espera de los amigos que siempre me incentivaron para culminar la tesis, expectativa que espero la presente investigación satisfaga. Por el contrario, resulta importante hacer un recuento de los periodos o etapas en las cuales se fueron desarrollando mis ideas respecto a la tesis y al aporte de personas. Debo agradecer a Eduardo Toche, profesor y amigo, quien nos abrió generosamente su hogar donde compartir y discutir opiniones y comentarios sobre el país, la universidad, así como también proponer temas de investigación para la licenciatura, en compañía de Mario Meza, Gerardo Álvarez, y de seguro, el recordado Gustavo Lázares lo hubiera cumplido, si no fuera por su repentina desaparición. Lamento que yo no pudiera concluir mi investigación en ese ambiente extraacadémico.

Al terminar la universidad era mi deseo realizar una investigación sobre el siglo XVI en el contexto geográfico del Callejón de Conchucos (Ancash) relacionado a una competencia en la construcción de las iglesias en los pueblos de Huari y Yacya. Lamentablemente el proyecto tuvo que truncarse por las razones ya señaladas. En la actualidad el altar de la iglesia de Yacya permanece a la intemperie pese al valor artístico e histórico de la época en que fue construida. Su abandono y destrucción paulatina me llevó a la incesante pregunta ¿Por qué se permite la destrucción de una representación material del origen de los pueblos? Decidí gestionar ante el Instituto Nacional de Cultura (INC) de Huaraz y Lima, y ante las propias autoridades locales, esfuerzo tanto personal y de grupo, por proteger el mencionado altar, sin encontrar resultado efectivo por parte del INC, encargada de proteger nuestro patrimonio. Fue esta inquietud la que poco a poco me llevaría a interesarme por el tema de la conservación del patrimonio cultural.

Ahora surgía la necesidad de elegir el periodo a investigar. Las clases de “Historia de América Contemporánea”, siempre fueron estímulos, donde el profesor Carlos Contreras señalaba que el siglo XX se presenta como un periodo alejado por los historiadores, e invitándonos a investigarlo. Considero que las tesis de Mario Meza y Gerardo Álvarez concurren, y por consiguiente la mía, a la invitación formulada.

Mi desempeño de “promotor del patrimonio cultural”, en la Dirección de Patrimonio Histórico Monumental y Turismo de la Municipalidad de Lima, alimentaron mis ideas respecto al abandono por parte del Estado de su pasado material. En ese andar conocí a Mariana Mould de Pease a quien agradezco por cederme generosamente sus manuscritos, publicaciones y opiniones que sirvieron de mucho en la investigación, además de encontrar en ella estímulo sobre un tema que le interesaba. Mi profundo agradecimiento por igual al profesor Carlos Contreras por sus revisiones y replanteamientos de la tesis; cualquier omisión es de mi absoluta responsabilidad. A los amigos de ayer y de hoy y, espero por siempre, Gerardo Álvarez y Mario Meza. Finalmente agradezco a mi extensa familia: los Arana, los Vaquerizo y los Olórtegui por su apoyo y paciencia.

Ruly A. Olórtegui V.

Diciembre, 2004

INTRODUCCION.

La Historia del Perú está marcada por etapas que dejaron su huella en la psique colectiva de nuestra sociedad, expresado en un acendrado racismo -hoy, menos evidente- y en sus diferencias sociales y económicas como consecuencia de la ruptura histórica producida por la conquista española que inició el despojo, a los hombres andinos, de su concepción y de sus pertenencias materiales generando un constante conflicto genealógico en la sociedad peruana. Como M. Quero explica “esa partida de nacimiento nos hace entrar en una crisis de definición en torno a la identidad nacional que se inscribe como un desgarramiento inicial desde la conquista” (Morgan Quero 1997: 118)

Esta trágica experiencia marcó profundamente la vida social del Perú. Una sociedad desencontrada como nación, con sus clases sociales y con las expresiones materiales de su historia. Fue a inicios del siglo XX que el Perú entró a un proceso de estabilidad política y económica, atrás quedaban las ruinas materiales de la guerra del Pacífico, los resentimientos de las guerras caudillistas entre caceristas y pierolistas, las pugnas entre el partido civil y el partido demócrata, etc., mas no los discursos que demandaban en alcanzar una sociedad integrada y moderna; una nación, anhelo deseado por las elites modernizadoras. Fanni Muñoz hace uso del término elites, el cual según la autora da facilidad de pluralidad y liderazgo en una sociedad. Esta noción hacemos nuestra para utilizarla en el presente trabajo.¹

La crisis emocional producto de la guerra con Chile perfiló en la esfera pública la necesidad de formar el carácter nacional. Para la conformación de una auténtica Nación se propuso el estudio y difusión de la “Historia Patria”, la cual necesariamente obligó al estudio de las fuentes del pasado. Las denominadas “antigüedades nacionales” fueron consideradas entonces como elementos

¹ Fanni Muñoz señala que en el proceso de la modernización de la ciudad de Lima, de finales del siglo XIX, al interior de las elites se encontraban segmentadas entre lo tradicional y lo moderno. (F. Muñoz 2001)

importantes en la construcción de la nacionalidad peruana. La propuesta no sólo quedó en el discurso, sino también se llevó a cabo determinadas acciones de gobierno en nombre del Estado, creándose instituciones que la promovieran. El Instituto Histórico del Perú (1905) y el Museo de Historia Nacional (1906) fueron los espacios institucionales en los cuales se pretendía cultivar el sentimiento patrio de los jóvenes.

Es de notar además que el conocimiento arqueológico desarrollado a fines del siglo XIX condicionó la necesidad de las instituciones mencionadas, no sin dejar de aprovechar que las antigüedades pasaran a formar parte del discurso y una práctica promovida por parte de algunas elites. Finalmente, el proceso de modernización generó discursos y percepciones respecto al uso y valor que las antigüedades históricas podían ofrecer. En ese sentido la naturaleza de la investigación aborda en algunos momentos el tema de nación, en algunos la modernidad y en otros la discusión de las antigüedades nacionales; pero veremos que éstos tres ítems se entrecruzan e hilvanan un tejido discursivo. ¿Por qué es importante aprehender éste discurso? Será importante en la medida que nos permita comprender y entender los argumentos y percepciones que las elites tuvieron respecto a sus bienes culturales conociendo el rol que jugaron en algún momento en nuestra historia. Es nuestro deseo, recoger aquellos discursos, propuestas y estrategias, que elaboraron las elites y el gobierno, para proteger el patrimonio histórico monumental, es decir, cómo en la práctica esperaban alcanzar sus objetivos al disponer de sus antigüedades, además de conocer las argumentos en oposición que impidieron y obstaculizaron su realización en ley.

Problema de investigación.

El problema a desarrollar es el tratamiento que ha tenido el tema de patrimonio cultural, específicamente el arqueológico, desde la sociedad y el Estado peruano para el periodo de 1900 - 1921.

Una Institución internacional como la UNESCO, por ejemplo, señala que el patrimonio es un elemento para conocer y reconocerse los que vivieron en el pasado, elemento sustancial para fortalecer la identidad, además de otras consideraciones (1970 y 1972). Las definiciones expuestas por la UNESCO, en sus reiteradas declaraciones, constituyen el marco legal que hoy en día los países con un amplio legado cultural monumental instrumentalizan para la protección de sus bienes culturales. Bajo la premisa que los monumentos históricos constituyen el medio para conocer, reconocer y fortalecer la identidad de la nación se abren las siguientes interrogantes: ¿Cuál fue la relación entre el Estado y la Sociedad Peruana de inicio del siglo XX, respecto a su legado cultural? ¿A qué intereses respondió? ¿El discurso de modernidad incluía o excluía la defensa del patrimonio cultural? ¿Cuál era el sustento ideológico de intelectuales y políticos en el discurso de patrimonio cultural? ¿Qué significado tenía para la opinión pública la protección de los bienes culturales? Tras estas interrogantes el presente proyecto se orienta a rastrear y explicar los discursos y prácticas en materia de política cultural arqueológica ingresando al conocimiento de los cambios ocurridos en materia de propuestas y planteamientos por parte del Estado y la sociedad entre 1900 - 1921.

Objetivos.

- a) Conocer la percepción de los intelectuales y políticos respecto a la conservación y protección del patrimonio monumental. De este modo, ampliar los móviles que determinaron la intervención del Estado (creación de instituciones) con el fin de conservar las antigüedades durante el periodo en mención.
- b) Intentar reconocer las condiciones y circunstancias (nacionalismo, modernidad, etc) que influyeron en tema de las antigüedades históricas

Hipótesis.

- a- En los primeros años del Estado Oligárquico se promueve la construcción de un Estado Nación, tomando como elemento símbolo los vestigios del pasado; su

apropiación estatal se dio a través de las instituciones del Instituto Histórico del Perú y del Museo de Historia Nacional. El interés por las antigüedades como representación de la nación tuvo su difusión por las condiciones de la época: el sentimiento nacionalista generado después de la guerra con Chile y, por otro lado, la “explosión” de la ciencia arqueológica.

b- En el periodo denominado la “República Aristocrática” surgieron diversas corrientes y posiciones que pretendían cambiar el país. Uno de ellos fue el discurso de la modernidad que pretendía crear espacios públicos donde el ciudadano corriente sería inculcado con valores europeos, por otro lado el discurso de la nación pretendía formar “el carácter nacional” y para ello era necesario ocupar espacios públicos donde pudiera formarse la simiente de la patria. Es de reconocer que ambos discursos aceptaron, promovieron y halagaron tanto al Instituto Histórico y el Museo de Historia, que eran imprescindible necesidad para el progreso del país.

c- La persistencia historiográfica, respecto a que las elites fueron ajenas e indiferentes hacía la mayoría del país y, más aun, indiferentes respecto a su pasado histórico resulta cuestionable. Por el contrario, ciertas elites pretendieron darle valor nacional y científico; generaron un discurso que demandaba la inmediata protección de la antigüedades, demostrando con ello el interés y participación de cuidar el legado histórico.

Marco Teórico.

La ausencia de trabajos históricos respecto a este tema supone vacíos teóricos que nos limitan, no obstante, es menester mencionar el trabajo de Nolbert Elías *La Sociedad Cortesana* (1982) sobre los mecanismos de legitimidad social de la nobleza en el antiguo régimen. En dicho estudio hay una pequeña parte en la que se analiza las diferencias en el tipo de edificación y el uso de los espacios habitacionales que permitían manifestar el status y el poder del Rey; es decir la

edificación expresa un lenguaje de acuerdo al rol que se le asigne.² Este enfoque sociológico me permitió una inicial aproximación al establecer un lenguaje contextual a las construcciones y monumentos, si las construcciones europeas hablaban por qué no los objetos y construcciones prehispánicos a inicios del siglo XX. Desde esa perspectiva, Natalia Majluf y su estudio *Escultura y Espacio Público. Lima 1850-1879* (1994) me ha servido de modelo explicativo al interpretar el significado, que tuvo para la sociedad, la instalación de esculturas. Al mismo tiempo el establecer la continuidad en los proyectos nacionales, identificando en las expresiones materiales públicas a la nación peruana.

Otro texto que ha sido valioso para la comprensión de los proyectos modernizadores al final del siglo decimonónico es *Diversiones Públicas en Lima 1890-1920. La Experiencia de la Modernidad* (2001). Nuestro trabajo recoge la apreciación respecto a la diversificación de proyectos nacionales al interior de las elites. No cabe duda que la definición de “Estado Oligárquico” -el cual revalúa la autora- permite descubrir una variedad de puntos de vista de las elites.

Metodología.

El método a seguir corresponde a la Historia Social, identificando los móviles y expectativas que los grupos sociales otorgan a las antigüedades. Comprendiendo sus diferencias y coincidencias y analizando las circunstancias en que planteaban sus propuestas.

La explicación de la tesis está dividida en tres capítulos. En el primer capítulo mostramos a grandes rasgos los proyectos de Estado por consolidar la nación desde el siglo XIX y su continuidad en el siglo siguiente. Se analiza el discurso que reclamaba la difusión de la Historia Patria, en el inicial contexto del siglo XX, y la conservación de las antigüedades a fin de promover la formación de “el carácter nacional”. En el segundo se desarrolla el momento en que las antigüedades son

² Véase La Sociedad Cortesana (1982). Capítulo II. Estructuras habitacionales como índice de estructuras sociales. (1982:102).

reconocidas por la emergente representación política de Estado del siglo XIX. Además del valor reconocido por la ciencia etnológica, para luego mostrar la situación de abandono en que se encontraba y el uso que se les dispensara a pesar de los reconocimientos mencionados.

En el tercero, y último capítulo, desarrollamos extensamente la labor del Estado y de la sociedad en la conservación de las antigüedades. Una primera parte del tercer capítulo, dedicamos a las instituciones creadas por el Estado, reconstruyendo las expectativas de la sociedad frente a la creación del Instituto Histórico del Perú (1905) y el Museo de Historia Nacional (1906). Además de establecer la articulación entre el Estado y la sociedad para llevar adelante la realización del Museo de Historia. En la segunda parte, presentamos la formación de asociaciones en la protección de las antigüedades; analizando quienes la conformaban y mostramos sus demandas ante el gobierno para la expedición de una ley a favor de los objetos antiguos; se muestra los argumentos del conflicto entre quienes propiciaban la promulgación y los que objetaban los proyectos de ley sobre las antigüedades.

Fuentes

Las principales fuentes han sido los periódicos de la época, entre ellas *La Prensa*, *El Peruano*, y principalmente, *El Comercio*. Este último ha sido de valiosa información, me ha permitido ubicar las innumerables opiniones que se tenía respecto a las antigüedades y su influencia. He revisado las opiniones de los viajeros que visitaron el Perú, permitiéndome conocer sus juicios y valoraciones de las huacas a finales del siglo XIX. Se han analizado libros, revistas y artículos de la época, al respecto es pertinente dividirlos en dos partes. La primera corresponde a la publicación de texto para la instrucción en los colegios; de ellos hemos tratado de captar la imagen que se ofrecía de las antigüedades y del pasado anterior a la conquista. La segunda parte corresponde a libros que abordan directamente las antigüedades; muchas de ellas publicaciones personales, y otras realizadas por instituciones de ciencia como la Sociedad Geográfica de Lima y el Instituto Histórico. Es importante mencionar, también, las

revistas especializadas de arte y cultura como *Prisma* y *Actualidades*. He revisado los diarios de debates de la cámara de diputados y senadores del Congreso de la República, así como también de la Municipalidad de Lima, las cuales me ha permitido analizar las posiciones a favor y en contra de la ley que reclamaba la posesión de las antigüedades por parte del Estado. Finalmente, los trabajos de Mariana Mould de Pease han servido de valiosa información; sus diversos artículos me han proporcionado una mayor ampliación respecto al tratamiento de las antigüedades a lo largo de nuestra república.

Breve balance historiográfico

Estudios sobre las antigüedades en general podrían ser innumerable, abordados desde la arqueología y el turismo, incluso desde las viejas crónicas que describen el asombro de los españoles ante las construcciones amerindias, o los trabajos publicados por los viajeros siglos más adelante, sin dejar de mencionar las declaraciones dadas por la UNESCO. La amplitud de su estudio nos obliga sólo abordar aquellos trabajos donde el Estado dispone de sus bienes históricos a fin de lograr su conservación y estudio, es decir nos interesa comprender las acciones y motivaciones gubernativas dadas por las elites. Pese a la limitada publicación sobre esta materia no se puede dejar de mencionar algunos textos importantes que poco a poco han dado a la luz la relación del Estado, las elites -sociedad- y su patrimonio cultural.

Una vieja recurrencia de los estados modernos, en su afán de constituirse en representantes de su respectiva nación, es la creación de museos que alberguen en él las antigüedades que han marcado el tránsito de su Historia. Tal lógica no ha estado ausente en países de esta parte de América Latina, (México y Perú), lugares de asiento de civilizaciones con un alto grado desarrollo. Pese a tal herencia, los gobiernos no pudieron constituir verdaderos y majestuosos centros de acopio

patrimonial histórico.³ La imagen decadente e inoperante del museo en el Perú ha sido un discurso permanente en nuestra vida cultural, debido también a la corta vida institucional (falta de recursos económicos y otros).

Fue Julio C. Tello quien publicó, más de una vez, trabajos sobre la situación del museo peruano, calificándolo de “farsa, donde sólo hay un edificio...” y ello – según Tello– por la mala administración de su director.⁴ Su trabajo, “Presente y Futuro del Museo Nacional” (1913) inicia un duro cuestionamiento respecto a la organización del museo, y con ello a las decisiones de gobierno en la designación y descuido de la mencionada institución. Su crítica muchas veces personal contra Emilio Gutiérrez de Quintanilla (director del museo de Historia Nacional) llevó a que ambos se pronunciaran uno contra el otro, agravando con ello la situación del Museo. Un balance bastante pormenorizado de los enfrentamientos verbales y, la posición del Estado respecto a la situación del museo, se encuentra en la publicación que hiciera el propio E. Gutiérrez de Quintanilla, “EL Manco Cápac de la Arqueología Peruana” (1922). Tras el sulfuroso debate de pasiones y posiciones entre Tello y Quintanilla, las décadas siguientes se producirá una suerte de silencio, por la ausencia de libros que aborden el tema. Es todavía a final de los años 60’ que se publica un trabajo inédito de Julio C. Tello, escrito en 1941 en una suerte de último aliento intelectual, titulado “Historia de los Museos Nacionales del Perú” (1822-1946). En él, Tello mantiene su percepción respecto a la situación de las antigüedades, señalando la incapacidad del Estado peruano por proteger su amplio legado cultural y, de agrupar objetos significativos para enriquecer el Museo Nacional. Esta percepción sentó la premisa del discurso que evaluara al Estado en relación con su patrimonio cultural, como un Estado, bajo la conducción de las élites dominantes, desentendida de su pasado material y ajeno a los intereses de la nación.

³ Enrique Florescano señala que el primer Museo fundado en México, posterior a su independencia, tuvo un carácter administrativo durante gran parte del siglo XIX. Véase *El Patrimonio Nacional de México*. N° II (Florescano 2004: 156). En julio del 2004, llegó a mis manos éste libro, gracias a la amistad de Gerardo Álvarez, que es una compilación de artículos sobre los diversos bienes considerados patrimonio cultural.

⁴ Pronunciado en la sesión de la cámara de Diputados pp. 811 (H-6-1491) Legislatura Ordinaria diario de la Cámara de Diputados. Tipografía la Unión 1918.

Al siguiente año se publicó “100 años de Arqueología en el Perú” (1970), de Roger Ravines, un texto extenso y detallado, en orden cronológico de personas vinculados con las antigüedades. Su trabajo demuestra un desplegado esfuerzo por identificar “el aporte científico” de los que estuvieron en contacto con las construcciones y objetos antiguos, iniciándose -como dice el autor- “los comienzos de la arqueología peruana”, ubicando personajes y épocas; además de hacer un seguimiento de los cuadros evolutivos e interpretativos de las culturas anteriores a la llegada de los españoles.

En esta línea de acumulación informativa, nuevamente Roger Ravines, junto a Rosalía Avalos, publican “Las Antigüedades Peruanas y su Protección Legal” (1974) en el que amplían ligeramente las condiciones sociales en que se formaron y dieron inicio a la ley protectora de las antigüedades (1822). Con respecto al siglo XX, ambos sostienen que con la llegada de Max Uhle se tomó “rumbo decisivo” en el conocimiento de la historia pre hispánica. Es correcto que con Max Uhle se amplía el conocimiento arqueológico de los peruanos, no obstante, no toman en cuenta el contexto de la época correspondiente a un periodo de disertación nacional, tras la debacle de la guerra con Chile, coincidentemente con una política de modernización en la ciudad de los reyes: no nos dicen que significaba para las elites, las instituciones del Instituto Histórico del Perú (1905) y el Museo de Historia Nacional (1906), desde la perspectiva de la modernidad en Lima y desde los ideales de nación.

Es en los años 80’ que se realizan estudios cercanos a la relación entre el Estado y el patrimonio cultural. La legislación de la UNESCO fue un punto de partida para que se llevaran a cabo estudios referentes al rol del Estado, respecto a la conservación de sus antigüedades. El trabajo de Juan Anssi6n “Anhelos y Sinsabores. Dos d6cadas de pol6ticas culturales en el Per6” (1986) nos presenta, desde una perspectiva sociol6gica el tr6nsito de los gobiernos comprendidos entre 1963 – 1980, analizando documentos oficiales en materia de cultura, llegando a la conclusi6n que los textos de tales documentos no guiaron ninguna pol6tica de Estado. En esta suma de esfuerzos por introducir los principios

de las convenciones de UNESCO, un círculo de intelectuales publican “Patrimonio cultural. Balances y Perspectivas” (1986). El balance no puede ser más dramático y su perspectiva en una esperanza, en la medida que el patrimonio sea una fuente de la actividad turística. Algunas líneas de reflexión histórica sobre el patrimonio cultural las expresa Juan Ossío, al considerar que el abandono y destrucción del patrimonio arqueológico y colonial durante la República se produce por el desinterés de las elites “que prefirieron mirar más hacía afuera que hacía adentro” (1986:18). Esta afirmación fue un rasgo dominante en nuestra historiografía, que remarcaba: incapacidad del Estado peruano, desinterés de las elites y ausencia de proyectos nacionales. Coincidentemente, el estudio de Alfonso Castrillón, “El Museo Peruano: Utopía o Realidad” (1986) comparte tal interpretación, al señalar que “la burguesía criolla no se sintió identificada con la cultura nativa”. Sostener que las elites políticas no miraron nuestro pasado autóctono es una afirmación débil, que es necesario reevaluar; de aceptarse tal premisa es generalizar y obviar las diferencias al interior de los elites.

“Max Uhle y el Perú Antiguo” (1998) es un estudio de Peter Kaulicke y otros autores, el cual nos ubica en el contexto de las primeras décadas del siglo XX, dedicando gran parte al estudio de la labor realizada por Uhle en el campo de la investigación arqueológica y a su desempeño en el cargo en la sección “Arqueológica y tribus salvajes” en el Museo de Historia Nacional (1906). Aquí hay un avance significativo respecto a la descripción de las condiciones sociales, políticas y culturales en la época en que Uhle se desarrolló en el Perú, mostrándonos a grandes rasgos, un clima de nacionalismo que favoreció la creación del Instituto Histórico del Perú y el Museo de Historia Nacional (1998: 123-156). Empero no se precisa cómo las elites esperaban alcanzar la materialización de tales ideales, a través de las mencionadas instituciones, ni cómo fue su participación, obviando así un aspecto vital: la percepción y participación de las elites respecto a sus nuevos espacios de cultura que nosotros en la tesis sí tratamos de explicar.

Otro estudio interesante que se acerca a nuestro tema es “Los viajeros franceses en busca del Perú Antiguo” 1822-1914. (2000) del francés Pascal Riviale. Si bien el autor nos explica, desde el otro lado de la orilla continental, el contexto científico que promovió la extracción y apropiación de los objetos antiguos por parte de los viajeros franceses, es desde nuestra orilla del Pacífico que falta conocer ampliamente las razones locales que motivaron ciertos movimientos a favor de la conservación de las antigüedades, y que esta tesis pretende realizar.

Finalmente, Mariana Mould de Pease, a través de sus numerosos artículos,⁵ señala la importancia de realizar la “historia inmediata” de los monumentos y objetos de nuestro patrimonio cultural. Su valor reside, según la autora, en una comprensión mayor del contexto y el correspondiente argumento histórico que sustente su pertenencia y al mismo tiempo nos permite conocer la “continuidad histórica” de las antigüedades. Su trabajo “Macchu Picchu y el Código de Ética de la Sociedad de Arqueología Americana” (2004) va en ese camino, mostrándonos las argucias y manipuleo de leyes y contratos por parte de Hiram Bingham y por el propio gobierno de Augusto B. Leguía, al conceder el monopolio a la comisión de la Universidad de Yale para que realice investigaciones en la ciudadela de Macchu Picchu. Creemos que nuestra tesis aporta, en parte, a la investigación de Mould de Pease, al pretender mostrar la sensibilidad de la sociedad frente a la presencia de investigadores y comisiones científicas -como la de Bingham- que fueron vistas con reticencia por el despojo que cometían en las huacas.

⁵ Aquí algunos de ellos: *La Historia y la Arqueología como fundamentos para nuestro desarrollo*. En suplemento La Industria - Trujillo, 25 -agosto-1996. *El Patrimonio Cultural de la Nación en nuestra agenda Política*. EN Lundero, suplemento del diario La Industria - Trujillo, 29-junio-1997. *La Memoria Pérdida del Perú*. EN Mediterraneum Tutela e valorizzazioni dei beni culturali de ambientali. Masa Editore 2002.

Capítulo I La Nación.

Imágenes y proyectos por alcanzarla.

Acercarnos a la representación de la nación nos obliga a hacer un ligero repaso sobre la fundación del Estado Peruano, en su relación y función integradora con la sociedad, desde su vida independiente hasta las primeras décadas del siglo XX.⁶ Formar la nación, constituyó una objetivo esencial a realizar por los nuevos estados hispanoamericanos; esto significaba diseñar el manejo y control de sus ciudadanos localizados en un territorio demarcado, a través de discursos oficiales, establecimiento de un orden normativo e instituciones propias en la ejecución de políticas de Estado. Entonces: ¿Qué acciones políticas llevó a cabo el Estado peruano orientadas a la consolidación de la república y, por consiguiente de la nación? ¿Cuál sería la situación de la sociedad indígena en la representación nacional que avizoraban las elites?

Debe tenerse presente que alcanzada la emancipación del Perú, y su posterior decisión de elegir el sistema republicano como forma de gobierno, fue fruto de un prolongado debate iniciado en el seno de la Sociedad Patriótica de Lima; los defensores del sistema de la monarquía y de la república mostraron las debilidades y virtudes de estos sistemas para plasmarse en la realidad peruana. (Contreras y Cueto 2000: 56-62). ¿Sería posible llevar a cabo una convivencia de corte republicano bajo una sólida estructura social, y económica, basada en valores del antiguo régimen?. Era evidente entonces que las carencias y limitaciones en la implantación del sistema republicano obligó a sus impulsores a llevar a cabo

⁶ Una sugerente interpretación sobre este tema es la de Morgan Quero. “Estado y Representación en el Perú” (1997). En éste ensayo el autor desglosa una serie de ideas bastante interesantes sobre la fundación representativa del estado. Considera que el estado como abstracción y, a la vez, representación ha de ser visible institucionalmente y legalmente ante el individuo. Es decir, según el autor, el Estado maneja una referencia fundadora (política, social, económica, etc) el cual ha de garantizar y articular al sujeto - ciudadano para su armonía con la sociedad y con el propio Estado. “*El Estado es una abstracción que debe hacerse visible. En ese sentido juega al papel del espejo para cada individuo. En este espejo, la imagen que del individuo se refleja es y no es él (...) Por eso, el nacimiento biológico de los padres se complementa con el nacimiento en el orden de las instituciones y la ley*” (M. Quero 1997: 130 - 131)

proyectos de Estado a promover la consolidación de las frágiles condiciones y principios del sistema político elegido, es decir, el sistema republicano, que a final de cuentas prevaleció. Fue deseo de las elites, constituir en un moderno estado bajo una comunidad de ciudadanos ligada a él; conscientes de sus deberes y derechos integrados en una nación. Una pregunta interesante oportuna para los periodos señalados es la formulada por H. Bonilla: ¿Sobre qué se funda el concepto de nación? Los criterios de nación para la época aludida definía el compartir un mismo territorio y una misma lengua, lo cual dejaba lejos al Perú “donde no se limitó el territorio nacional sino varios años después de la emancipación política, donde se hablaba por lo menos tres idiomas” (Bonilla 2001: 78-79). El principio de la unidad lingüística y racial correspondió a la evolución del concepto de nación empleado por los estados modernos de finales del siglo XIX; antes -dice Hobsbawm-, por ejemplo en el año de la revolución francesa, el porcentaje de la población que hablaba francés era el 50 por 100 y sólo entre el 12 y 13 por 100 lo hablaban correctamente. La ausencia de la uniformidad lingüística no fue desfavorable en la existencia de la nación revolucionaria francesa, fue más adelante donde se le dio importancia ya que “indicaba la pertenencia a una colectividad humana” (Hobsbawm 1992: 71).

Ciertamente, la definición de nación de fines del siglo XIX, que uniformizaba lengua y elevaba la raza, fue la que dominó en Europa occidental como referencia continental de progreso y de civilización para los iberoamericanos. Ahora bien el concepto de uniformidad de nación significó para los nuevos estados americanos una imagen poca optimista en los habitantes; puesto que en nuestro territorio convivían diversidad de razas e idiomas. Bajo esta situación, la vista al horizonte en la construcción de un sistema republicano y de la nación en el Perú se encontraba distante. Súmase a ello los entrampamientos ya conocidos y vilipendiados por la opinión pública, empezando por el referente conceptual europeo de nación, de fines del siglo XIX, los enfrentamientos producidos entre los caudillistas y / o militares; la debilidad del fisco ligada a la corrupción, salvo el periodo del guano,⁷

⁷ Los ingresos, proveniente del guano, se destinaron para el sector militar: el pago de una burocracia y las guerras civiles desencadenadas. Al respecto Carmen Mc. Evoy señala: “... *una gran cantidad de las ganancias del monopolio estatal sirvieron para cubrir los gastos de las endémicas guerras civiles, que asolaron el país*”

que impidió a los gobiernos el poder consolidar la estructura del aparato estatal y, a la vez, permitiera afianzar su predominio; finalmente, las separaciones raciales marcadas profundamente por las grandes diferencias económicas y por los sentimientos conflictivos cobijados en la población indígena y criolla, que limitaban todas las posibilidades en el encuentro nacional entre los sectores de la sociedad. Este último aspecto fue el más duro de combatir, no sólo por el encono guardado durante siglos por la sociedad indígena al hombre blanco, sino también por que los criollos guardaron sus diferencias y temores; la separación entre la aristocracia criolla limeña y la sociedad indígena era muy grande como para tender puentes de fraternidad y conciliación entre una y otra. Ambas estaban separadas por sus propios valores, y que el sistema colonial a través de la conformación de las “república de indios” y “república de españoles” había creado, mantenido, conservado y recreado.

Aquellos ocultos sentimientos racistas de la elite criolla, emergieron, como lo demuestra Cecilia Méndez, ante el proyecto político de la Confederación Perú boliviana, situación que llevó a las elites limeñas, opositoras a la confederación y a su líder el general Santa Cruz, a esgrimir un discurso étnico excluyente a fin de producir en el reducido y protagónico imaginario social una animadversión y menosprecio hacia la persona y los planes políticos de Santa Cruz. Se atacó su condición indígena por línea materna. Así, el discurso proveniente de la pluma de Felipe Pardo, intelectual oficial y duro opositor a la confederación, contenía argumentos racistas en contra de lo indígena, ridiculizando la imagen del general Santa Cruz por su condición indígena por línea materna. Dos tipos de valoraciones se encuentra en el discurso de los opositores a la confederación Perú-boliviana; una de aprecio a los incas, y la otra despectiva a los indios. La derrota final de Santa Cruz dejó de lado el proyecto de reunificar el Perú y Bolivia, pero puso a la luz la posición social en que debía ubicarse el indígena, desde la perspectiva de los criollos limeños, en la representación nacional. Así, “el indio es, pues, aceptado en

intermitentemente desde 1854 en adelante. A partir de este crucial año la ecuación guano-guerra civil dio inicio a la destrucción sistemática de la hacienda pública peruana.” (McEvoy 1997: 129).

tanto paisaje y gloria lejana. Es “sabio” si es pasado y abstracto, como Manco Cápac. Es bruto o “estólido” e “impuro” y “vándalo” si es presente como Santa Cruz” (Méndez 2000:15-19). En suma, el discurso de lo nacional se definió a partir de la segregación del indio, simbólicamente representado por Santa Cruz.

Sentimientos racistas bajo la aceptación del sistema republicano, mostraban las paradojas y contradicciones que vivía el Perú decimonónico. Había que buscar otras dimensiones; es así que se ejecutaron obras en el medio ambiente urbano con la instalación de referencias materiales evocadoras de la nación sin importar su vínculo o no con el pasado del Perú. De este modo, los proyectos urbanos ejecutados en la mitad del siglo XIX abordaron el tema de nación, como ideal alcanzable bajo la creencia que a partir de la ejecución, modificación, renovación del espacio público y su correspondiente instalación de esculturas de tradición griega tanto en plazas públicas y en alamedas irradiarían representaciones e imaginarios del ideal de sociedad y de nación. Para la realización de tales ilusiones, fue el boom del guano lo que permitió al Estado y a las elites llevar a cabo tales proyectos de renovación urbana. Los contenidos ideológicos de los proyectos -colocación de esculturas públicas- se ocupó principalmente del ideal de progreso, así como de consolidar, en los espacios públicos, la presencia y el ejercicio del control por parte del Estado de sus “ciudadanos”, permitiéndole gradualmente lograr la cohesión de la sociedad en la anhelada nación:

*“ Levantar esculturas públicas significaba progreso y en consecuencia un rotundo rechazo a las tradiciones, como portador de valores eternos y universales.(...) El monumento prometía unificar la nación por medio de una representación supuestamente neutra, su universalismo sería el medio que le daría el estado poder de convocatoria en un país pluricultural”.*⁸

Los proyectos de ornato y renovación urbana con los móviles ideológicos que la impulsaban, produjeron resultados contradictorios e incongruentes, ya que la colocación de tales esculturas públicas fue ajena al contexto cultural e histórico del

⁸ En su trabajo sobre La escultura en el espacio público entre 1850 - 1879, Natalia Majluf sostiene que la instalación de la escultura pública -de imagen griega y material de mármol- significó intentos de crear espacios nacionales rechazando el pasado colonial y prehispánico, anteponiendo la imagen de los monumentos griegos como fuente de nuestra historia (MAJLUF 1994: 32).

país. Pretender hacer de la escultura griega el referente del pasado histórico del Perú, y utilizarlo como símbolos en la representación nacional mostraba la poca visión de las elites, por decirlo menos, de una realidad donde la sociedad era mayoritariamente indígena, y que a través de la transmisión oral y las expresiones festivas o religiosas seguían recreando sus tradiciones y sus símbolos;. incluso se realizaban la puesta en escena de hechos y acontecimientos sucedidos más allá de sus respectivas circunscripciones locales, que eran acompañados o parte de los principales y menores actos festivos de la respectiva localidad.⁹

Otro momento importante en el trajinar de los gobiernos de nuestra república decimonónica, corresponde al gobierno de Manuel Pardo, que durante su ejercicio en el poder llevó algunas acciones -como la publicación en 1874 de un texto escolar “Catecismo Civil de los deberes y derechos de los ciudadanos”- en ventaja al estado nación, a fin de propiciar la formación de la “virtud cívica” al mismo tiempo “de forjar identidades colectivas, y de socializar y disciplinar a los ciudadanos republicanos” (Mc. Evoy 1997: 149-150). El concepto de “virtud cívica” usado en el texto en mención, que el gobierno publicó, guardó distancia con la cuestión indígena ya que el mencionado texto remitido para su enseñanza en la educación primaria llegaba sólo a los “sectores urbanos” de la sociedad (capital de departamentos y provincias). En la realidad de aquel entonces, el espacio educativo fue muy restringido para la sociedad residente en las capitales de los departamentos o provincias, y peor aun, inaccesible al sector indígena asentada en el área rural. De establecerse las mínimas condiciones educativas en el campo ello no garantizaba una adecuada instrucción al sector indígena por el estado en que se encontraban las escuelas y por las dominantes pautas culturales al considerar que los hijos son más útiles si están dedicados a las labores agrícolas. A ello había que sumar la falta de vocación y responsabilidad de los instructores de escuela:

⁹ La producción de estudios sobre el folklore es amplia. Por ejemplo, en Chiquián departamento de Ancash, durante la fiestas del pueblo se recrea la puesta en escena de la captura del inca Atahualpa. (Manuel Burga 1988) Este mismo acto es recreado en la zona de Oruro - Bolivia. En la provincia de Huari - Ancash existe un mito sobre la construcción de la iglesia. Según el mito los habitantes de los pueblos de Huari y Yacya compitieron; el pueblo que terminara primero en construir la iglesia se convertiría en la capital de la zona. Este relato es frecuentemente narrado en la actualidad durante la fiesta patronal del pueblo de Yacya. (Márquez 1998: 128-129). Como señalara Nathan. Wachtel: *“la memoria colectiva de los indios recrea el recuerdo del pasado al mismo tiempo que los conserva”* (Wachtel 1976: 92)

“... Próximo está la escuela primaria, en un galpón ruinoso. A menudo no funciona: el inspector de la instrucción se ha dedicado a la propaganda electoral, el maestro se ha dedicado a la bebida y los alumnos no concurren, por su padres que prefieren aprovecharlos desde la niñez como pastores o gañanes en las chacras.” (Riva Agüero 1974:143)

El esfuerzo verbal por superar la cruda realidad educativa del país se constata cuando el tema de la inclusión del indígena al sistema educativo sería puesta en agenda por los gobiernos sucesivos del siglo XX, al considerar que la instrucción pública es un deber primordial del Estado peruano.

Las básicas instrucciones que pudieran difundirse gracias al texto educativo oficial de 1874 trasluce las inquietudes que el gobierno de Manuel Pardo tuvo por llevar adelante una educación pensando en la formación de una identidad colectiva ciudadana, aunque lamentablemente el radio de acción de la instrucción fuera limitado. El citado texto oficial señala en su calendario cívico la muerte de Atahualpa el cual significaba poner en escena, verbalmente, al mundo occidental y andino en conflicto. Sería interesante conocer la articulación de los discursos, de seguro en reconciliación, pronunciados en los distintos espacios públicos educativos durante la celebración de la fecha cívica en mención. Al parecer la perspectiva gubernamental aceptaba y promovía que el niño debía asimilar pasajes de la vida histórica no occidental del Perú: recuérdese que era un texto escolar de instrucción elemental orientado a formar al futuro ciudadano y en consecuencia su aplicación debió haber sido continua y supervisada, por lo menos, en los principales colegios.

La referencia étnica nuevamente sería tomada en cuenta hasta después de la guerra del pacífico en que nuevamente emerge la cuestión nacional. La trágica derrota militar ante Chile marcó profundamente la sensibilidad de las elites haciendo de aquella tragedia militar tema de conversación en las tertulias nocturnas con la conclusión de la ausencia de sentimiento de nación y patria en el corazón de los que habitan el territorio peruano; y como consecuencia de ello se manifestó una poca o nula participación de la sociedad indígena en defensa del país pese al

esfuerzo desplegado por el General Andrés A. Cáceres al movilizar a la población campesina de la sierra central:

*“ En 1885, los periódicos reportaban atroces detalles de la “guerra de castas” que se libraban en las sierra de Huaylas y el Mantaro. La “raza indígena” pronto se convirtió en un chivo expiatorio conveniente y favorito de la debacle republicana. Para finales de las décadas de 1880 y 1890, las conversaciones de café habían cristalizado en una historia oficial: entre la elite peruana se hizo evidente por si mismo que la guerra se perdió porque, dada su naturaleza los indios no eran conmovidos por los sentimientos de patriotismo o las virtudes cívicas.”*¹⁰

Incluso “el bibliotecario mendigo” don Ricardo Palma expresaba, y de seguro compartía en su círculo social, sentimientos de pesimismo y rechazo caracterizando de *“abyecta y degradable”* a la raza indígena por su actuación en la guerra del pacífico. Aunque algunas voces disonantes como la de Manuel Gonzáles Prada culpaba o responsabilizaba a los blancos que no habían hecho nada por sacar de la *ignorancia y servidumbre* al indio; y que por lo tanto no podía existir en el indígena algún sentimiento de patriotismo (Kristal 1991: 113).

La percepción de las elites sobre la posibilidad de alcanzar la nación peruana de la mano del sector indígena era bastante pesimista, llegando incluso a considerarlo enemigo del país. Se asumieron actitudes extremas, como el hecho de considerar de poca importancia la representación de la sociedad indígena en la vida nacional, sin embargo, a finales del siglo XIX y principios del siglo siguiente, emerge nuevamente el discurso sobre la nación, pero sosteniendo la necesidad de incluir al indígena en la vida nacional. Se reconocía que asumir ello era una pesada carga y que lo deseable hubiera sido “que los conquistadores los hubieran exterminado como sucedió en Norteamérica, en lugar de enviciarlos, humillarlos y envilecerlos” (El Comercio, 21-Abril-1908). El trasfondo de la inclusión del indígena correspondía a la posibilidad de regenerarlo de los vicios que lo envolvían; y si la regeneración era viable, ello implicaba el reconocimiento y aceptación de un grandioso pasado indígena:

¹⁰ Brooke Larson (2002: 140)

“... cuan distinto debe ser el indio de hoy, al que militó bajo las ordenes de Ollanta, cuan inferior no debe ser el indio de hoy, al lado del que construyó Sacsayhuamán. El indio de entonces era, sin precedentes un ser civilizado al menos hombres, a la derecha; el de hoy es poco más que una bestia. El Perú necesita del indio rehabilitado; del hombre consciente, no de del bimano embrutecido (...) .Urge salvar al Perú de esta situación. Se impone adoptar medidas completamente radicales, para regenerar a ese enjambre de seres; de cuyos brazos dependerá el progreso del Perú industrial, a cuyo patriotismo y valor estará confiado a nuestra dignidad e integridad nacional.”
(El Comercio, 21-abril-1908)

Si bien el articulista M. A. Cantoruari quiere mostrar el bajo nivel del indio, no escatima en considerar y al mismo tiempo reconocer el grado de civilización de sus antecesores en los tiempo del Inca. Y si hay algo de esa grandeza que no hubiese sido aplastada por los conquistadores, entonces era posible lograr hacerla emerger aunque ello implicara ejecutar medidas severas (p. e. castigar al indio ebrio en días laborales) “así como el gangrenado sufre de cauterización”. Junto a estas propuestas, bastantes rígidas, también se consideró de vital importancia la ampliación de la enseñanza pública que pudiera incluir paulatinamente a los indígenas en el campo de la instrucción para ir formando en ellos el carácter nacional. Los planteamientos sobre la instrucción del indio recogió varias propuestas: acerca en que idioma sería apropiado educarlo; algunos consideraban que se le instruyera en su propio idioma: el quechua, a fin de ganar su confianza y alcanzar un rápido aprendizaje, mientras que otros sostenían -p. e. Dora Mayer- que el aprendizaje del idioma español, por parte del indio, era el único medio “para incorporarse verdaderamente a la nación peruana”.¹¹ Pese a estas diferencias en la articulación del indio a la civilización, todos compartían la necesidad de cesar el antagonismo de razas,¹² y sólo mediante una absoluta reconciliación podría mirarse a los indios en elementos capaces, así como en tiempos pasados: “supieron sostener la grandeza de su imperio como vasallos, volverían a levantar el Perú

¹¹ Conferencia “La educación del indio” realizado en el centro Universitario. El Comercio, 30 de abril de 1909.

¹² Si bien durante el periodo de la Republica Aristocrática se sostuvo el discurso del mestizaje, ello no eliminó la presencia del racismo en la vida cotidiana expresado en la exclusión de las grandes mayorías en la vida política. Al respecto ver el ensayo de Gonzalo Portocarrero, “El fundamento invisible: función y lugar de las ideas racistas en la República Aristocrática”. EN: Mundos interiores. Lima 1850-1950

como ciudadanos libres y conscientes de sus deberes y derechos, para dar a su patria aun más gloria que antes.”¹³

Desde entonces, los discursos oficiales manifestados por los presidentes de la república recurrieron constantemente a la necesidad de la instrucción pública para el indio, pasando a ser retórica de todos los gobiernos que a juicio de Jorge Basadre sólo quedaron como expresiones literarias en referencia al discurso del presidente Augusto B. Leguía, quien en su discurso dado en 1922 dijo:

*“Urge pues, reintegrar al indio a la vida nacional, protegiendo eficazmente su vida, su salud; instruyéndole y amparando su derechos ... ya es tiempo de acabar con su esclavitud que es una afrenta para la república y un crimen intolerable para la justicia”*¹⁴

En resumen, el imperioso afán de alcanzar la nación peruana, una comunidad de ciudadanos ligados al Estado, recorre gran parte de nuestra historia política del siglo XIX. Los proyectos planteados y ejecutados en ofrecer una imagen de la nación con referentes monumentales del clásico griego, ajenos a la tradición de los peruanos, no permitía la inclusión del pasado histórico de la sociedad indígena, y menos aun estatuas de personajes legendarios que evocaran dicho pasado.¹⁵ El reclamo de considerar el levantamientos de estatuas y mausoleos a los incas fue rechazado o ignorado por el Estado decimonónico a fin de no vulnerar su legitimidad. “El espacio público estaba siendo formado por un Estado que era controlado por una elite criolla, y la idea de los incas podía, todavía, cuestionar la legitimidad de ese poder. La neutralidad de personajes como Bolívar o Colón, en cambio, eludían fácilmente este tipo de cuestionamiento”. (Majluf 1994:33). Por otro lado, las limitaciones de adoctrinamiento e instrucción a los abandonados indios resultaba imposible debido a la voracidad y enfrentamientos político de los caudillos que impidió el llevar a cabo políticas de Estado. La exculpación de la responsabilidad política por parte de

¹³ El título del artículo lleva por nombre “necesidad de los profesores destinados a difundir la instrucción primaria entre los indios del Perú, hablen el quechua como idioma auxiliar. La autora Julia Rosa Delaney (El Comercio, 14 de diciembre de 1908)

¹⁴ Citado por Basadre (1983: 432)

¹⁵ El levantamiento de la estatua al fundador del imperio de los incas en la capital de la república fue instalada en el siglo XX en el distrito de la Victoria.

quienes dirigían el Perú se presentó con la guerra del Pacífico, donde se acusó a los indios como responsable de la derrota peruana. Es en el contexto de la post guerra que las elites políticas y la intelectualidad de inicios del siglo XX, conocida con el nombre de la Generación del 900, discuten el tema de nación considerando la necesidad de educar al indio. Al respecto, don Francisco García Calderón representante de aquella generación, manifestaba su juicio de la población indígena señalando “una colectividad marginada dentro del contexto nacional.” Este punto de vista lo llevó a proponer un tutelaje sobre la posición indígena, mientras ésta lograra su gradual liberación de la ignorancia mediante la educación. Desde entonces las elites políticas en el gobierno trataron de cristalizar la propuesta de la nación que la intelectualidad teorizó y discutió llevando a la práctica el discurso oficial en los actos de gobierno y a la vez apoyando con la respectiva disposición de medios. Se trataba de proyectar, ante la opinión pública, la importancia de la instrucción pública y en especial el conocimiento de la historia peruana. La enseñanza de la historia fue vista como la disciplina capaz de proveer tradiciones, héroes y hechos históricos que todos los peruanos compartieran. Desde esa perspectiva la lectura y conservación de las antigüedades históricas fueron consideradas parte integrante en la construcción de la historia nacional.

La Generación del 900 y la Historia.

Hay que advertir que el Perú de fines del siglo XIX e inicios del siglo XX, recibió la influencia del positivismo, vinculada a los ideales del progreso y a la imperante difusión de la instrucción pública. Las ideas de Spencer sobre la evolución de la sociedad nutrieron las concepciones de la joven intelectualidad. Por otro lado, las disertaciones en Europa por parte de Ernest Renan y Maurice Barres sobre qué es la nación, cayeron como anillo al dedo en la sensibilidad colectiva de los peruanos que discutían la ausencia de la nación peruana tras la derrota en la guerra con Chile. Las condiciones señaladas alimentaron el debate y los enfoques sobre la cuestión nacional, situación de la cual los intelectuales del 900 tomaron posiciones

diferenciadas, pero coincidiendo en que la Historia tenía una importancia fundamental.

La generación del 900 cuestionó la realidad y el orden social del Perú, en su búsqueda de mirar el futuro un Perú moderno y progresista. Este ideal los llevó a hurgar en el pasado y ver en la disciplina de la Historia un instrumento importante en la edificación de la anhelada nación. Gonzalo Portocarrero considera que la generación del 900 amalgamó sus ideas con las provenientes del siglo XIX, compuesto por elementos conservadores y liberales que aceptaba su identificación con lo español y que recogía favorablemente el pasado inca respectivamente. (Portocarrero 1998 : 21). Empero, hay que hacer algunas precisiones: en el siglo XIX se planteó y proyectó el discurso de la nación o nacionalismo criollo en medio de un rechazo al pasado hispánico e incluso el andino. En cambio, en el amanecer del siglo XX el discurso emergente, de ciertas elites intelectuales y políticas, sobre la nación, buscaba integrar, ordenar y catalogar nuestro pasado material desde el periodo preincaico hasta la república en una síntesis de Historia Total que comprendiera una continuidad de los periodos, y en consecuencia, una herencia cultural a recibir. Si bien los novecentistas no publicaron, el papel que iban a desempeñar las antigüedades, en la configuración de la nación, si abordaron el rol a desempeñar de la Historia y las tradiciones.

Fue en la celebración anual del Instituto Histórico de 1908 donde Víctor A. Belaúnde dio un brillante discurso al manifestar la insuficiencia de la libertad política para un pueblo si no tenía la libertad moral. Desde su punto de vista, la independencia del dominio español no había sido suficiente. Comprendía que dicha libertad moral solo se lograría con absoluta posesión de las costumbres, previa separación de “lo que era malo y tomando lo que era buena”; es decir, la selección de un conjunto de tradiciones sumidas y recreadas permitirían la “floración de ideales que guíen a la sociedad.”¹⁶ Osmar Gonzáles afirma que esta imagen, expuesta por Víctor A. Belaunde, ésta influenciada por el positivismo proveniente de Spencer y la célebre frase de Renan, asumiendo que el recuerdo de hechos

¹⁶ Revista Histórica Tomo II 1908 pp.285

realizados por un pueblo constituye su espíritu colectivo, y al mismo tiempo lo pone en la capacidad de hacer más en el futuro. De ahí que planteara V. A. Belaúnde, según Gonzáles, un tradicionalismo en evolución “y que la nación, el alma nacional, es fundamentalmente sentimiento e ideal en constante perfeccionamiento”¹⁷. Lograr la libertad moral y sus consecuencias ya mencionadas requería hacer uso de la Historia, por su capacidad de desentrañar y “encadenar el impulso de los principios hereditarios”. Era obvio que dichos principios eran la república, la nación, el estado, la ciudadanía los cuales debían estar encadenados en la conciencia moral de los peruanos. Sin embargo, todos esos principios requieren de ideales que impulsen a la sociedad. Su concepción de la Historia, en ese sentido era entendida como una “ciencia liberadora” de la moral, capaz de distinguir lo bueno y lo malo, en beneficio de la patria.

En una temprana publicación, 1902, José de la Riva Agüero escribió un artículo titulado “De la Civilización”, en él señala dos modos de hacer Historia: la empírica y la filosófica. Consideraba al segundo modo en el adecuado, porque permite dar cuenta de las razones que desencadenan una determinada sociedad y permite ver, también, la proyección del futuro.

“ En suma para conocer la institución mental y explicar por ella los hechos, en lugar de narrarlos simplemente, para palpar por decirlos así, como cambiaron, como evolucionaron aquellas sociedades y bajo el influjo de que causas llegaron a producir la nuestra, y para deducir aproximadamente cuál será el futuro. Estudiar la Historia con este criterio es estudiar la civilización porque esta no es sino la manera de ser de los pueblos, sus instituciones políticas, su organización social, su literatura, ciencia y costumbres.” ¹⁸

Al teorizar la función del Historia, Riva Agüero, considera que la Historia nos puede mostrar las causas por las cuales el Perú o cualquier otra sociedad había llegado a ser lo que es hasta el presente, además de mostrar las posibilidades y potencialidades de su proyección en el devenir del mañana. Año más tarde, en su tesis doctoral (1910), Riva Agüero, expresaría la importancia de la historia al considerarla que cumple un fin nacional, ya que permite la formación del alma

¹⁷ Osmar Gonzáles (1996: 230)

¹⁸ Riva Agüero José De La . Obras completas. (1979:10)

nacional. Para la realización de éste fin nacional, debía divulgarse la historia patria; sólo así podría crearse una sociedad con una conciencia colectiva, donde sus miembros, y las futuras generaciones, practiquen la cooperación y la fraternidad. Así, el vínculo entre pasado, presente y futuro era a través del conocimiento de la Historia, la cual permitiría construir el alma del Perú –sugería Riva Agüero- sin obviar ningún periodo:

*“... ni hay época de los sucesos realizados en el que puedan considerarse ajenas a nuestra idea de patria y como olvido o desprecio no enflaquezca y menoscabe el sentimiento nacional. El estudio de todas ellas compone el cuerpo y el alma del Perú.”*¹⁹

De este modo, era preciso recordar y apreciar los periodos de nuestra historia para lograr “despertar y robustecer la conciencia del alma de la patria”. Este reconocimiento de la Historia, por parte de Riva Agüero, lo llevaría afirmar que la mencionada disciplina aventajaba en desempeño “y que en vano sería esperar en igual grado y con igual eficacia de las otras enseñanzas liberales”. Exhortaba a los futuros historiadores a que investiguen y “desentierren sus venerables antigüedades”, que descubran las leyes que rigen la marcha de la sociedad, para que enseñen e infundan, en los jóvenes, anhelos y aspiraciones en pro de la patria. Sin la Historia y el recojo de las tradiciones “no hay nacionalidad verdadera” ni “estabilidad decorosa gravedad moral...” diría Riva Agüero ante los alumnos de la facultad de Letras en la Universidad de San Marcos, en el agasajo realizado en 1918, por su nuevo cargo en la cátedra de Historia Nacional (El Comercio, 7-Julio-1918)

En su célebre libro “El Perú Contemporáneo”, escrito en 1904 y publicado en 1907, Francisco García Calderón hace una revisión extensa sobre la situación social del país. El autor aborda el tema de las fuerzas educativas, y deja entrever la importancia de la enseñanza de la Historia como disciplina elemental; por ejemplo, considera que la influencia de los héroes, se refería a los actos heroicos de Grau y Bolognesi, serían ejemplares “símbolos de la unidad” a favor de la nación. Si bien

¹⁹ Riva Agüero. La Historia en el Perú. Tomo II pp.505. 2da. edición 1952

es cierto que dentro de la generación del 900 surgían diferencias respecto de cómo debía elevarse la nación, ello no significaba el desconocimiento de la disciplina histórica, ni desinterés por parte de ciertas elites políticas comprometidas con el esfuerzo de formar el carácter nacional.²⁰

Según Osmar Gonzáles, las elites intelectuales y las elites políticas estuvieron separadas con proyecciones opuestas; éstas últimas, sacrificaron un plan por tener “una mentalidad de carácter tradicional”. Este juicio puede ser cuestionable en la medida en que veamos a las elites políticas actuando y ejecutando acciones de Estado a favor de la nación, o de lo contrario, nuestra historiografía no ha reconocido la labor de personajes, que desde finales del siglo XIX hasta el gobierno de Pardo, venían esgrimiendo un discurso en el cual se valoraba la conservación de las antigüedades como un aspecto en la construcción de la Nación.

El Culto a la Historia.

Es muy frecuente encontrar en las demandas sociales ideas o frases que sintetizan el deseo de la colectividad o del sector social interesado. Así, en nuestro ingreso al siglo XX, la demanda de las elites fueron la “historia patria”, “la educación moral del pueblo”, la educación nacional”. “la formación del carácter nacional”, “el alma nacional”, etc. Frases que manifestaban profundos anhelos colectivos que los gobiernos de aquel entonces se verían obligados alcanzar; lograr la formación del carácter nacional, se entendía, sería el terreno abonado donde fecundaría la aclamada nación moderna. Simultáneamente, dentro de la aspiración nacional se buscaba la consolidación de la modernidad en el proyecto del Estado y de las elites. ésta último anhelo buscaba transformar al individuo de a pie en una

²⁰ José De la Riva Agüero en su tesis de bachiller “Carácter de la literatura del Perú Independiente” (1905) criticaba que en Perú se haya realizado una literatura imitativa de España y luego de Francia. Planteaba la necesidad de una originalidad en el quehacer literario peruano. (1905: 225)

“persona de comportamientos y conductas moderada, de contextura física fuerte, saludable, con voluntad, con capacidad de decisión y con gran apego al trabajo (Muñoz 2001: 58).²¹ En realidad, para alcanzar ese individuo moderno debían las elites erradicar aquellos espacios que resultaban perniciosos a la moral pública, y aquellos asentados fuertemente arraigados en las prácticas de la población sólo debían reglamentarse. La educación se convertía, para algunas elites, en el espacio de formación de las futuras generaciones, capaz de promover los ideales y modelos de conducta relacionados con la anhelada nación. ¿Estamos entonces ante dos proyectos?; de ningún modo. La educación moral no era un proyecto distorsionado o excluyente del otro, al contrario, ambos constituyen el ideal del hombre que forma parte de una auténtica nación.

Alcanzar a formar el carácter nacional en el individuo sólo sería posible en la medida que la Historia, como disciplina educativa y medio de investigación fuera difundida e interiorizada en el alma individual del hombre peruano;²² de allí que el perfil de la práctica histórica en la enseñanza se denomine “la Historia Patria” . La realización de la enseñanza primaria requería contar con el espacio social amplio, que la educación pública sólo podía dar; por ello, algunos solicitaran la ampliación de la educación en la población rural, incluso reconociendo y halagando la iniciativa de Pardo por propender la educación del indígena, de quien se requería su urgente integración a la vida nacional.

“... la educación de los pueblos es la base fundamental de su estabilidad, de su progreso y engrandecimiento, sin ella se edifica sobre arena (...) Sólo la educación nacional podrá dar al país la unidad , la conciencia , la energía, la virilidad, la fuerza positiva para alcanzar sus progresos y destinos (...) Corresponde a la actual administración la honra de haber realizado la más trascendental y fecunda reforma en la primera enseñanza el país se sorprenderá del inmenso beneficio que de ella se ha de producir (...) Junto con la

²¹ Las virtudes mencionadas eran rasgos ausentes no sólo en la población indígenas sino también en la propia población criolla, que a consideración de Clemente Palma, en su tesis publicada en 1897, la raza blanca criolla tenía muy pocas cualidades a favor del progreso. Véase El Porvenir de las razas en el Perú. Lima Imprenta Torres Aguirre, 1897.

²² Actualmente se sostiene que la enseñanza de la Historia tiene por objetivo estimular la identidad nacional; y aunque pareciera no haber diferencias con la expresión “el carácter nacional” reclamado a inicios del siglo XX existe una marcada diferencia. Hoy se pide el respeto por las diferencias locales y regionales, en el pasado se buscaba uniformizar a través del mestizaje. Ver Gómez Luis. “¿Tiene Sentido Estudiar Historia? EN Revista Debate Volumen XXII N° 109. Marzo-abril 2000

*enseñanza hay que transmitir en el corazón de los niños y de los jóvenes el calor, el entusiasmo, el mayor culto a la patria...”*²³

El uso de frases de alto contenido nacionalista, ya mencionadas, salieron a relucir con la creación del Instituto Histórico del Perú (1905) y el Museo de Historia Nacional (1906), instituciones a las cuales se le encargó la responsabilidad en la conservación de las antigüedades históricas. ¿Por qué las instituciones creadas evocaron tales frases nacionalistas? Hemos dicho que concluida la guerra con Chile, el Perú se cubrió de atmósfera de discursos nacionalistas, las disertaciones y propuestas para construir una verdadera nación pasaban por la necesidad de promover nuevas prácticas sociales europeas en la población peruana, así como la creación de instituciones que ayudaran a sentar las bases para tal propósito. Es en ese contexto de la post guerra que se crea la Sociedad Geográfica de Lima, institución entre cuyos objetivos se encontraba “el estudio conveniente de la demarcación de la República”, además de ubicar y mostrar las riquezas naturales del país, con el fin de atraer capitales e invitar a la inmigración de europeos al Perú.²⁴ Posteriormente se crearon el IHP y el MHN en medio de discursos pro nacionalistas; la finalidad fundamental que las instituciones inauguradas debían ser vistas como espacios públicos donde se inculcaría la enseñanza sobre la nación y el amor a la patria. No era sorprendente, entonces, que el Presidente de la República, el Ministro de Instrucción y el presidente del mencionado instituto, en sus respectivos mensajes de inauguración del Instituto Histórico del Perú, manifestaran la labor a desarrollar por la institución forjando el sentimiento de patria en el corazón de cada peruano. El Presidente José Pardo, en su discurso de orden, señalaba que la creación del Instituto Histórico era un estímulo por parte del Estado para formar “el carácter nacional”, teniendo a la Historia como un instrumento a tal propósito:

²³ Discurso pronunciado por Javier Prado en la fiesta de recepción, organizado por el club de la Unión, al asumir el cargo de decano de la facultad de Letras en la UNMSM. El Comercio, 1 de abril de 1907.

²⁴ López Ocón sostiene que las instituciones científicas en países latinoamericanos guardaron sus propios factores locales; y en el caso del Perú –la Sociedad Geográfica de Lima– figuró el desarrollo económico, el reconocimiento del territorio, la demarcación limítrofe y las motivación nacionalistas. LOPEZ OCON, Leoncio “El nacionalismo y la Sociedad Geográfica. de Lima”. EN: Saberes Andinos Ciencia y Tecnología en Bolivia Ecuador y Perú. Editorial San Marcos 1994.

*“ En la labor de estímulo de parte del Estado a la cultura nacional, el estudio de la Historia patria es el que debe tener lugar preferentemente, porque de las ramas del saber es la que tiene mayores vínculos, el que concurre con mayor influencia a formar el carácter nacional. Su origen y sus tradiciones, las enseñanzas de sus héroes; sus glorias y desastres sus experiencias que le presentan valiosas enseñanzas; todo lo que forma los recuerdos y los ideales de un pueblo; su presente y su pasado; el secreto de su porvenir es el campo vasto donde se desarrolla el estudio de la historia nacional. Estos son los pensamientos que explican la iniciativa de mi gobierno; para crear el Instituto Histórico del Perú.”*²⁵

Desde la consideración del Presidente de la República, la Historia realizaría por si sola una función primordial, como disciplina pedagógica en la educación del espíritu nacional, ella se encargaría de narrar los acontecimientos buenos y malos, honroso y deshonrosos, glorias y desastres que, en suma, servirían como enseñanzas a las futuras generaciones; el tramado de la Historia sería mostrar “lecciones que bien aprovechadas han conducido a la cúspide de la grandeza a las naciones felices de la tierra; lecciones que, aunque amargas, en algunas ocasiones, nunca deben olvidar ningún país que aspira a su regeneración y a su engrandecimiento ... porque la evolución histórica, el pasado de los pueblos, es la base de su presente y genera el porvenir; porque los pueblos sin tradición y sin historia, son pueblos sin espíritu y sin alma nacional.”²⁶ Tan interiorizada estaría la premisa de la Historia y su vínculo con el carácter nacional que el único considerando del decreto que creaba el IHP establecía la imperante necesidad de “ ... propender a la formación de la Historia Nacional”. En otras palabras, no hay habría nación en el Perú sino se cultiva la Historia, y en consecuencia sería un país sin futuro. La fuerte asimilación en la conciencia colectiva de las elites, de que la difusión de la Historia peruana constituía el único medio para solucionar el problema más inmediato (carencia de la identidad nacionalidad) fue la que influyó en que los hombres encargados de la institución y de la prensa hicieran suyo el discurso en diversos actos ceremoniales. Así, en la ceremonia de bienvenida que se rindió al señor José Altamira, historiador de la universidad de Oviedo, los miembros del

²⁵ Discurso pronunciado por el presidente don José Pardo en la inauguración de instalación del IHP el 29-VII-1905. Separata de Revista Histórica. Tomo XXXVIII pp.38. El subrayado es nuestro.

²⁶ Discurso pronunciado por Mariano I. Prado Ugarteche durante la inauguración del museo. Ver Museo de Historia Nacional (1906: 34) Imprenta L Industria. Lima 1906.

Instituto Histórico disertaron sobre el papel e importancia de la Historia, y el deber a cumplir por la institución. El encargado del discurso fue el general Juan Elespuru:

“... El Instituto Histórico del Perú, de creación reciente, que no pretende el don de Jano de la fábula de leer en el pasado y en el porvenir, y que aspira sólo en la parte que le toca realizar en lo posible la ardua pero necesaria tarea de presentar a las generaciones que vienen, el aspecto de las generaciones que fueron, para arraigar cada vez más el sentimiento de la nacionalidad y elegir así con mayor acierto las mejores sendas para la propiedad de la patria.” (El Comercio, 28-Nov-1909).

Este discurso, que sobre valoraba la función de la Historia, tuvo eco en los comentarios sobre las publicaciones de libros de Historia del Perú para la instrucción escolar, ya que contribuía cimentar la Historia patria.

*“Las lecciones de Historia del Perú cuya 3ra. Edición publica hoy, la señorita Elvira García y García van a prestar invalorable servicios a la juventud y a la vida nacional. (...) la enseñanza de la historia patria debe proponerse a conservar el carácter de la nación, mostrarle sus más sagrados intereses, los peligros que la amenazan, las esperanzas que deben tener, los deberes que ha de cumplir. Es enseñanza moral, cívica y eminentemente educativa.”*²⁷

Al año siguiente, Carlos Wiesse publicó su libro “Resumen de la Historia del Perú” (1908), y ello sirvió para que Don Juan Bautista Lavalle comentara que “en la Historia peruana era imposible aprender lecciones de moralidad”; Lavalle llegaba a esta conclusión, tan pesimista, al ver en nuestra historia episodios más negativos que positivos:

“ No existió en esas conquistas de los incas ... en las que arrasaron pueblos y valles ni en la bárbara crueldad de sus castigos religiosos, ni en la lucha desigual de las conquistas , ni en la lucha fratricida de los pizarros, la colonia fue como un descanso ... después de tanta agitación y de tan continuo batallar (...) La sublevación de Tupac Amaru , hizo de nuevo correr la sangre a torrente . la república también vino ensangrentada en la guerra heroica de la independencia ... las ambiciones no dominadas hicieron volver las espadas contra los hermanos y empezaron esas guerras civiles y cuando nos reponíamos de estas desgracias, vinieron la riqueza fácil ... despertaron la codicia de un vecino y comenzó la epopeya y hubo asesinatos y saqueos ...” (El Comercio, 6-Sep-1908)

²⁷ El Comercio, 15 de abril de 1907.

Definitivamente, estamos ante una persona que mira el pasado en un constante desorden social, promovido por los protagonistas de la historia; pero no por ello negaba la importancia del aprendizaje histórico. Consideraba que frente a esa acumulación de calamidades sólo mediante una enseñanza negativa podía obtenerse lecciones positivas; es decir, la enseñanza de la historia peruana debía ser una antítesis donde se enseñara al alumno lo que no debía hacer, o donde los alumnos debían aprender lo que no debían hacer; para ello se requería de maestros capaces de poder instruir, "... es necesario un maestro que lo revele que saque por contraste y oposición esa gran lección de piedad". El autor, en su disertación de la Historia, señalaba la responsabilidad del maestro de escuela, el cual debía ser capaz de extraer las enseñanzas morales e inculcar en los estudiantes el ideal de nación. Años más tarde, el mismo Juan Bautista Lavalle felicitaría el libro de María Rosa Delanay titulado "Mi primera Historia del Perú", indicando que, el mencionado libro, contribuye "a la formación de un espíritu y con ideal nacionalista".²⁸

Esta observación sobre el deber del maestro en la enseñanza sería señalado en un artículo titulado "La Enseñanza Primaria y la Historia" (1913), donde el articulista ponía nuevamente en el tapete la suprema responsabilidad del maestro para la enseñanza de la Historia, indicando que la instrucción elemental, siendo de mayor cobertura, y hasta donde llegan la mayoría de los que tiene acceso a la educación, requería que el maestro primario cumpliera cabalmente con su deber:

"Bajo otro punto de vista que podríamos llamar humano y patriótico, tenemos que contemplar el caso que la mayor parte de los hombres no reciben más que la educación primaria y que esa mayor parte es la que a va formar los grupos constitutivos de los pueblos y de la Nación. Planteado esto se comprenderá el deber en que se hallan los hombres revestidos con el carácter de educadores patriotas y humanos de retemplar y despertar los sentimientos patrióticos se hallan en el conocimiento de la Historia que constituyen hoy la más segura y hermosa escuela de patriotismo." (El Comercio, 9-Abril-1913)

En fin, la publicación de libros sobre la Historia del Perú fueron vistos convenientes en el quehacer nacional, y más aun en la cercanía al centenario de la independencia; aniversario patrio que los círculos intelectuales aprovecharon para

²⁸ El Comercio, 24 de Mayo de 1914

lanzar la iniciativa de convocar, por periódicos, bajo el título “Por la Historia Nacional”, a todos aquellos dedicados al estudio de la historia, para elaborar un texto de Historia General del Perú, que “estudie el desarrollo de nuestra nacionalidad” desde el periodo anterior a los incas hasta mediados del siglo XIX” (El Comercio, 22-Jun-1914).

No obstante la labor del maestro en la enseñanza de la Historia era necesaria iniciar la investigación que diera luces sobre el conocimiento del pasado y que el maestro pudiera manejar. De hecho, el cúmulo de tales conocimientos, que luego serían impartidos, se obtendrían de la investigación desarrollado por el Instituto Histórico del Perú, institución oficial encargada de impartir y ponerlos en manos de los responsables de la enseñanza; junto a ello, la realización de “Concursos Históricos” premiados por el Estado. Al cumplirse el centenario de la sublevación de Mateo Pumacahua, el gobierno dispuso se llevara acabo la realización de un concurso “de trabajos escritos relativos al acto histórico.” Se recomendaba a los instructores de la historia patria relacionaran e insistieran en todas las clases del año tal acontecimiento, “procurando obtener enseñanzas de la moral cívica e individual.” ²⁹

Fue de interés que a medida que el instituto avanzaba en el hallazgo, clasificación de nuevas fuentes históricas y realizara investigaciones, éstos conocimientos, sirvieran en la construcción de la Historia Nacional. Para plasmar las investigaciones sería necesaria la publicación de una revista –aprobado en el estatuto del IHP- donde se podría “rectificar los errores y las falsificaciones que se publiquen sobre la historia del Perú y monumentos de ellas.” ³⁰ Es decir no sólo se pretendía construir la historia, sino también corregir los errores que se produjeran; el cúmulo de estos conocimiento serían impartido en los espacios correspondiente a la formación de los mancebos estudiantes de escuelas y, en aquellos que, no siendo jóvenes se les invitaría a participar en los espacios adecuados (museos, ceremonias oficiales, conferencias, revistas, etc.). Aquella percepción del

²⁹ El Comercio, 8 de Marzo de 1914.

³⁰ El Peruano, 23 de julio de 1905. Véase los incisos 4° y 5° en el Estatuto del Instituto Histórico del Perú.

Presidente del República respecto a que el estudio de la Historia concurre con mayor influencia a formar el carácter nacional fue compartida por don Eugenio Larraburre y Unánue, quien proclamaba estudiar todas las épocas de nuestra historia y “levantar en seguida el monumento de la historia nacional”, aceptando como absoluta verdad que sin el conocimiento de la Historia del Perú no podría trazar sus metas al “desarrollo y engrandecimiento”.³¹ El contenido del discurso sería puesto nuevamente al público durante la inauguración del Museo de Historia Nacional, donde el presidente de aquella institución, Mariano I. Prado Ugarteche señalaba que los pueblos “sin tradición y sin historia son pueblos sin espíritu y sin alma nacional” (El Comercio, 30-Jul-1906)

Recurrir a la Historia pasó a ser considerado un componente esencial en la formación del alma nacional, en el cual el recojo de las tradiciones y de los hechos del pasado, fueran las bases de su sostenimiento. Todos compartían ese sentir, que podría ser acariciado en la medida del avance y labor a realizar por las instituciones mencionadas. La búsqueda en la conformación de la unidad con la sociedad indígena expresaba una responsabilidad en la clase política, que creía poder superar sus prejuicios hacía ese sector:

“ La patria está en el corazón; es el amor que se tienen todos los que en ella nacen. Y bien, con la mano sobre el corazón puesta preguntémonos si hemos amado como debíamos, como hermanos, tratándolos como a tales a todos los hijos de esta tierra: preguntémonos si no hay en ella muchos desdeñados, o tenidos en menos, y si estos han podido sentir otra cosa que temor y recelo de los demás. Nuestra tierra nos ha legado esa separación, ese desdén de los unos, ese recelo y desconfianza de los otros, y necesitamos por lo tanto luchar contra nuestro propio pasado y vencer por el amor que une, que estrecha y que redime.” ³²

Definitivamente, el discurso está orientado a la clase dirigente que había manifestado el rechazo a la población mayoritaria del país; lograr la difusión sobre el pasado del Perú, según lo entendían sus impulsores, abriría puentes de unión entre los peruanos, mediante la identificación de un pasado común. Por ello, el ministro de Instrucción don Jorge Polar afirmaría que la “historia es la reconciliación

³¹ Separata de la Revista Histórica. (1993 - 95: 20)

³² Discurso del Ministro de Justicia Culto e Instrucción durante la inauguración del Instituto Histórico.

suprema de todos los hijos de una patria”. Debió haber sido tan arraigado en la esfera pública el interés de la proyección de la historia hacía ese fin nacionalista que un extranjero como Max Uhle, vinculado sólo con la ciencia arqueológica americana por su profesión en su discurso de orden dado en la inauguración del Museo de Historia, en calidad de director de la sección arqueológica de dicho museo, expresara un elocuente discurso relacionado el progreso del país con la Historia:

*“... el honor que el Perú dispensara al estudio de la historia traerá la elevación política y el respeto que le inspira los mudos testigos de su grandioso pasado, encontrando la fuente de su elevación espiritual, sin la cual todo progreso es imposible. Unámonos en el trabajo para alcanzar ese fin...”*³³

M. Uhle, al parecer, se dio cuenta de la sensibilidad de los peruanos por el ideal de nación. No era extraño, entonces, que este extranjero europeo expresara con mucho tacto lo que el repertorio quería oír, señalando, que la profundidad en el conocimiento de la historia lograría la “elevación política” de la mano con la elevación espiritual: elementos desde su punto de vista fundamentales del progreso. Asimismo, agregó en su discurso la necesidad de estudiar “ las costumbres y usos de las técnicas (...) los idiomas el folklore en la música necesarios en la comprensión del pasado nacional”; el interés de Uhle por estudiar el quehacer cotidiano, todavía en práctica por los indígenas, fue por atenta mirada científica de conocerlo todo, desde una posición etnológica, al considerar que el rescate del conocimiento de las técnicas usadas por los antiguos peruanos contribuiría “al desarrollo industrial moderno” del Perú.

Una variante de la forma como debía enseñarse la Historia fue expuesta, en la inauguración del Museo Nacional por don Pablo Patrón, profundo conocedor de las investigaciones científicas sobre los monumentos arqueológicos realizada por los viajeros en el siglo XIX, temas sobre la cual disertó, en la inauguración de la institución mencionada. Hizo una evaluación crítica de los trabajos realizados hasta ese momento. Al dar su parecer sobre la labor a realizar por el museo, manifestó

³³ Fuente citada: El Comercio, 30 de Julio de 1906

que la mencionada institución estaba llamada a ser el gran libro, a través del cual “el Perú tendría plena conciencia de su antiguo valor.” Por lo visto, don Pablo Patrón se inclinaba por la enseñanza visual y práctica, mientras los visitantes recorrieran los ambientes del museo; esto significaba dar al museo una responsabilidad mayor, donde las personas a cargo debían ofrecer una activa labor instructiva con aquellos que por horas visitaran la mencionada institución. Lo particular es su percepción de mirar en el pasado la grandeza alcanzada por la antiquísima civilización peruana, la cual sería referencia y buen ejemplo para que el Perú se esfuere por llegar a ser lo que fue en el pasado. Su conocimiento sobre los viajeros decimonónicos le permitió asimilar las expresiones y juicios valorativos respecto a las antigüedades. En donde los demás veían solamente polvorientas ruinas abandonadas, Pablo Patrón ve restos de una antigua civilización capaz de hacernos sentir orgullosos de su valioso pasado. Al igual que sus contemporáneos, dio fundamental importancia al conocimiento y difusión de la Historia, considerándola útil “para alcanzar la grandeza y rango de sus pasados días”; el Perú no tendría futuro de progreso sino conocía su historia. La relación estrecha entre nación e historia, y viceversa, era una fórmula inmodificable. La relectura de los actos heroicos y epopeyas, y todo el cúmulo del conocimiento del pasado, fortalecería la nación.

De este modo, la Historia pasó a ser considerada materia de profunda reflexión de quien recibiera su enseñanza, y al mismo tiempo, fue vista como instrumento capaz de hacer germinar el sentimiento patrio en el corazón de los peruanos. Durante la celebración del aniversario patrio, don Javier Prado aprovechó la ocasión para publicar, en el diario El Comercio, un artículo titulado la “Historia Nacional”, donde disertó al nivel filosófico sobre la naturaleza de la Historia; considerando, que la Historia, proveía la capacidad de la memoria y la que permitiría la existencia de los seres y las cosas, y sin ella, la sociedad “no existiría porque no tendría el recuerdo de la vida anterior ni la previsión de la vida posterior”.

“Explorando ese remoto pasado de los orígenes de la civilización humana la América encierra los secretos de una prodigiosa historia de raza y los pueblos ignorados y extraordinarios, de sorprendente vitalidad y cultura que han dejado impresa su alma en los misterios de sus tumbas y de sus ruinas arqueológicas (...) Evocar y recordar esa vida apoyada en los datos e investigación de la

*arqueología, de la lingüística de la tradición de sus mitos y de las múltiples formas de su arte maravilloso, es labor de la mayor importancia, científica y nacional de los pueblos de América. El pueblo que sabe amar su historia posee su conciencia nacional, el ideal de la patria y la fe de su destino. El culto al pasado es el culto de la nacionalidad y la historia es así, signo de personalidad y libertad ...”*³⁴

Es interesante las expresiones del Dr. Prado: no se tenía un pleno conocimiento sobre las ruinas y objetos de la antigüedad americana, no obstante su conocimiento de por sí arrojaría “los secretos de una prodigiosa historia de raza ... de sorprende vitalidad y cultura”, y recordarlo nos permite tener una conciencia nacional capaz de mostrarnos la pertenencia colectiva bajo una sola bandera y el amor a un territorio. Vemos al Dr. Javier Prado esgrimiendo un discurso, que imagina al Perú dueño de su destino, en donde la historia y las antigüedades constituyen las bases esenciales de la nación.

Cuando se aborda el tema de la cuestión nacional inmediatamente se piensa en los miembros de la generación del 900, el cual nos encierra en sus debates y visiones respecto a la necesidad de cambios que debía emprenderse en la sociedad peruana. Suele dejarse de lado las iniciativas y acciones llevados a cabo por los gobiernos u otros olvidados personajes inclinados por el conocimiento del pasado y por la conservación de las antigüedades, al respecto, sobre esta idea es importante citar el juicio de Osmar Gonzáles:

*“... el proyecto de los intelectuales, que estamos tratando, pero que no correspondía con el de las elites políticas y económicas entonces gobernantes. Estas en lugar de constituir una clase burguesa con conciencia social propia, tenía una mentalidad de carácter tradicional que sacrificó un plan hegemónico por la defensa de los privilegios económicos”*³⁵

Considerar que las elites políticas sacrificaron un plan en el desarrollo del país, es afirmar que todos los protagonistas políticos pasaron a ser obstáculos u opositores a las propuestas de los encumbrados novecentistas. Esta percepción no es un desconocimiento, al aporte dado por ésta generación intelectual, sino más bien reconocer las propuestas de otros personajes. No es posible negar ni

³⁴ El Comercio, 28 de Julio de 1914.

³⁵ Osmar Gonzáles 1996:232 (el subrayado es nuestro)

subestimar el discurso del mestizaje que los novecentistas esgrimieron como medio para alcanzar el equilibrio y la armonía de las fuerzas sociales en conflicto; en otras palabras, parafraseando a Morgan Quero, el mestizaje debía ser la referencia fundadora que permitiera articular simbólicamente a los enemistados sectores sociales del Perú de inicios del siglo XX y, la garantía de esa articulación debía ser el Estado, a través de sus leyes e instituciones.³⁶ La articulación simbólica y su adecuado funcionamiento se lograría sólo a través del conocimiento y difusión de la historia, así los sectores y castas sociales podrían verse identificados y representados en una historia unitaria que le abriera los brazos fraternalmente. Es importante tomar en cuenta que el gobierno de José Pardo (1904) emprende acciones que el discurso demandó respecto al quehacer de la historia sobre las antigüedades a favor de la nación. Con el conocimiento de la Historia se esperaba alcanzar dos objetivos; primero, mostrar el camino a seguir en el futuro, es decir el conocimiento histórico se encontraría al servicio del presente y del progreso del país al mostrar un ideal histórico, y segundo; difundir sentimientos colectivos a favor de la nación. Este último reto fue el más difícil de realizar, ya que promover la personalidad nacionalista de sus habitantes, en medio de un ambiente marcado por el conflicto y el racismo entre los sectores sociales, resultaba una empresa complicada de llevar a cabo. Para algunos funcionarios del Estado allí se presentaba la historia como la salvadora, la mediadora, la unificadora entre los bandos raciales y políticos contrarios:

*“La historia es la reconciliación suprema de todos los hijos de una patria. Cuando recordamos los hechos de nuestro mayores, en ellos nos sentimos profundamente unidos todos los peruanos ...”*³⁷

El recuerdo del pasado, según el ministro Jorge Polar, haría que los peruanos, habitantes de esta tierra de los andes llamado Perú, se sintieran enlazados espiritualmente y reconciliados por los largos años de separación y

³⁶ “... el arte de gobernar no es una teoría, es el arte de tramar una legalidad para hacer nacer, alimentar y conducir a los sujetos humanos hasta la muerte.” Citado por Morgan Quero (1997:116)

³⁷ Discurso del Ministro de Justicia, Culto e Instrucción, doctor Jorge Polar, durante la inauguración del Instituto Histórico del Perú. Separata de la Revista Histórica. (1993-1995: 35)

desdén entre unos y otros. Por ello, demandaba que la misión fundamental de la historia es "fortificar la nacionalidad", con la previa reconciliación.

En resumen, empezamos señalando al Estado como articulador en la conformación del Estado-Nación, porque es el eje principal que mediante el funcionamiento y ampliación de la estructura estatal y las perspectivas gubernamentales va consolidando las bases de la nación moderna. En el caso peruano, las dificultades, durante la primera etapa de la república, impidieron el desarrollo del Estado nacional, las limitaciones, que tuvieron las elites, para poder articular y consolidar proyectos políticos nacionales de largo plazo, debido a los continuos enfrentamientos, o la aplicación de proyectos ajenos a la realidad del país -p. e. las esculturas griegas-, ya que "las respuestas eran elaboradas en términos tomados de las tradiciones intelectuales y culturales europeas." (Sander 1997:158) mostrando la falta de tino.³⁸ Sin embargo, a inicios del siglo XX surge nuevamente el debate sobre la existencia de la nación y el Estado peruano. La generación del 900 planteó la necesidad de recurrir al conocimiento de la historia. Es preciso reiterar que la derrota en la guerra del Pacífico fue la causa que produjo debates y reflexiones de la cuestión nacional; el medio para inculcarlos sería a través de la enseñanza de la Historia. Es posible que no exista en nuestro pasado histórico en la cual se haya tomado tanto interés a tal disciplina, enfocándola hacia un fin específico, como es el caso del periodo estudiado. Es así que, en medio de este ambiente cargado de discursos patrióticos y elevados sentimientos por la nación, se crearon instituciones como el Instituto Histórico del Perú y el Museo de Historia Nacional además de otras instituciones organizadas desde la sociedad. Por lo visto, la creación de instituciones mencionadas serían las sedes donde la Historia, a cargo de responsables, realizaría su actividad difundiendo y promoviendo la formación del carácter nacional; de por medio, claro está, el estudio y exhibición de nuestras antigüedades históricas como elementos o íconos de la nación.

³⁸ SANDER Karen. Nación y Tradición. Cinco discurso en torno a la nación peruana. FCE 1997.

Capítulo 2. Monumentos de la nación.

Nación y Ciencia en la apropiación de las antigüedades históricas.

Dos hechos importantes transcurren en la historia del Perú del siglo XIX que van a modificar la percepción de los objetos y construcción de civilizaciones anteriores a la conquista española. Primero la independencia, que significó la ruptura del orden colonial y el establecimiento del sistema republicano. Segundo, la presencia de los viajeros en nombre de la ciencia naturalista -incluida la etnología- interesada en conocer los pueblos antiguos y sus costumbres. La última es un proceso iniciado con el arribo de un viajero tras otro a territorio de los Andes, interesados en conocer las especies naturales, las lenguas aborígenes, la geografía y las antigüedades históricas. Los aspectos mencionados fueron de vital importancia en el despegue de la ciencia etnológica, disciplina remitida principalmente al conocimiento del origen del hombre en América y la evolución de sus rasgos culturales. La presencia de pueblos civilizados en tierras de América y sobretodo en el Perú, llevó a los hombres de ciencia a formularse interrogantes, como bien nos presenta Pascal Riviale:

“...¿era autóctono el hombre americano? Y si provenía de otras partes, ¿de dónde? ¿Con qué pueblos se hallaba relacionado? ¿Cómo y cuándo se estableció en el nuevo mundo? Otras tantas interrogantes que daban lugar a rudas discusiones entre monogenistas y poligenistas y, en el seno de cada campo En segundo lugar, el Perú era el centro de todas las atenciones de parte de los etnólogos que se interesan sobre el fenómeno de la “civilización”: ¿cómo un pueblo (los quechuas) tan aislado y perdido en medio de las poblaciones que las crónicas españolas y los relatos de los exploradores describían como completamente salvajes y embrutecida, había podido desarrollar una sociedad tan avanzada, que llegó a incluso a fundar un imperio?... “ (Riviale 2000:23)³⁹

³⁹ En la segunda mitad del siglo XIX el viajero Ernest Middendorf buscaba afanosamente, entre ruina y ruina y de pueblo en pueblo, el conocimiento del variado vocabulario autóctono algún indicio que pudiera relacionar la procedencia del origen asiático de la raza americana. Perú. Observación y estudio del país y sus habitantes durante una permanencia de 25 años. UNMSM 1973

Se pretendía establecer, de este modo un cuadro clasificatorio del fenómeno de la civilización donde las antigüedades podrían permitir o ayudar a responder una infinidad de preguntas. El origen de la civilización andina en el Perú fue una constante pregunta en los hombres de ciencia, incluso de los peruanos inmiscuidos en el tema, intentando responderla en un artículo de El Comercio titulado “El Origen de los indios peruanos.”; el autor cuestionaba una publicación del siglo XVI, titulado “Tratado Único del Origen de los Indios” (1549), del oidor Diego Andrés Rocha. El autor del mencionado tratado sostenía que los indios del Perú proceden “de tres mil a cuatro mil años de los primitivos habitantes de España quienes atravesaron la famosa Atlántida de Platón situada entre España y América” Para ello, Diego A. Rocha sustentaba sus afirmaciones en pruebas lingüísticas señalando que la palabra Sinchi Roca, por ejemplo, tenían el mismo sonido que su apellido Rocha, ya que la “h” es muda. Ante lo cual el articulista cuestionaba que siendo la cultura indígena de origen europeo, cómo pudieron olvidar la escritura:

“ Este sistema no constituye la filología filosófica, que pudiera proyectar un poco de luz en el problema del origen de la raza indígena ... ¿En dónde están por consiguiente las pruebas de la existencia de la escritura? ¿Cómo pudieron perder conquista tan útil y preciosa pueblos como el Perú y México que construyeron grandes monumentos arqueológicos y qué en diversos periodos de su vida gozaron de instituciones admirables (...) las teorías del origen español, como israelita de los indios americanos carecen de fundamento sólido ...” (El Comercio, 6-ene-1901)

Eugenio Larraburre Unanue, el autor del artículo en El Comercio, afirmaba que la analogía existente entre la lengua indígena peruana con la europea no es suficiente prueba para afirmar que ésta tuviera origen español; sin embargo, ello no quitó piso a que tales apreciaciones no tuvieran sus adherentes o simpatizantes a la hipótesis del origen israelita.⁴⁰ Más allá de las pruebas y fundamentos, lo cierto es el reconocimiento y aceptación del grado de civilización alcanzado por los indígenas del Perú y, la presencia del permanente debate respecto al origen en los primeros años del siglo XX.

⁴⁰ Véase DELANAY Julia Rosa, *El Pueblo hebreo*. Lima tipografía La Voce d’ Italia. 1908.

Pero la llegada de viajeros europeos interesados por los temas mencionados fue notoria a partir de siglo XIX, gracias al financiamiento otorgado por los Estados europeos a las instituciones académicas de sus respectivos países. Es de recordar la presencia de Alcides D'Orbigny, quien viniera América del Sur, instruido por el Museo de Historia Natural de París y apoyado económicamente por el Ministerio del Interior de Francia; aunque ya desde finales del siglo XVIII habían arribado al Perú un pequeño número de viajeros que al regresar a sus países de origen llevaron consigo objetos extraídos de las huacas. La actividad consistía en recolectar datos, información e incluso pruebas materiales para su estudio. Con el interés cada vez mayor por adquirir objetos antiguos se desató una campaña de excavación en las huacas, produciendo graves daños por los incipientes criterios arqueológicos y sujetos casi siempre a manuales o “instrucciones” entregadas por las instituciones de ciencia del viejo mundo a algún aficionado viajero (Riviale 2000: 65); no obstante, sus juicios y escritos contribuyó a cambiar la consideración poco valorativa de la piezas en cerámica y de las construcciones prehispánicas, excepto el valor monetario que ya se tenía de los objetos de metal preciado en oro y plata.

La “reconsideración” que otorgaba la ciencia europea hacia las antigüedades fue paralela con la constitución de los emergentes estados hispanoamericanos del siglo XIX; es así que en pleno proceso de la emancipación del Perú las ruinas prehispánicas pasaron a ser oficialmente reconocidas y declaradas como propiedad de la nación; aunque la proclamada independencia del 28 de julio de 1821 no significó el control absoluto de las fuerzas independentistas sobre el territorio peruano. Fue en el protectorado del general San Martín en donde se señaló que los “monumentos que quedan en la antigüedad del Perú son de propiedad de la nación porque pertenecen a la gloria que se deriva de ellos ...”⁴¹ Las huacas y todo vestigio de los antiguos habitantes se encontraban en aquellos años en el completo abandono, excepto los ornamentos de oro y / o plata hallados en tales construcciones. Ahora, con el decreto N° 89, se amparaba oficialmente los

⁴¹ D. S. N° 89 del 2 /abril /1822. Revista del Museo Nacional 1874 p. 373

monumentos de la nación y se trataba de incluirlos en el imaginario colectivo. De este modo, el nuevo Estado peruano reconocía, designaba e incluía los elementos materiales que a su juicio debían constituir la propiedad y la representación de la nación peruana.

El referido decreto, promulgado el 2 de abril de 1822, establecía claramente el reconocimiento sólo de las antigüedades que se encuentren en las huacas; tal declaración no debía ser extraña, se invitaba a negar el pasado colonial como una forma de estimular el enfrentamiento contra el español que todavía no era derrotado ni expulsado del territorio peruano. La instauración de una época nueva y un nuevo sistema de gobierno, todavía no autónomo y menos aun definido (la inclinación del libertador por un tipo de gobierno monárquico constitucional no sería compartida por importantes personajes criollos limeños), requería la urgencia de símbolos que la identificara y que recordara “el dilatado tiempo de su opresión”,⁴² sufrido durante la dominación española por ello, el 21 de Octubre de 1820, San Martín decretó la naturaleza (colores y características) de la bandera y escudo nacional, posteriormente modificada el 15 de marzo de 1822, y finalmente, la ley del 24 de febrero de 1825 estableció la actuales características del escudo nacional. Al año siguiente de la primera declaratoria del escudo, el general San Martín convocó por decreto un certamen musical para la composición del himno del Perú. El libertador, en ese sentido, mostró mucho interés inmediatamente a su desembarco en la costa del Perú en crear símbolos que identificaran a los peruanos.

Este paso inicial en reconocer a las antigüedades como propiedad de la nación, por parte de las autoridades del Protectorado, de seguro nació por el conocimiento de los criollos sudamericanos durante su permanencia en la península ibérica que debió ilustrarles sobre el tratamiento que se daba a las antigüedades históricas en el mundo europeo. En 1793, España replanteaba el perfil del trabajo científico de sus instituciones inaugurando así la nueva actividad de sus antiguas instituciones, como por ejemplo la Real Academia de Bellas Artes; de acuerdo al

⁴² La política del Protector era dar emblemas capaces de actuar en “... la conservación de los símbolos que recuerden el dilatado tiempo de su opresión, se decreta adoptar por bandera nacional del país” Gaceta del Gobierno de Lima Independiente. N° 14. 25 -VIII-1821

nuevo estatuto firmado por el rey Carlos IV su finalidad sería recuperar la grandeza y prosperidad de pasados tiempos. Mientras esto sucedía en España, en el resto de Europa, a finales del siglo XVIII, la campaña armada realizada por Francia en el Norte de África (1798) permitió “redescubrir” la remota historia de las famosas pirámides y faraones del milenario Egipto, la cual despertó la admiración en el imaginario europeo, estimulando la formación de colecciones antiguas. Fruto de aquellas campañas militares-científicas en las tierras de los faraones se publicó, desde 1809, “La Descripción de Egipto” en 19 tomos, bibliografía que llegó a los círculos académicos de todos los países europeos gracias al desarrollo de la imprenta. En este ambiente “científico”, que propiciaba el interés de las antigüedades, no era de extrañarse que el propio general San Martín mostrara interés por observar alguna de estas curiosidades peruanas. Basil Hall, marino capitán de la escuadra inglesa en el Pacífico Sur, durante su permanencia en la costas del Perú escribió en su diario personal “la presentación de una momia traída del Norte de Lima” para ser mostrada ante él y el propio libertador en la casa de gobierno.⁴³

Volviendo al decreto, es importante observar los aspectos y consideraciones que el gobierno emancipador tomó en cuenta para promulgar el decreto supremo N° 89. En primer lugar, establecía la tajante prohibición de extraer objetos “obras antiguas de alfarería, tejidos y demás objetos que se encuentren en las huacas” sin expresa autorización del gobierno, con lo cual mostraba ante la opinión pública que el único propietario y, en consecuencia, el único que podía autorizar el ingreso y extracción en las huacas era el Estado. Además el referido decreto establecía la prohibición absoluta de cualquier extracción o excavación, ante la amenazante presencia destructora de los excavadores clandestinos de huacas; esta actividad se produjo desde el momento mismo de la conquista y durante el largo periodo de la colonia: saqueos y excavaciones en las antiguallas indígenas pese al asombro y admiración por parte de los españoles ante las construcciones indígenas. Respecto a lo último,

⁴³ Citado por Mariana Mould de Pease. *La historia y la arqueología como fundamentos para nuestro desarrollo*. EN: suplemento La Industria, 25 de Agosto de 1996. Chiclayo-Trujillo.

Garcilazo de la Vega refiere en su famosa obra “Los Comentarios Reales” la impresión que causó en un peninsular el ver la fortaleza de Sacsayhuaman:

“ Un sacerdote de Montilla, que fue al Perú, después que yo estoy en España, y volvió en su breve tiempo, hablando de esta fortaleza, particularmente de la monstruosidad de sus piedras, me dijo que antes de verlas nunca jamás imaginó creer que fuese tan grandes como le habían dicho; y que después que las vio le parecieron mayores que la fama, y que entonces le nació otra duda más dificultosa, que fue imaginar que no pudieron asentarlas en la obra sino por el arte del demonio”. (Garcilazo, 1987: 45).

Creer que fueran obra del demonio y, en consecuencia, lugar donde los indios pudieran seguir adorando sus divinidades convertía a las construcciones antiguas en lugares que debían ser destruidos. En ese sentido, la extirpación de idolatrías, con las razones que la justificaban, fue una cruzada destinada a cumplir la inhabilitación de tales lugares destruyendo cuanto ídolo encontrara en ellas, así como colocar una cruz o levantar una iglesia sobre ellas. Pero detrás de la cruzada de evangelización, la verdadera razón se manifestaba en la insaciable búsqueda de oro, actividad que produjo la destrucción de toda huaca en forma reiterada debido al recuerdo de aquella “hazaña” donde los primeros conquistadores entraban, despojaban, reunían y fundían cientos de ornamentos de metales preciados en cada centro urbano, como ocurrió en Cajamarca, Pachacamac y Cuzco: Este fue el anhelado sueño de los posteriores españoles que arribaron al Perú. Cieza de León narra que posterior al saqueo en Pachacamac, realizado por Gonzalo Pizarro, se produjeron reiteradas intervenciones donde “otros sacaron gran suma de oro y plata de los enterramientos. Y aun se presume y tiene por cierto que ay mucho más, pero como no se sabe donde está enterrado se pierde” (Cieza 1986: 213). Charles Wiener, otro interesante viajero, que recorrió el Perú durante los años previos a la guerra con Chile, decía que los peruanos eran personas muy entregadas a la búsqueda de tesoros en las huacas, actividad, que a su juicio, no hacía más que destruir las antiguas construcciones:

“... Los descendientes de los conquistadores siguen aficionados a las excavaciones y sueñan de buen agrado en tesoros escondidos y lingotes de oro. Fueron en pos de la veta que al azar había sacado a la luz y en poco tiempo se

halló una verdadera colonia de buscadores. Cuando llegué en 1876, se había explotado más de un millar de tumbas". (Wiener 1993: 46).

Frente a semejante práctica tradicional de saquear las huacas, el Decreto N° 89 establecía adicionalmente, en su segundo artículo, severas penas a quien infringiera la ley; arrebatando o confiscando los objetos desenterrados, además de obligarlo a pagar una multa mínima de mil pesos. Los objetos confiscados al huaquero serían depositados para formar colecciones del futuro Museo Nacional:

" 2° El que contraviniera el artículo anterior, incurrirá en las penas de perdimiento de la especie, sea poco o mucho su valor, la que se aplicará al Museo Nacional y a más de mil pesos de multas aplicados a los fondos destinados a la instrucción pública..." ⁴⁴

Tal disposición pretendía contrarrestar la práctica de excavación en los monumentos antiguos, y cuyos hallados eran colocados a la venta en el mercado: "...con dolor se ha visto hasta aquí vender objetos inapreciables y llevarse donde es conocido su valor, privándonos de la ventaja de poseer lo nuestro." Resulta interesante el párrafo citado porque nos ilustra los primeros sentimientos de malestar por la comercialización de los materiales en los inicios de la república. Ello guardaba correlato con "La Sociedad Amantes del País", que publicaba artículos, en el Mercurio Peruano, resaltando la importancia de los monumentos antiguos del Perú para el conocimiento de la geografía e historia del país:

" El estudio de los monumentos que erigieron los incas ... ofrecen ciertamente una nueva luz capaz de esclarecer la oscuridad en que yace sumergida la parte histórica y civil de la monarquía peruana en el tiempo que precedió a la conquista." ⁴⁵

Posteriormente, con la creación del Museo de Historia Natural en 1836, se aprobaron disposiciones y reglamentos que retomaban el Decreto N° 89; así, en 1841, el gobierno decretó en un sólo texto el reglamento del Museo de Historia

⁴⁴ El decreto señala implícitamente la existencia del Museo Nacional pero este no se hizo realidad hasta 1826

⁴⁵ Ver El Mercurio Peruano, 17 de Marzo de 1791.

Natural⁴⁶ y Conservación de las Antigüedades. Tanto el decreto como el reglamento de organización y funcionamiento de la mencionada institución pusieron en vigencia el decreto de 1822, que prohibía tajantemente la extracción de objetos en las huacas la cual mostraba la preocupación del gobierno por las excavaciones clandestinas, al menos en el texto oficial. A pesar de la promulgación del D. S. N° 89 y las sanciones indicadas, las excavaciones continuaron, siendo imposible detener el huaqueo que cada vez tenía más fuerza por el valor comercial que las antigüedades comenzaron a adquirir.

Pero la consideración y valorización, desde la legalidad de las antigüedades no sólo provenía del débil e incipiente Estado sino también, como ya hemos señalado, de los viajeros, algunos científicos y / o aficionados, quienes al llegar a las ruinas anotaban sus impresiones acerca del estado, condición e importancia de tales construcciones. El territorio peruano para entonces era considerado cuna de una civilización o por lo menos lugar de una civilización, por ello fue sitio de tránsito de innumerables europeos, que acompañados de indios cargadores, acémilas y por los propias autoridades locales recorrieron gran parte del paisaje escribiendo y anotando cuanto detalle fuera curioso.⁴⁷ Si bien es cierto que gran parte de ellos realizó trabajos meramente descriptivos de los lugares visitados, no obstante algunos sobresalieron publicando textos valiosos por el contenido de detalles y precisiones de la forma de vida y costumbres en el Perú. Al respecto, una interesante anotación de los viajeros corresponde al norteamericano Ephraim George Squier Kulmer, quien escribió profusamente sobre el tema en los años 1863 y 1865. Su trabajo no sólo ocupaba la descripción de las huacas sino también estuvo dedicado a tomar medidas y a hacer dibujos de los recintos, los cuales hoy en día nos permiten conocer el estado en que se encontraban las construcciones en el siglo XIX. Junto a la descripción, los juicios valorativos de tales construcciones

⁴⁶ Este museo se creó en 1836 durante el gobierno de José Luis Orbegoso. El paquete de artículos de tal decreto incluía la organización y funcionamiento del mencionado museo. (D. S. N° 433. Lima, 3 de junio de 1836. Revista del Museo Nacional p. 377)

⁴⁷ Estudios de los viajeros en el Perú véase los trabajos de Alberto Tauro (1967), Estuardo Núñez (1969), Pablo Macera (1999) y Pascal Riviale (2000)

no estaban ausentes. Por ejemplo, manifestaba E. Squier, que los monumentos son de suma importancia, dada la ausencia de escritura, las ruinas permitían conocer la historia y civilización de los incas (Squier 1974: 309). En ese sentido, J. Tshudi, viajero naturalista que recorrió el Perú entre los años 1838 y 1848, interesado por las antigüedades expresaba, compartiendo con Squier, el valor que tenía para la etnografía, como fuente importante, “el examen de los restos de monumentos anteriores a los españoles y de los hallazgos de tumbas.” (Tshudi: 1918:2). Es importante notar cómo las antiguas construcciones fueran consideradas importantes para el análisis de la etnografía, disciplina que en aquel entonces buscaba conocer los rasgos culturales de los pueblos. El valor dado a tales materiales guardaba una estrecha relación con la mano del hacedor de tales construcciones; es ahí donde se elevaba el objeto hecho y al sujeto hacedor. A medida que el conocimiento de las antigüedades se ampliaba, descubriendo las formas complejas de organización social y el grado de civilización alcanzado, los juicios de valor eran positivos hacia los vestigios indígena. Así el estudio de los restos antiguos:

“... demostraría que el indígena en el Perú era bastante inteligente para comprender su medio ... bastante bien dotado para elevarse y afirmarse por medio de las artes, bastante poderoso para imponerse con las armas, bastante digno de nota para no merecer el olvido que la historia reserva a los pueblos sin valor y sin pasado y a las razas sin virtud y sin porvenir ...” (Wiener 1993: VII)

48

De esta forma la revalorización de las antigüedades históricas por parte de la ciencia, representada en los viajeros, implicó una suerte de inclusión, por el significado que tenían las antigüedades en la dimensión del progreso y civilización alcanzado en el pasado, coincidente, con los anhelos de los peruanos que aspiraban alcanzar, en el presente inmediato y en el futuro del país. Además, el juicio del viajero, fue acompañado de un crítico juzgamiento o condena ética al acontecimiento de la conquista española por no haber respetado ni apreciado el pasado material indígena. G. Squier criticaba y juzgaba severamente la destrucción material del pasado andino iniciado desde la llegada de los españoles:

⁴⁸ WIENNER Charles. Perú y Bolivia. 1993. UNMSM -IFEA

“ La mano de los conquistadores cayó pesadamente sobre los venerables monumentos del Perú y su ciega superstición de búsqueda de tesoro escondidos ocasionó infinitamente más ruina que el tiempo y los terremotos”. (E. Squier, 1974:1)⁴⁹

Fue una constante discursiva de los viajeros que contagió a las elites intelectuales peruanas, preocupadas, como hemos dicho, por el presente y el futuro del país, a mirar con aprecio y tener la necesidad de conservar el pasado material que las voces de la ciencia, representadas en los viajeros, demandaba. No sólo se identificaba para la ciencia sino también se exigía evitar su continua destrucción; afortunadamente, para Squier, habían escapado a la destrucción “suficientes venerables monumentos” que permitirían dar a conocer la naturaleza civilizada de los antiguos peruanos. Exigía, con expresiones indirectas pero agudas, que las ruinas sean recuperadas, ya que su desagradable situación mostraba la poca capacidad del hombre para poder distinguir y apreciar el progreso alcanzado en su pasado por los antiguos peruanos. “La ruina así consumida recae vergonzosamente sobre nuestras inteligencias, que exige que esta obra sea restaurada y conservada” (1974: 44). Cuando pluralizaba al decir “nuestras inteligencias”, se refería a la clase política e intelectual en el Perú, que no mostraba la mínima noción de lo que significaban tales ruinas. Aunque Tshudi fue más directo al criticar y calificar de ignorantes a los dirigentes, por la poca disposición del gobierno peruano por atender el cuidado de antigüedades:

“En este caso también son responsables los círculos dirigentes por su indolencia e ignorancia, especialmente los gobiernos que incurrieron en un descuido irresponsable, cometiendo un verdadero delito contra su patria”. (Tshudi 1967: 25)⁵⁰

No sólo los extranjeros daban sus severos juicios ante el descuido de las antigüedades, también por parte de algunos notables peruanos que habían logrado educarse en Europa y cultivar el aprecio al pasado material. Es el caso de Mariano Eduardo de Rivero, nacido en Arequipa (1789), y quien pasó su adolescencia en el extranjero realizando sus estudios en Inglaterra. Por invitación del gobierno peruano

⁴⁹ SQUIER George. Un viaje por tierras incaicas. Crónica de una expedición arqueológica. UNMSM 1974.

⁵⁰ TSHUDI Jacobo. Contribución a la historia, civilización y lingüística del Perú. 1967

regresa en 1825 y asume cargo públicos, posteriormente entabla relación con el viajero J. Jacobo Von Tshudi. La amistad entre ambos será estrecha y dedicarán su tiempo en estudiar las innumerables ruinas esparcidas en el territorio de los andes del Perú. Fruto de las largas cabalgatas en la árida costa y en el accidentado terreno de la sierra, y estudiando toda ruina que estuviera en el camino, publicaron “Antigüedades Peruanas” en 1851. En aquella publicación el autor construye una conversación ficticia -al visitar el Callejón de Conchucos- entre la ruina de Chavín de Huantar y él, diálogo que se inicia cuando Rivero se encontraba observando los detalles de la construcción mencionada, y al sentarse a descansar:

“... creí oír del fondo del subterráneo que me decían viajero ¿Que motivo os mueve para vagar por estos sitios de descanso, remover escombros y pisar cenizas que el tiempo ha respetado ya que los hombres se complacen en despreciarlas? ¿No son suficiente los datos que tenéis en la historia para probar nuestra grandeza, sencillez, hospitalidad y amor al trabajo? ...” (Rivero 1851: 287)

No estamos ante una antigua construcción que puede o está en la capacidad de expresar una articulación verbal sino más bien ante un hombre que expresa sus preocupaciones e ideas respecto del pasado material, a través de la ruina de Chavín, que imaginando se dirige verbalmente a él. Las piedras constituidas en edificación encarnan el pensamiento valorativo que Rivero tiene por las antigüedades, al mismo tiempo que enrostra la falta de aprecio de los peruanos al desarrollo material alcanzado por sus predecesores, a quienes considera *grandiosos, sencillos y laboriosos*. Además señalaba que las ruinas demostraban “la inteligencia, poder y grandeza de la nación que rigieron los incas” con lo cual no sólo evoca el pasado sino también lo magnifica. La auto culpa y el hecho de culpar a los peruanos por no saber conservar las antigüedades sería asimilado más adelante por los intelectuales comprometidos con la cultura, como Víctor A. Belaúnde (1908), quién señalaba que por “nuestro impulso bárbaro” o “nuestra incuria” se habían demolido las ruinas que evocaban “las grandes obras terminadas por el esfuerzo”.⁵¹ Rivero juzgaba negativamente la conquista española por el destrozo ocasionado a las antigüedades, que el tiempo al menos había respetado,

⁵¹ Instituto Histórico del Perú. *Revista Histórica*. Tomo II 1908 p. 293-294

cubriéndolas en escombros y cenizas “escapados de la sangrienta espada del conquistador inhumano”, excepto algunas ruinas que no habían sido tocadas y que ahora la ciencia podría estudiarlas:

“El examen crítico de los monumentos antiguos que han escapado en su totalidad, o en parte a la acción destructora del tiempo y vandálica saña de los conquistadores, nos dan más luces que las incorrectas y contradictorias páginas de los autores”. (Rivero 1851: 210) ⁵²

Su interés por estudiar e investigar las ruinas halladas lo llevó a sospechar que hubo otra civilización anterior a los Incas, o por lo menos “indican dos épocas muy diferentes en el arte peruano por los que concierne a la arquitectura: una antes y una después de la llegada del primer inca”. Es necesario precisar que cuando Rivero inicia sus investigaciones, junto a Tshudi, se creía que todas las ruinas correspondían a la civilización incaica, lo cual con el tiempo y las investigaciones realizadas sería cambiado por la teoría del desarrollo de distintas civilizaciones anterior a los incas.

Por otro lado, la imagen idílica que la obra de Garcilazo asentó en el imaginario colectivo, respecto al carácter paternalista del imperio inca bajo los principios organizativos de “paz, seguridad e igualdad”, fueron reevaluadas por los trabajos de historia realizado por Prescott, Markham y Larraburre.⁵³ El cuestionamiento al pasado se remitía al poder absoluto que ejercía el Inca sobre su pueblo, impidiendo cualquier expresión personal; si bien todos los súbditos tenían satisfechas sus necesidades les faltaba lo principal: la espontaneidad individual. Las razones de tales apreciaciones correspondieron a la doctrina del liberalismo decimonónico que buscaba ampliarse y abrirse paso, cuestionando las bases principales del antiguo régimen absolutista; por ejemplo, la falta de libertad individual. Conforme a la prédica liberal, el ministro de Justicia, Culto e Instrucción

⁵² RIVERO De Eduardo Mariano. *Las Antigüedades Peruanas*. Viena 1851.

⁵³ Ver el trabajo de Gonzalo PORTOCARRERO *El Perú desde la Escuela (1989)*. El autor hace una revisión de las publicaciones de libros de historia para la instrucción correspondiente a la etapa republicana.

don Jorge Polar, hizo suyo resaltando que en la sociedad incaica no existiera la libertad, sino la sumisión:

“... un pueblo que tenía reglamentado todos los pasos de su vida, pero al que, en cambio, su inca le asegurara el sustento y la satisfacción de sus necesidades, y que vivía por lo tanto sumiso, absolutamente sumiso, pero tranquilo y ajeno de cuidados, tranquilo hasta el punto de olvidar su libertad ...” (Separata de Revista Histórica 1993: 33)

Se entendía que el Inca fue el eje central de toda la actividad, durante el incanato, y que “cuando este faltó, todo fue abandonado y perdido” Tanto los intelectuales y políticos hicieron suyo aquel cuestionamiento caracterizado por la falta de libertad para explicarse la fácil y rápida caída del imperio de los incas a manos de un grupo de españoles; éstas apreciaciones ponían en discusión, dentro de los círculos intelectuales, la naturaleza del carácter político del Estado inca: régimen blando-paternalista vs. régimen opresivo-absolutista, debate que no hacía más que elevar el interés del público culto por el conocimiento de la historia incaica.⁵⁴ Incluso el propio E. Larraburre y Unanue defendió la tesis, en 1904, que los incas no habían llegado a realizar sacrificios humanos, afirmación fruto de sus excursiones y estudios en las ruinas del sur de Cañete.⁵⁵

En resumen, puede parecer extraño que las primeras representaciones históricas de la emergente nación del Perú comprendieran a las antigüedades prehispánicas, sobretudo porque fueron declaradas en el fragor de la independencia, bajo el endeble gobierno del protectorado, a cargo del general don José de San Martín, y más aun, en una incierta emancipación no concluida. ¿Era legítima y oportuna tal declaración? En realidad si, y habían dos consideraciones importantes: la constitución de la nueva entidad política y el desarrollo de la ciencia

⁵⁴ El propio Riva Agüero cambió de opinión . “ En sus primeras obras, cuando aun no se habían publicado las Informaciones de Toledo y la crónica de Sarmiento de Gamboa, hallada en 1906, Riva Agüero se inclinó hacia la tesis garcilacista del imperio blando y persuasivo. Pero en sus escritos posteriores, fue rindiéndose a la evidencia del imperio guerrero y dominador. Véase PORRAS B. Raúl. *Mito tradición e historia del Perú*. (1974: 97)

⁵⁵ “... conviene empero tener presente que estos altares incásicos no se mancharon nunca con sangre humana. Los sacerdotes indígenas en realidad no sacrificaban a personas. Así consta en autores dignos de fe, sino animales ...generalmente cuyes y aves ...” El Comercio, 28 de Febrero de 1904.

en aquel momento. La primera tiene que ver con la fundación de los nuevos estados americanos, comprendidos por las ex colonias de España, quienes esgrimieron discursos y principios legitimadores del nuevo orden político que pretendían instaurar, y cuyos ideales tenían su origen en la independencia norteamericana y en la revolución francesa; en ese sentido, la presencia de símbolos fueron necesarios en la representación de las nuevas entidades políticas. En el caso del Perú, centro de operaciones del poderío español y de mayor acentuación de las costumbres y tradiciones hispanas se promovió, por parte del general San Martín, la creación de símbolos como la bandera, escudo e himno, y también declarando a las antigüedades amerindias como patrimonio del Estado, mediante los cuales se identificara al nuevo soberano del poder: la nación peruana; soberano que debía mantener presente en la memoria, evocando “el dilatado tiempo de su opresión”, a través de los nuevos símbolos creados.⁵⁶

El otro aspecto es la gradual construcción, durante todo el siglo XIX, de un discurso histórico acerca del pasado anterior a la conquista, que desde la arqueología y la etnología se desarrollaba resaltando la antigüedad y, sobretudo, el “grado de civilización” alcanzado por las pueblos antiguos del Perú. Si bien es cierto que gran parte de los libros publicados por los viajeros se hicieron en otro idioma y tan lejos (Europa), con pocas oportunidades de llegar a las manos de los interesados, ello no limitaba que los círculos limeños tuvieran referencia al respecto.⁵⁷ Por otro lado, la presencia de los viajeros interesado por conocer las antigüedades peruanas daba de por sí un valor a los vestigios materiales del pasado. En términos económicos, diríamos que se le dio un valor agregado a la construcciones y objetos de barro, hueso, arcilla, madera, etc., de la antigua cultura; ya no eran únicamente ruinas y objetos abandonados, sino que eran muestras del progreso y nivel de civilización alcanzado en el pasado. Este discurso fue producto de las incursiones que los viajeros extranjeros realizaban, y que a través de sus

⁵⁶ “... la conservación de los símbolos que recuerden el dilatado tiempo de su opresión, se decreta adoptar por bandera nacional del país” Gaceta del Gobierno de Lima Independiente. N° 14. 25 de agosto de 1821.

⁵⁷ En 1906, Arturo Beaessler publicó en Berlín “El Arte del Perú Precolombino” El articulista señalaba la importancia de conocer, a través de la publicación, una grandiosa etapa de la civilización antigua del Perú. El tiempo que tardaría en llegar la publicación mencionada a Lima era recortada con la nota periodística que alimentaba imágenes de la importancia que Europa daba a las antigüedades El Comercio, 3 de julio de 1906.

juicios y publicaciones contribuyó a elevar el pasado material otorgándole un valor especial que luego sería tomado en la “lectura nacionalista de la historia del Perú”, que la independencia y el liberalismo promovieron, como señala G. Portocarrero, (1989:24) pero también gracias a la ciencia de la etnología y arqueología de aquella época, promovidos por los viajeros, interesados en desarrollarla y por aquellos dedicados a los quehaceres de la Historia.⁵⁸ Sin embargo ni la independencia, ni el liberalismo, ni la ciencia de la arqueología con los postulados y declaraciones, fueron suficientes en detener el uso y abuso de las antigüedades. Las excavaciones de los huaqueros, la comercialización de los objetos y el abandono de las huacas que yacían a disposición y detrimento de los pobladores.

Uso y abuso de los antigüedades históricas.

“Una dulce melancolía se apodera del ánimo en presencia de misteriosas y grandes ruinas: la soledad se enseñorea sobre la ciudades que estuvieron muy pobladas; el desierto ha invadido en que sobreabundó la vida, pavoroso silencio; ha sucedido a la alegría, que por doquier estallaba; los lugares más solitarios, áridos y silenciosos ofrecen en las ruinosas o arruinados monumentos toda elocuencia de la tumba” (Sebastián Lorente 1879:72)⁵⁹

Así, con profundo malestar describía, a finales del siglo XIX, la situación de las construcciones antiguas pertenecientes al periodo anterior a la llegada de los españoles, el fundador de la enseñanza de la Historia y maestro de generaciones en el colegio Guadalupe; es decir, recorrer un monumento antiguo era encontrarse en medio de la arena y la soledad. El abandono y el mal estado de las construcciones indígenas llenaban de melancolía y tristeza al profesor Sebastián Lorente, quien comparaba a las ruinas de la antigua civilización como penosas tumbas destruidas. Obviamente los sentimientos expresados tenían su razón en el amor profesional por la Historia y por todo aquello que se constituyera en fuente del

⁵⁸ De los libros que hacían una lectura nacionalista está el trabajo de Sebastián Lorente “Las civilizaciones Primitivas del Perú”. Al referirse a los restos pre colombinos señalaba: “... demuestran un grado de civilización en sus actores lo cual significa el empleo de fuerzas intelectuales para facilitarse la tarea de la vida ...” (Lorente 1913: 6)

⁵⁹ LORENTE Sebastián. *Historia de la Civilización Peruana*. 1879.

conocimiento del pasado. Pero, ¿cuál sería la primera impresión que causaba verlas? El mismo Lorente nos responde:

*“ Las antigüedades del Perú rara vez llaman fuertemente la atención a primera vista; la sencillez que la caracteriza suelen impedir que causen efecto sorprendente, sobre todo cuando están como perdidas entre estupendas escenas naturales ... se hacen tan comunes que sólo producen la débil impresión de los objetos más ordinarios ...hay en fin grave riesgo de confundirla con la naturaleza”.*⁶⁰

A la distancia podían confundirse con el paisaje natural; en las faldas de los cerros, en la arbusta vegetación de la montaña, en las colinas de los arenales o del campo agrícola, etc; más aun era común encontrarse con muchas de estas construcciones en el camino. Quienes realizaban el recorrido Lima-Callao en tren, o visitaba a caballo las villas de Magdalena la vieja, San Miguel, Bellavista, Carmen de la Legua, etc., se encontraba con altas ruinas de adobe que cubrían una larga extensión, y que fácilmente podía confundirse con llamativos promontorios de tierras o colinas:

“... Ya cuando se viaja de Lima al Callao se ve desde el ferrocarril a mano izquierda, una hilera de montículos cuyo extremo está cerca de la línea. Se distingue cuatro grandes colinas y algunas pequeñas. Desde la distancia las colinas parecen elevaciones naturales del suelo de poca altura ... pero observadas más de cerca, uno se convence que todas han sido hechas artificialmente, por mano del hombre...” (Middendorf 1973: 61)⁶¹

E. George Squier al realizar sus anotaciones en Pachacámac a la cual consideró “la meca de un gran imperio,” manifestaba que se encontraba llenó de arena por dentro y, al mismo tiempo, expuesta al lento desmoronamiento de las paredes:

“El asiento de la ruina tiene un aspecto sumamente desagradable, porque en su yermo de arena que ha sido arrastrada dentro y gran parte de las edificaciones situadas entre las murallas exteriores algunas de las cuales han quedado completamente enterradas”. (E. G. Squier 1974:33)⁶²

⁶⁰ Ibid. p. 70

⁶¹ MIDDENDORF Ernest. Perú. Observación y estudio del país y sus habitantes durante una permanencia de 25 años. UNMSM 1973

⁶² SQUIER George. Un viaje por tierras incaicas. Crónica de una expedición arqueológica. UNMSM 1974.

La falta de vigilancia y control del Estado las exponía no sólo a perderse con la naturaleza, sino también a ser demolidas por la mano del hombre. Al llevarse a cabo la instalación de la vía férrea Lima-Chancay, se encontró un cementerio pre hispánico por donde pasaría el tendido de las líneas; tal hallazgo inesperado no puso en duda, en los ejecutores del gobierno la instalación férrea, la destrucción de la huaca, sin importar el valor histórico que pudiera ofrecer; que importaba, una ruina menos de tantas, a final de cuentas, era parte del pasado. Y es que el tendido de las rieles significaba instalar la modernidad, por donde pasaría la prosperidad y la civilización, representada por los ferrocarriles.

Pero no sólo el paso de la modernidad de hierro rodante causaría la destrucción, sino también el afán utilitario de los materiales -que pudieran desprenderse a la fuerza- de las huacas. En un recorrido realizado a Cañete para realizar la descripción de una ruina, Eugenio Larraburre expresaba con mucho fastidio las razones por las cuales las huacas eran destruidas por los hombres:

“Si en 1560 se lamentaba el historiador Garcilazo de la Vega el mal estado de las ruinas de Hervae ¿Qué decir hoy que se las destruye rápidamente? Por una parte los vecinos que desbaratan los muros y se llevan adobes para usarlos en la construcción de sus casas y por otra parte; los que se ocupan en buscar tesoros dentro de la huaca y que ciertamente no son muy escrupulosos acaban con estos preciosos restos de la antigüedad”. (Larraburre: 1874)⁶³

Al afán utilitario se sumaba el lucrativo: durante la conquista y toda la colonia, la unidad material de los recintos pre hispánicos fue precaria, debido a la búsqueda de objetos de metales preciados; en la república la situación se agravó. En primer lugar, las partes de la ruinas fueron vistas de utilidad por los pobladores de la localidad, quienes no dudaban en desprender las rocas o adobes para su uso personal o colectivo que, por lo general, fueran utilizados en la construcción de sus casas o en la iglesia del pueblo. Aunque esta práctica utilitaria no era nueva; ya desde el inicio de la colonia se destruyeron muchos recintos arqueológicos para edificar con sus partes los nuevos centros urbanos hispanos:

⁶³ LARRABURRE U. Eugenio. *Cañete. Apuntes geográficos, históricos, estadísticos y arqueológicos*. 1874:

*“ Es lamentable que las autoridades no hayan tratado de conservar los únicos restos que nos traen a la memoria nuestro padres, ya que los malos hijos del país por hermosear sus casas las han destruidos, sin fijarse de este modo que manifiestan patentemente su estado de atraso, pues desconocen el mérito que les da su antigüedad...”*⁶⁴

Muchas de las piezas o piedras extraídas de las ruinas fueron llevadas a los pueblos para que sirvieran al ornato. En el viaje realizado al interior del país por José de Riva Agüero -emulando a aquellos realizados por los viajeros europeos del siglo XIX- al encontrar un “asiento esculpido” ubicado en una esquina de la plaza censuró a los indígenas por su indiferencia al material de su grandeza pasada, considerándolo un símbolo del abandono y el abatimiento al que habían llegado las antigüedades:

“... En la misma plaza, y creo a las puertas del consejo, y la cárcel yace en doble asiento esculpido sin duda, uno de aquellos troncos incaicos del que habla la Relación Geográfica. Símbolo conmovedor del abandono y el abatimiento. ¿Qué le importa a estos infelices aldeanos el recuerdo de los divinizados reyes de sus progenitores, ni que saben de ellos? Nunca he sentido más punzante y desgarradora la sensación de la decadencia ...” (Riva Agüero 1974:41)⁶⁵

El juicio del viajero Riva Agüero es parcial, al no considerar que la mano blanca del conquistador y sus descendientes habían sido los principales destructores; no cuestiona la negligencia del Estado en proteger su pasado material, más bien culpa a la desidia de los aldeanos que mantienen en abandono a las antigüedades.

La situación de abandono llevó a que las ruinas también fueran dispuestas para el uso habitacional. En su viaje a Lambayeque, Wiener se sorprendió cómo las ruinas de Chimú Cápac se encontraba en la “puerta misma de la casa hacienda”, abandonadas y entregadas a las actividades del lugar (Wiener 1993: 76); peor aun, se hacía uso de ellas como suelo donde se levantaban las viviendas rurales para los trabajadores. En la visita realizada a la hacienda de Chacra Cerro, a

⁶⁴ RAIMONDI Antonio. Huari. Huamalies Huaylas, Huaraz. EN Sociedad Geográfica de Lima. Tomo X, trimestre. 7, 8 y 9 (1900: 274). Squier calificó de Baalbeck (canteras de rocas sagradas) ante el desprendimiento de piedras en la ruinas de Tihuanaco en la construcción de la catedral de la Paz. Al respecto Sebastián Lorente decía “sus piedras mejor labradas están empleadas en las paredes, puertas pisos, pilas y pedestales (Lorente 1879:75)

⁶⁵ RIVA AGÜERO José de la. *Paisajes Peruanos*. Auspiciado por el Gobierno revolucionario del Perú . Programa de divulgación cultural PEISA 1974

invitación del dueño señor Ernesto Dacoscovi, el articulista de El Comercio, bajo el seudónimo de Mont Calm escribió lo siguiente:

*“... un cuarto de hora después estábamos en las casas. Están edificadas sobre una huaca o sea un cerro hecho ex profeso por los antiguos indios...”*⁶⁶

Puede llamar nuestra atención la edificación de casas sobre las huacas, teniendo en cuenta que estamos ante la amplia superficie plana y árida de la costa, todavía ausente de “desborde popular”; pero la edificación de casas sobre los promontorios respondían a un mayor uso del terreno del cultivo, además de evitar la posibilidad de inundación por el agua de los regadíos. Se levantaban viviendas en lo alto, superficie de las antiguas edificaciones, a fin de aprovechar mayor espacio de cultivo. Middendorf señalaba que una razón por las cuales también se levantaban las casas de los campesinos en la parte alta fue para evitar el aire malsano, causado por la evaporación del agua de los campos. (Middendorf 1973: 60). No faltó quien manifestara, según Middendorf, la presencia de espíritus de los antiguos constructores que atemorizaban a los nuevos moradores en los altos de la huaca.

Otro factor de la destrucción de la antigüedades fue la obsesión, heredada desde la conquista, por la búsqueda de tesoros escondidos, actividad que se prolongó durante la colonia y posteriormente en la república. Ahora no sólo los descendientes de españoles realizaban ésta práctica, sino también los propios indígenas se afanaban en buscar objetos de valor, cada vez que estaban cerca de alguna huaca. En la visita realizada al Perú (1790) por Tadeo Haenke, al recorrer las ruinas de Pachacamac, llevó consigo algunos indios que le sirvieran de cargadores; mientras el viajero recorría observando minuciosamente los detalles de la arquitectura y diseño de la construcción, escuchaba a los indios asegurar que habían tesoros enterrados en dicho lugar; “y que a hurtadillas entraban en alguna huaca ... se persuadían que yendo los viernes, tendrían alguna suerte en estos corrales.” (Haenke: 1901:164).⁶⁷ Si bien los indios habían asimilado, al igual que los

⁶⁶ El Comercio, 31 de Mayo de 1912.

⁶⁷ HAENKE Tadeo. Descripción del Perú. 1901. Su visita al Perú, a finales del siglo XVIII, se produce por la decisión del gobierno español de Carlos IV de enviar una expedición científica a América y Oceanía.

blancos, la idea de excavar las huacas para hallar objetos de oro, se diferenciaron al aplicar sus propias supersticiones y costumbres para ser favorecidos de hallarlos rápidamente. Raimondi narra que en sus viajes por el norte del país (Chepén) en el pequeño poblado de Pumamarca:

“... un tal Timoteo Cóndor encontró en su chacra gran cantidad de esqueletos antiguos; y no conseguí que me indicaran el sitio, por más que ofrecí pagarle ... Después supe que el tal Cóndor había metido hojas de coca en boca de algunos cadáveres, y otros regalos como cigarro por esperanza que por gratitud le indicaran un entierro ... Basta que la descubra algún indio para echarse a buscar tesoros, y entonces las más de las veces se ven los huesos, arrojado a lo lejos”. (Raimondi 1903: 159-171)⁶⁸

Juicio muy severo de parte del naturalista italiano que, de seguro, por su rápido recorrido en los andes no se detuvo a observar la conducta de todos los indios, especialmente de aquellos circunscrito a sus comunidades, que por tradición guardaban respeto y silencio a sus creencias al considerar intangibles los restos donde pudiera encontrarse algún entierro de sus antepasados.⁶⁹ En otros casos, el silencio no era únicamente para entierros secretos sino también para objetos encontrados en forma casual, considerados, en algunos casos, alguna deidad religiosa local. Al respecto, un hallazgo accidental fue lo acontecido a un indígena que pasteando el ganado en Hauyabamba (Apurímac) observó a lo lejos una figura de metal de regular tamaño entre las rocas de un cerro cercano, del cual no dio aviso pensando que se trataba alguna deidad religiosa del lugar. Así transcurrieron los años hasta que decidió confesar su secreto a su nieto Miguel Choquehuanca, advirtiéndole que no se acercara al ídolo porque podría sucederle algún mal. Miguel recibió el consejo, pero pasado un tiempo decidió un buen día acercarse a la estatuilla viendo que no sucedía nada se dio cuenta que era un objeto que brillaba mucho; decidió entonces contárselo a su amigo el mestizo Antonio Zapata, quien al enterarse pidió que Miguel Choquehuanca no diera aviso a nadie más del lugar.

⁶⁸ RAIMONDI Antonio. “Antigua Civilización entre Pacasmayo y la Cordillera. EN: *Sociedad Geográfica de Lima*. Tomo XIII trimestre 2 . (1903:159-171)

⁶⁹ En reciente estudio sobre el actual huaquero, la arqueóloga alemana, Rená Günduz, distingue dos tipos; “el tradicional” que mantiene y trasmite las creencias sobre el poder de las huacas. Por otro lado; “el no tradicional” que huaquea sin expresar ningún ritual y guiado por un fin económico. No obstante, considero, ambos se ocupan de la destrucción de los monumentos arqueológicos. Ver *El Mundo ceremonial de los huaqueros*. Fondo Universitario de la Universidad Ricardo Palma 2001.

Pasado los días, en sus acostumbrados pastoreo de los animales, observó Miguel, que el ídolo ya no se encontraba en el lugar. Habrá que imaginarse quién cargó con la estatuilla⁷⁰. El hecho describe la actitud de los indígenas circunscritos a las creencias de sus comunidades que preferían dejar “tranquilas” a las estatuillas o restos de sus antigüedades, a diferencia del mestizo Antonio Zapata, quien seguramente desacralizado de tales creencias, en el momento oportuno cargó con el objeto. Aun así, la práctica de buscar tesoros en las huacas dejó de ser “privilegio” de los nietos de los ambiciosos conquistadores, ahora los indios también la practicaban. El cronista de *El Comercio* aplaudía que ya no fuera un “negocio” aprovechado sólo por extraños, sino también de beneficio para los indios y mestizos:

*“Por algún tiempo se creía que las riquezas incaicas habían pasado a ser favoritos de los gringos, turista y arqueólogos y tantas compañías excavadoras en busca del precioso metal, pero felizmente no todo ha de ser para estos señores, que piden y obtienen solvencia para remover las piedras y después ... se largan con el santo y las limosna ...”*⁷¹

La demanda que iban adquiriendo los objetos antiguos permitió obtener buenas ganancias a aquellos que se dedicaban a su búsqueda y venta, y donde no sólo la mano blanca sería la favorecida. A tal punto llegaría el nivel de comercialización que los pobladores empezaron a formar cuadrillas o grupos dedicados exclusivamente al huaqueo. Eugenio Larraburre criticaba duramente la actitud de los pobladores de llegar al extremo de formar “sociedades expresamente para explotar esa supuesta mina. Esto no revela sino la completa ignorancia de la historia.” (Larraburre 1874: 318)⁷². El hecho de catalogar, por parte de la población de Cañete, a las huacas en “minas” daba por aceptado la seguridad de ser vetas, y que con excavación minuciosa se hallarían objetos valiosos con lo cual no se hacía más que despertar la codicia de las personas. Pero estas sociedades no funcionaban, por lo general, clandestinamente sino con pleno conocimiento y autorización del gobierno y de las autoridades del Museo Nacional. Un ejemplo es la carta que con fecha del 3 de octubre de 1862 fue enviada por el prefecto de Piura don Manuel Morales, al Director del Museo Nacional, informando la creación de una asociación “con el fin

⁷⁰ El Comercio, 5 de Marzo de 1920.

⁷¹ Ibid.

⁷² LARRABURRE Eugenio. Cañete: Apuntes geográficos, históricos, estadísticos y arqueológicos. 1874

de explorar una huaca” en Tumbes.(Tello y Mejía 1967:42)⁷³ Fruto de las primeras excavaciones, remitía el prefecto M. Morales junto con la carta una estatuilla de plata en calidad de obsequio por parte de la mencionada asociación. Otro ejemplo de la benevolencia de las autoridades es una Resolución Suprema de 1887 mediante el cual se otorgó libertad para poder realizar excavaciones en la provincia de La Convención, departamento del Cuzco, al ingeniero alemán don Augusto R. Berns, en la cual el Estado detentaría posesión a una parte de los objetos que se hallara; además se le otorgaba la facultad a Berns de vender o exportar “sin otro gravamen que el que fija el arancel de aduanas, por ser derechos ordenados por leyes vigentes”⁷⁴

Las construcciones antiguas fueron vistas como potenciales “minas” donde poder hallar, con un poco de suerte, objetos preciados y obtener pingües ganancias por su venta. La comercialización de antigüedades se daba, incluso, en las propias calles de la Lima del 900, situación ante el cual el doctor Julio C. Tello protestó en la sesión del congreso, cuando ejercía una curul de diputado, durante la legislatura ordinaria del año 1918. Las denominadas “minas” también eran usadas como medios de expresión pública, con anotaciones de los transeúntes que sabían escribir:

“ No ha habido transeúnte que al pasar por estas ruinas no haya dejado recuerdo alguno de ella haciendo inscripciones en los muros. Inscripciones he leído que fueron escritas en el siglo XVII por los mismos conquistadores, otra por personajes de importancia en el Perú, por célebres viajeros” (Larraburre 1874: 320)

Si bien es cierto que es normal en la conducta humana escribir o hacer graffitis en las paredes para representar algún sentimiento personal o colectivo, es posible que con los escritos se buscase darle alguna utilidad a las abandonadas ruinas. Es decir, sus paredes, expuestas al paso del viajero, serían como hojas de ruta donde se daba aviso al siguiente visitante de quienes habían llegado antes al lugar. Al parecer no era suficiente anotar en libros los viajes realizados y las visitas

⁷³ Citado por TELLO Julio C. y MEJIA XESSPE Toribio. Historia de los Museos Nacionales del Perú 1822-1946. EN Arqueológicas. N° 10 Publicación del Instituto de Investigaciones Antropológicas 1967.

⁷⁴ Ibid.

efectuadas; había que dejar una señal palpable de haber llegado a las antiguas construcciones. En una de las paredes de la impresionante ruina de Macchu Picchu se encontró la inscripción “Lizarraga 1902”, con lo cual el abuso del graffiti resultó positivo con el tiempo, demostrando la evidencia palpable de la autoría de los peruanos en el hallazgo de la mencionada ruina.

Asimismo, el abandono y la soledad las convertía en lugares apropiados donde el transeúnte podía ir no sólo a meditar sino también a expresar sus íntimas emociones: “seria, triste, amorosas, ridículas de todo género”, como expresara Eugenio Larraburre. Cuando C. Markham visitó el recinto de Hervay al sur de Cañete, señaló haber encontrado la siguiente inscripción “Aquí murió un amante suspirando por la ingrata panchita.” Se preguntaba Larraburre “qué relación hallaría este amante desesperado entre la ingrata de su querida y el monumento de los incas.” Definitivamente que no vio ninguna relación simplemente que dichas construcciones estaban allí, abandonadas a su suerte, con la indiferencia de la gente y del gobierno que no tomaban acciones conducentes a su cuidado, excepto que sus paredes sirvieran para “inmortalizar” declaraciones pasionales como la descrita. La ausencia de signos o símbolos que indicasen el carácter privado o público de la construcciones, restringiendo su ingreso a ella, hacían que fueran vistas como sitios sin importancia, a diferencia de los regímenes coloniales en el Sudeste asiático donde se llevó acabo toda una política de restauración y conservación de las antigüedades de aquel lugar. Hay que señalar que la estrategia realizada en la protección de tales construcciones fue transmitir claros mensajes de no ser una propiedad o terreno abandonado. La colocación de letreros donde los colonizados transeúntes de Indonesia, si bien la mayoría no sabía leer, podrían imaginar serias advertencias de no dañar ni ensuciar el lugar en los limpios, arborizados y reconstruidos templos que ahora tenían en frente:

“... a menudo tenían a sus alrededor unos bien cuidados prados, y siempre cuadros explicativos, completos, con fechas aquí y allá. Además, debían de permanecer vacíos, con excepción de los turistas a pie (en lo posible se evitarían las ceremonias religiosas o las peregrinaciones). Convertidos así en

museos, resurgieron como insignias de Estado colonial secular". (Anderson 2000: 254)⁷⁵

Es posible que el hombre de a pie imaginara que sus colonizadores guardaban profundo respeto por sus creencias depositadas en tales recintos sagrados, a diferencia de nuestras construcciones amerindias, que estuvieron expuestas a su destrucción por el abandono en que se encontraban. Esta situación generó mayores males, ya que las autoridades locales municipales optaron por disponer de ellas para los servicios que debían cumplir. Por ejemplo, sirvieron para extraer material destinado a tapar los huecos de los caminos de la ciudad Lima y sus alrededores, tal como lo informara el inspector del ramo de "Agua, Puentes y Caminos" del municipio limeño, al resaltar su labor de cubrir el ruinoso estado del camino que unía el Callao con Lima:

*"No puedo decir como mi antecesor que es intransitable, hoy es transitable pero muy lejos de ser un camino como requiere la cultura y el comercio de las ciudades que las une. Las reparaciones se han hecho poco a poco con siete peones que se ocupaba de rellenar huecos con piedra partida y tierra de huaca ... principiaron los trabajos partiendo piedras en La Legua a donde existía un depósito aproximadamente de 600 metros cúbicos y una vez que se tuvo una cantidad regular se transportó tierra de una huaca próxima y se rellenaron los huecos que hacían intransitable el camino del puente de Concha a Mirones ..."*⁷⁶

La decisión de no usar la tierra de los alrededores respondían posiblemente a una intención de no afectar los cultivo que cubrían la zona. Recuérdese que las huacas de esta parte del país son de adobes y su desmoronamiento no podía ser motivo de objeción ni reclamo por los pequeños y grandes hacendados; por el contrario, muchos de ellos los consideraban obstáculos para ampliar el área cultivable, ante lo cual la institución pública del municipio echó mano de ellas sin titubeo.

Abandonadas la ruinas arqueológicas, también se prestaban para ser lugares peligrosos debido al paisaje rural del Perú, casi hasta mediados del siglo XX, que

⁷⁵ ANDERSON Benedict. Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo. Fondo de Cultura Económica 2000.

⁷⁶ AHML. Memoria del Inspector del Ramo de Agua, Puentes y Caminos, 28 de Noviembre de 1891.

mostraba altos índices de robos; podemos citar como ejemplo los famosos abigeos, así como también el bandolerismo y los cimarrones ubicados incluso en las murallas de Lima.⁷⁷ Al respecto, el viajero -proveniente de Viena- Karl Scherzerl, quien visitó Lima en 1859, manifestaba “la fama de inseguridad” que había al alejarse de la capital. La presencia de actividades delictivas no escapaba a los poblados mayores, y donde las ruinas cercanas o lejanas podían servir en algún momento de potenciales escondites de asaltantes y bandoleros. Tremendo susto pasó G. Squier cuando realizaba sus investigaciones en las ruinas de Cajamarquilla -cerca a la hacienda Nievería a tres leguas de Lima- donde encontró escondido al asaltante de caminos Rossi Arci, conocido como el “bandolero de las ruinas”, junto a sus compinches.⁷⁸ Los asaltantes se encontraban “en el piso de tierra de una de las habitaciones más pequeñas donde habían estado cómodamente echados sobre un montón de pellones y ponchos”, quienes al percatarse de la presencia de G. Squier se acercaron a preguntarle que razones lo llevaban a transitar por las ruinas. El viajero, tratando de disimular su miedo, explicó los motivos científicos de su visita sin ser comprendido excepto que se le viera como un buscador de tesoros. (Squier 1974:51). Resulta curioso describir cómo las antiguas ruinas se tomaron para calificar “al amigo de lo ajeno” con el efecto que seguro causó en más de un poblador transeúnte, de mantenerse alejado lo más posible para no ser víctima de un asalto por “el bandolero de las ruinas”.

Sin embargo, este alejamiento debido a la presencia de gente peligrosa en las ruinas nunca fue del todo real, ya que ante la posibilidad de excursiones y campamentos fuera de Lima, éstas se realizaban sin temor, siempre y cuando se anotaran un buen grupo de personas. Las excursiones realizadas, generalmente, por los centros de estudios superiores, hacían notar de vez en cuando la presencia de personas recorriendo las ruinas, aunque no siempre las razones de las excursiones tenía por propósito tal visita, sino que se aprovechaba las circunstancia del momento. Por ejemplo, la visita realizada a la ciudad de Trujillo por

⁷⁷ RAMON JOFFRE Gabriel. La Muralla y los callejones. Intervención urbana y proyecto político en Lima durante la segunda mitad del siglo XIX. Lima. Edición 1999

⁷⁸ Middendorf señala que antes que se instalara el ferrocarril cerca de las ruinas de Cajamarquilla fueron “una guarida y refugio de bandoleros que encontraban seguro escondrijo en los numerosos hoyos.” (Middendorf 1973: 56)

los estudiantes de la Universidad Mayor de San Marcos con el objetivo de conocer los centros agrícolas e industriales, se aprovechó el viaje para visitar las ruinas de Chan-chán en compañía de los universitarios de Trujillo⁷⁹

La presencia de numerosas personas recorriendo los lugares de las antiguas construcciones no podían haber hecho pensar que se trataba de personas realizando estudios científicos, a lo más se trataba de visitas casuales o de un picnic o como parte de una actividad recreativa y de disfrute; ésta circunstancia llamó la atención de K. Scherzer, quien relata que ante a su inocultable interés por conocer las ruinas de Cajamarquilla, su anfitrión organizó un picnic a fin de congregar un buen número de interesados:

“... Estos preparativos hacen suponer de manera muy clara la intención de divertirse de la mayoría de los jinetes para cuando llegaran al lugar de las ruinas siendo la investigación científica o cultural probablemente su último deseo o pensamiento cuando entusiastamente subían a los caballos.”⁸⁰

El uso de las ruinas no siempre implicó el desmoronamiento por las “malas acciones” que los hombres realizaban en ellas, también fue usado para llevar a cabo actos litúrgicos católicos. Aprovechando el primer día del siglo XX, la iglesia católica llevó a cabo ceremonias religiosas en lo altos de los cerros en distintos lugares del interior, y en algunos casos se realizó en lugares donde había una antigua construcción indígena.⁸¹ ¿Qué motivos tendría la iglesia para realizar tales liturgias en el suelo de antiguas edificaciones? Probablemente anunciar el predominio de la fe católica en el siglo venidero o como rezago de la práctica religiosa colonial, donde sitios de culto indígena se colocaban cruces a fin erradicar su práctica y promover el culto cristiano; cuales hallan sido las razones lo importante es notar como la antigua construcción de Sacsayhuamán sirvió para celebrar una misa y colocar una cruz. (El Comercio, 7-Ene-1901).

⁷⁹ El Comercio, 6 de Agosto de 1916.

⁸⁰ NUÑEZ Estuardo (1969: 89)

⁸¹ Paralelamente a la celebración de la misa en Sacsayhuamán, la Unión Católica celebró una misa y colocó una cruz en el Rodadero -trampolín de roca natural- cerca de la ciudad de Cuzco (El Comercio, 22 de Enero de 1901). En Huancayo también celebró un acto litúrgico en el cerro Huanca (El Comercio, 28 de Enero de 1901).

En resumen, en los años que separan la declaración de la independencia y el consiguiente reconocimiento de las antigüedades, hacia finales del siglo XIX, no se había logrado constituir ni modificar la situación de abandono y la práctica del huaqueo en la ruinas; además de otros usos que la población hizo de ellas, las cuales hemos mencionado. El caos político a nivel de gobierno y la fragmentación de la sociedad ponían en debilidad los proyectos de largo plazo que debía desarrollar el Estado; por eso no es extraño que en reiteradas ocasiones se volviera al mismo asunto, aprobando y reprobando decretos, y reinaugurando proyectos institucionales establecidos para la conservación de las antigüedades históricas. Es todavía después de la guerra con Chile, con la consiguiente derrota del Perú, que se consolidó el discurso, que ya se manifestaba desde poco antes de iniciarse la guerra, sobre la necesidad de construir la Historia del país, cuyos méritos en el pasado no le faltaban:

*“ El Perú tiene un lugar importante en la historia de la humanidad: el Perú de los incas, el poderoso imperio cuna de una civilización original y simpática a todos los sentimientos nobles; pero oscura casi un misterio, que la ciencia arqueológica no ha podido descifrar aun. La arqueología extiende la historia de las naciones, más allá de los tiempos que dan a conocer los testimonios y la tradición oral ...”*⁸²

Vemos cómo este personaje político consideraba la necesidad de hacer la Historia del Perú, reconociéndole un papel protagónico en el desarrollo de la humanidad, y que la disciplina de la arqueología podría desarrollar al estudiar las expresiones materiales que la civilización incaica había dejado. Si la civilización era el elemento básico en la constitución de los grandes estados, entonces el reconocimiento del pasado Inca, que había sido tiempo de esplendor, significaba encontrar posibilidades en el futuro para el desarrollo y engrandecimiento del Perú. La profunda preocupación por formar la nación fue imperante en el siglo XIX e inicios del XX donde los gobiernos trataron de realizar y ejecutar proyectos, cuyos resultados fueron muchas veces más fracasos que éxitos. Es en el ambiente inicial del siglo XX que el discurso se vuelca a la necesidad de ampliar el conocimiento de

⁸² Memoria del Ministro de Gobierno y Policía, Obras Públicas y Estadística, Fernando Palacios. *En Revista del Museo Nacional*. Tomo XL p.364. 1974

la Historia peruana, y que coincidió en aquellos años con la explosión del conocimiento e investigación de la arqueología. Así, las antigüedades históricas pasaron a ser consideradas, por algunas elites, como parte importante en la representación de la nación.

Capítulo 3. Gobierno y sociedad en la conservación de antigüedades.

Discursos

La necesidad de la conservación de las antigüedades históricas fue objeto de comentario y demanda en los diarios y medios de expresión utilizados por la opinión pública ilustrada, que planteaba la necesidad de crear instituciones guardianes para la “conservación y vigilancia” de dichas antigüedades. Las reiteradas publicaciones sobre la materia en mención tuvieron diversas formas de expresión tales como comentarios, denuncias, críticas, propuestas, etc. Ello porque la situación de los bienes históricos se encontró expuesta, desde finales del siglo XIX y las dos primeras décadas del siglo XX, a circunstancias adversas: la expropiación en nombre de la ciencia por parte de delegaciones europeas; la búsqueda de tesoros; la depredación promovidas por coleccionistas aficionados; la venta indulgente, por parte de sus poseedores religiosos, bajo el argumento de poder mantener sus instituciones; la destrucción adrede por obtener material para nuevas edificaciones; la modernización de la ciudad, que para la arquitectura planteaba deshacerse de toda representación tangible del pasado; el derecho de la propiedad privada, argumento por el cual los dueños de las haciendas consideraban como suyo aquellos monumentos arqueológicos ubicados dentro de su propiedad, etc.

Todas las circunstancias mencionadas formaban parte del conjunto de acciones que actuaban en contra de la existencia y preservación de los bienes materiales históricos. Frente a ello, el Gobierno llevó a cabo una serie de acciones legales e institucionales a fin de velar por la conservación, aunque la razón en el actuar del Gobierno y de las elites tuviera como esencial motivación la formación del anhelado *carácter nacional*, anhelo que se vinculó con la acciones sobre la antigüedades. Esto supuso actuar a favor de la protección de los bienes históricos, ya que éstos servían como representación histórica en la formación de la nación peruana; el reto que el gobierno de Pardo -el más interesado- quien lo intentó llevar

a cabo aceptando y compartiendo el anhelo de las elites que hacían una lectura del país, y que planteaban propuestas para su éxito. No obstante ¿bajo qué argumentos se asentaban las demandas de protección de las antigüedades? ¿Qué rol se les asignaba en el Perú del siglo XX?

Una de las tantas denuncias, realizadas a través de la prensa, fue contra una comisión de arqueólogos europeos que se encontraban realizando estudios en el altiplano, entre Perú y Bolivia; actividad científica de la que aprovecharon para llevarse piezas arqueológicas de la zona sin autorización de las respectivas autoridades. Señalaba, el articulista, la importancia que tenía la realización de tales investigaciones, además de recordar la advertencia que ya se había hecho, en una nota periodística anterior, respecto en supervisar a la comisión arqueológica para evitar la pérdida de bienes históricos, y que pese a ello el gobierno no había tomado la previsión del caso:

*“Además pedíamos que las autoridades locales efectuaran cierto control sobre los actos de esta comisión porque se trataba nada menos que vigilar la conservación de las reliquias arqueológicas, que más tarde cuando nuestros centros científicos, alto grado de desarrollo, reclamaran de su pérdida y deterioro se harán justas inculpaciones a las instituciones y gobiernos que no la supieron conservar”.*⁸³

Vemos que el articulista no sólo exigía que el Estado asumiera su responsabilidad por el cuidado de tales antigüedades, sino también, advertía que en un futuro, las instituciones encargadas de estudiar, investigar e inventariar al respecto culparían al gobierno de no haber previsto el cuidado del material histórico. El discurso que promovía el conocimiento histórico, trató de incorporar la palabra ciencia en el imaginario colectivo de las elites. La influencia del positivismo creó un clima de entusiasmo que promovía la modernización económica y política del país, y el desarrollo de la ciencia. No es casual que Víctor Andrés Belaunde, en su discurso pronunciado en el IHP, calificara a la Historia como una “ciencia liberadora”; por otro lado, los artículos periodísticos, interesado en la conservación de las antigüedades históricas, recurrieran a la promoción y difusión de la “ciencia

⁸³ El Comercio, 17 de Enero de 1904.

arqueológica”⁸⁴ ; actividad que los países adelantados de Europa realizaban, y que en sus viajeros aprovechaban en llevar clandestinamente las antigüedades “para enriquecer los museos europeos que saben apreciar el valor de estos despojos de épocas y civilizaciones de cuya reconstrucción se encarga la ciencia”. Incluso, el vicepresidente de la República, don Serapio Calderón, en su discurso pronunciado en el congreso manifestó la creación de instituciones o “centros científicos” dedicados al estudio de las antigüedades peruanas en los países europeos. Esta apreciaciones no hacían más que mostrar la ausencia de la actividad científica y el atraso del Perú en valorar su pasado material:

“Este hecho nos debe poner sobre aviso y despertarnos en la incuria censurable en que vivimos respecto a la conservación y vigilancia de las ruinas incaicas, entregadas al abandono, sin que nadie se halla interesado por ellas, a excepción del gobierno del general Morales Bermúdez, expidió un decreto recomendado la vigilancia a las autoridades locales y castigando a los que las destruyeran o explotaran”. (El Comercio, 17-Ene-1904)

Solicitaba el articulista se dispusiera inmediatamente una ley que “signifique una garantía de conservación para esas reliquias de inapreciable valor que algún día servirán en la obra de reconstrucción de nuestra historia pre colonial.” El conocimiento del pasado prehispánico era un aspecto a tomar en cuenta, y si la pretensión era esa, se debían estudiar las antigüedades y monumentos -y toda expresión material anterior a la llegada de los españoles- ya que eran el único medio para saber sobre aquel periodo por la ausencia de la escritura. El comparar la actuación de los gobiernos, y reconocer un mayor interés por parte del General Remigio Morales Bermúdez, a favor de las antigüedades, en referencia al decreto de 1893, que prohibía terminantemente las excavaciones sin licencias, no era tan inocente por parte del articulista; recuérdese que el gobierno de R. Morales B. pertenecía al partido Constitucional de don Andrés A. Cáceres, agrupación política que representaba la presencia del militarismo en el Perú y que habían salido del poder por la derrota sufrida ante la coalición entre Nicolás de Piérola (Partido Demócrata) y el Partido Civil. Las apreciaciones del articulista, de seguro debieron haber dejado insatisfecho a más de un líder civilista, ya que el mensaje ante la

⁸⁴ En la inauguración del MHN, el cronista de El Comercio indicaba que los objetos de la sección arqueológica “significan la ciencia”. El Comercio, 30 de Julio de 1906.

opinión pública era claro: se pretendía reconocer una mayor efectividad de los gobiernos militares, y ante lo cual los nuevos gobiernos civilistas debían procurar remediar.

Paralela a la exigencia de leyes en la conservación de las antigüedades desde órganos de la opinión pública, habían honrosos actos, dignos de elogio, por parte de algunas autoridades políticas, como el Prefecto del Cuzco, don Hildebrando Fuerte, quien ante un hallazgo accidental de una lápida -inscrita con difamaciones contra Gonzalo Pizarro por su rebelión a la corona- que era usada como una banca cualquiera en la alameda de San Andrés del Cuzco, ordenó su inmediato retiro y cuidado. Ante este hecho el articulista de *El Comercio* levantó su queja de por qué antes del casual hallazgo ninguna autoridad local del Cuzco se había dado cuenta y tomado la iniciativa de poner a buen recaudo la “reliquia histórica”. ¿Por qué habría de ser importante aquella lápida que simplemente consignaba as ofensas contra Gonzalo Pizarro? Se buscaba no sólo saber el pasado anterior a la conquista sino también las demás épocas, en ese sentido la importancia que adquirió el conocimiento de la Historia dio por revalorizar toda muestra material que pudiera expresar o hacer referencia a un momento preciso del pasado y que ahora ciertas elites quería rendir culto. Por ello, el articulista agregaba a su protesta el inmediato levantamiento de un inventario señalando la responsabilidad de las autoridades:

“El hecho es que el Gobierno tiene que verse precisado a ordenar se levante en toda la república un inventario de las reliquias históricas que hoy por hoy se hallan entregadas al más completo abandono”.⁸⁵

Levantar un inventario de “las reliquias históricas”, desde el punto de vista del articulista, comprendía no sólo las antigüedades pertenecientes a la época anterior a la conquista, sino también posterior a ella. Además, la ejecución del inventario implicaba necesariamente convocar la participación de personas o un grupo de especialistas y / o aficionados en la materia, quienes debían estar al servicio de una institución donde se organizara y ejecutara el inventario, y que definitivamente

⁸⁵ El Comercio 16 de Febrero de 1904

debía ser de responsabilidad del Estado otorgar las facilidades económicas y la infraestructura adecuada. Es decir, se proponía la creación de una institución que realizara la función de inventariar las antigüedades y que necesariamente debía velar por la conservación y exhibición. En ocasiones se solicitaba al congreso asumiera la conservación de las antigüedades, ante la falta de una institución o espacio responsable, ya que era el órgano del gobierno que aprobaba las partidas presupuestales a los departamentos; de ahí la posibilidad de arrancar un monto económico a favor de determinadas antigüedades. Don Víctor Pacheco Castillo, senador por el Cuzco, solicitó, en la sala del congreso de la República, se aprobase una partida económica “por única vez para la refacción y ornato de los monumentos incaicos de Ollantaitambo, Intihuatana y Sacsayhuamán”, en el presupuesto departamental de 1905. Señalaba, en el considerando de su solicitud, el deber que tenía el órgano del poder legislativo respecto a las antigüedades:

“Que los monumentos incaicos constituyen la más valiosa prenda histórica que posee el Perú, y por tanto, es deber imperioso del congreso determinar medidas conducentes a su conservación y seguridad”⁸⁶

El senador proponía se aprobara una partida de 150 libras en 1905, y en los siguientes años 15 libras anuales “que se emplearán por iguales partes, en la conservación y seguridad de los expresados monumentos”. Ahora bien, señalar a Ollantaitambo, Intihuatana y Sacsayhuamán, como la “más valiosa prenda que posee el Perú” era reconocer, en sí, elementos valorativos que la edificación incaica mostraba; entre ellos el esfuerzo físico y el ingenio que semejantes construcciones demandó. El senador cuzqueño no pisaba en falso al catalogarlas de valiosas prendas, ya que esta valorización, en el colectivo social, era difundida y aceptada a partir de la enseñanza en las escuelas, donde los textos de Historia plasmaban recreaciones de la ciudad incaica en un nivel de vida civilizada. En el libro “Historia del Perú” de Carlos Wiesse, describía el autor, en el sub capítulo “construcciones”, la capital de los incas del siguiente modo:

⁸⁶ Diario de debates de Cámara de Diputados 1904. H-6-1456 AGN

“Ciudades.- La más notable ciudad de los incas era el Cuzco, su población ascendía a 50,000 mil almas. Colocándonos sobre lo alto de la planicie del Rodadero, con el fuerte Sacsayhuamán a la derecha, y el santuario de Cquenco a la izquierda, se tiene a los pies de la ciudad llenando el valle, en medio de campos y jardines ...” (Wiesse 1892:31)⁸⁷

El autor describía así una urbe civilizada que gozaba de extensos campos, floridos jardines y sumamente poblada, rodeada de fortificaciones que en ese entonces era bastante conocida. La referida cita comprende a la publicación de 1892, donde se asumía que todas las construcciones pertenecían a los incas, reconociendo a la ciudad del Cuzco, la de mayor importancia, no obstante algunas ideas que especulaban sobre civilizaciones anteriores al incanato. Incluso otras publicaciones de ésta materia didáctica, en posteriores años, al abordar sobre los monumentos antiguos mostraban una relación de distintas edificaciones para luego concluir al final de la lección con la interrogante: “¿Qué revelan estas obras?”, aspecto que el instructor debía desarrollar por su cuenta.(García 1907:3).⁸⁸ No era extraño, ni débil, entonces, el argumento del senador Pacheco ya que en los libros de historia se contribuía a la valorización de las edificaciones incaicas en el Cuzco, que eran consideradas monumentales aunque esta consideración no fue suficiente para aprobar la partida en el presupuesto departamental. Es a finales de 1914 que, a través del ministerio de Justicia Culto e Instrucción, se hace mención a invertir en la partida N° 44 del presupuesto departamental del Cuzco 150 libras anuales, destinadas a los sueldos de tres guardianes conservadores para las ruinas de Sacsayhuamán, Ollantaitambo y Pisac respectivamente.⁸⁹ Quedaba claro, entonces, que en la esfera pública se hallaba presente un discurso bastante crítico que demandaba al Gobierno responsabilizarse urgentemente por la protección de las antigüedades históricas; para ello se hacía necesaria la creación de instituciones estatales, de carácter científico, orientadas a tal finalidad. La sola presencia de tales instituciones en el quehacer de la vida social del Perú mostraría el avance en pro de la ciencia arqueológica “de la que tanto se ocupan los sabios y las instituciones

⁸⁷ WIESSE Carlos. Historia del Perú. Imprenta de Torres Aguirre- Mercaderes 1892.

⁸⁸ GARCIA GARCIA Elvira. Lecciones de Historia del Perú. 1907.

⁸⁹ La Junta Departamental del Cuzco juntamente con una comisión especial presidido por un inspector de obras públicas y un miembro de la Sociedad Geográfica y del Instituto Histórico del Cuzco estarían a cargo de supervisar la conservación. Ver *Memoria de Ministro de Justicia ,Culto e Instrucción*. Congreso Ordinario 1915. p 651.

científicas del viejo continente” y, en consecuencia, del progreso del país que la república aristocrática promovía:

*“Pero ahora, el progreso de todo orden que se observa en el Perú debe extenderse fructuosamente a la conservación de los monumentos nacionales patrimonio de la historia peruana y que la civilización universal reclama por su solidaridad en el arte y en la ciencia ”.*⁹⁰

De este modo, las antigüedades pasaron a representar -a través de su estudio- la fuente de la ciencia al progreso que el Perú podía alcanzar a realizar, por ser éste la cuna de una gran civilización, reconocida por el viejo continente. En otras palabras, el Perú podía estar al nivel de los países Europeos tan interesados en coleccionar piezas arqueológicas como muestra de la práctica científica. Además, el sólo hecho de ser el poseedor y hacedor de tales monumentos colocaban al país en la raya del punto de partida hacía el progreso y desarrollo alcanzado en el pasado. La presencia de una antigua civilización constituía para el Perú, el haber destacado en el pasado, y en consecuencia, no estuvo condenando a quedar al margen de la historia; sólo había que estudiar el pasado para emprender el camino al futuro. Esta perspectiva guardaba relación con la entusiasta motivación de propender al conocimiento de la Historia; y de todo vestigio material que pudiera desentrañar una parte de nuestra larga historia; por ello fue elemental velar por su conservación. De ahí que las demandas en la opinión pública enfocara el aspecto científico -en la arqueología y la Historia- como una necesidad a ser desarrollada por el Perú con sus antigüedades.

Valga incidir que las antigüedades históricas eran legalmente reconocidas como propiedad de la nación; y la tan mencionada nación no sólo comprendía al Estado, sino también a la sociedad que a través de asociaciones, clubes y centros sociales debían participar en la conservación de tales objetos. De allí que, en adelante, se llevaron a cabo algunas iniciativas, tanto por parte del gobierno como

⁹⁰ El Comercio, 29 de Agosto de 1905

de la sociedad, para crear instituciones públicas y privadas con específicas funciones de conservar y estudiar las reliquias históricas.

El Instituto Histórico del Perú y el Museo de Historia Nacional.

Hemos visto que, para los primeros años del siglo XX, existía un fuerte discurso en la esfera pública, expresado en los diarios que exigían al Gobierno asumir el rol de proteger los bienes materiales históricos. En ese contexto, los gobiernos de aquel entonces se encontraron bajo una fuerte presión por parte de la opinión pública que demandaba la inmediata protección de los monumentos históricos nacionales. Es entre los años de 1904 y 1905 que se llevan a cabo iniciativas para constituir instituciones orientadas a la conservación de las antigüedades, como se pretendió hacer al crear el Museo de Historia Natural, durante el gobierno de Serapio Calderón. Tal iniciativa fue dejada de lado para crear otras instituciones, cuya función concordara con la demanda de las elites; en consecuencia, se dio mayor impulso a la creación de instituciones de perfil histórico. Ahora bien ¿cuáles fueron las expectativas por parte de la opinión pública y de las propias autoridades gubernamentales frente a la creación del IHP y del MHN? ¿De qué modo las nuevas instituciones lograrían satisfacer las expectativas?

Con la firma del ministro de Justicia, Culto e Instrucción Dr. Jorge Polar, y refrendada por el Presidente de la República Don José Pardo, se creó el 18 de febrero de 1905 el flamante Instituto Histórico del Perú (IHP). En aquella Resolución Suprema, el Gobierno estableció los objetivos a llevar a cabo por el Instituto Histórico, entre ellos:

“Considerando. Que, conviene propender a la formación de la historia nacional; Decreta: Art. 1º Crease el Instituto Histórico del Perú . Art. 2º Son sus objetos: 1ro. reunir, descifrar, organizar y anotar y dar publicidad a los documentos relacionados con nuestra historia 2do. Iniciar y recompensar la

*refacción de obras históricas, monográficas o generales sobre el país; (...) 5to. Conservar los monumentos nacionales de carácter arqueológico, o artístico.”*⁹¹

El artículo 5º establecía claramente la función de conservación que debía cumplir el IHP, respecto a los monumentos del periodo prehispánico. Aunque el artículo no precisaba el tipo de objeto -piezas arqueológicas- se entendía la referencia al considerarlos “artísticos”. A los tres meses, se ve en la necesidad de contar con un espacio institucional donde se conservara y exhibiera los objetos históricos; creándose por resolución el Museo de Historia Nacional:

*“CONSIDERANDO: Que la cultura del país exige la formación de un museo en que se reúnan, conserven y exhiban al público, debidamente expuesto y catalogados, los objetos que se relacionan con nuestra historia en la época anterior a la dominación española, en la de esta dominación y en la de la República”.*⁹²

La única consideración de dicha resolución mostraba la respuesta del gobierno por satisfacer la presión por parte de quienes demandaban al gobierno la inmediata conservación de las antigüedades. Constituir un museo que albergará los vestigios de las tres etapas del proceso histórico del Perú era la meta a fijar. ¿Acaso no existían museos en aquel entonces que cumplieran con “reunir, conservar y exhibir” los objetos antiguos de los tres épocas de nuestra historia? Constituido en 1826, el Museo Nacional, cuya partida de nacimiento fuera en 1822, dada su limitada capacidad instalada fue insuficiente para poder realizar las faenas de conservación de los monumentos antiguos, y si lo hacía, esta se haría sólo para los objetos que se encontrasen en su poder y que al parecer, ni siquiera pudo cumplir debidamente. La palidez en la actividad del mencionado museo se aprecia en 1867, en la publicación de un escritor, decidido a elevar las costumbres y las instituciones del Perú, quien, paradójicamente, señalaba reconociendo con vergüenza la carencia y poca importancia de los objetos en exhibición, pese a contar con “53330 objetos de mineralogía, zoología, antigüedades peruanas y extranjeras,

⁹¹ El Comercio, 19 de Febrero de 1905. Posteriormente, a través de una Resolución. Suprema, el Presidente Pardo aprobó el 6 mayo de 1905 la creación del Museo Histórico. Revista Histórica. Tomo XXXVIII. pp. 11

⁹² El Peruano, 17 de Mayo de 1905

curiosidades y objetos de arte”. Don Manuel A. Fuentes responsabilizaba al gobierno por prestarle poca atención al museo, por decir lo menos:

“En un país tan rico como el Perú en preciosos productos naturales de toda especie, no puede menos que extrañarse la pobreza de ese establecimiento que no puede dar sino muy mezquina idea de la protección que el gobierno le dispensa”. (Fuentes 1867: 54)⁹³

El escritor describía una institución más, a cargo de la exhibición de objetos, el llamado Museo y Biblioteca de Artillería, fundado en 1854 por Manuel de Mendiburu donde existía “armas de todas las épocas.” Literalmente, existían tres museos en Lima en la segunda mitad del siglo XIX: el Museo de artillería, el Museo de Historia Natural y el Museo Nacional, además del Museo Raimondi, creado en 1869 durante el gobierno del coronel José Balta, con la previa conformación de una comisión nombrada para que evalúe el monto a destinar para la compra de las colecciones que había logrado reunir el naturalista italiano Antonio Raimondi, y que pasarían al poder del Estado bajo responsabilidad de la Facultad de Medicina. Dentro de las condiciones establecidas en la compra de los numerosos objetos reunidos, Raimondi pedía que todas sus colecciones queden “bajo la administración directa e inmediata de la facultad de Medicina”, y ello debido, seguro, a la falta de responsabilidad del Estado en administrar sus museos; la esperanza que una institución académica, como la Universidad, podía darle la seguridad a Raimondi de la permanencia, conservación y exhibición de sus raras colecciones.⁹⁴ El museo de Artillería, cuyo dueño era un particular, y las otras dos -el Nacional y el Natural- se encontraban funcionando en un solo local bajo responsabilidad del Estado. La falta de distinción de un museo dedicado exclusivamente a las antigüedades históricas, y el otro a exhibir muestras de los reinos de la naturaleza dificultaban la correcta orientación y labor a realizar por cada institución. Se exhibían objetos intrascendentes, y esta era una opinión compartida por propios y extraños; a decir

⁹³ FUENTES Atanasio Manuel. *Lima. Apuntes Históricos, Descriptivos, Estadístico y de Costumbres*. 1867. En la introducción, el autor señala los juicios equívocos de los viajeros respecto a las costumbres y forma de vida de los pueblos, razón que lo llevó a pensar en los comentarios no de acorde con la realidad que se darían a los países de América (1867:IV).

⁹⁴ Es todavía en 1912 que se retoman la necesidad levantar la exhibición del museo Raimondi. Dentro de sus numerosas colecciones la sección arqueológica contenía 234 objetos entre objetos de cerámica, madera, hueso, metales y cráneos humanos. TELLO Julio C. y MEJIA XESSPE Toribio (1967: 50-52)

de un extranjero "... que contiene una colección no muy remarcable de antigüedades peruanas." (Tauro 1967:129).⁹⁵ El incipiente desarrollo disciplinario de la historia natural y la arqueología en el Perú llevaba a la ausencia de personal especializado, y a la carencia casi permanente del financiamiento en las instituciones creadas. En medio de este desorden, no es extraño que el enterevero se diera incluso en las propias disposiciones y reglamentos oficiales sin la menor idea respecto a consolidar los museos, situación que se agravó por la guerra con el país del sur.⁹⁶

Durante la ocupación chilena en Lima, nuestras instituciones de cultura fueron totalmente apabulladas y saqueadas; el Museo Nacional, corrió penosa suerte, dejando de funcionar. Valga citar el reiterado ejemplo de la Biblioteca Nacional convertida en un recinto vacío por el despojo de sus libros.(Basadre 1999: 1879).⁹⁷ No obstante, a finales del siglo XIX e inicios del XX se constituyen colecciones familiares privadas, que tenía la solemnidad de verdaderos museos por el cuidado y orden de los numerosos objetos, según se verá más adelante. Entre los museos públicos se encontraba el Museo Municipal, que hasta 1902 recibía donaciones de objetos históricos. En una nota periodística, daba cuenta el cronista, que el Prefecto de Lima había "obsequiado al Museo Municipal un trozo de antigua red con lo cual los incas verificaban la cacería de vicuña..."⁹⁸ Los dos primeros museos públicos funcionaban en un sólo local, sin la mayor prestancia que pudiera resaltar los objetos que exhibía. Otros dos pequeños museos llamados el Museo Mendiburu (privado) y el Museo de la Municipalidad también se encontraba brindando servicio, en especial con la exhibición de expresiones artísticas como los cuadros de Merino y objetos antiguos; este último funcionaba en el Palacio de la

⁹⁵ Opinión de Geo W. Calverton, viajero norteamericano que pasó buen tiempo en el Perú (1866), visitando diversas instituciones entre ellas el Museo Nacional. Sus apreciaciones fueron plasmadas en imágenes. Véase Alberto Tauro (1967, 129-153)

⁹⁶ Aunque muchos años antes de producirse la guerra se reconocía la deplorable situación del Museo Nacional que por lo general permanecía cerrado tal como lo expresó el cónsul británico Thomas Hutchinson en 1872. Véase LUMBRERAS Luis G. Tres Fundaciones de un Museo Para el Perú. EN: El Museo Peruano: Utopía y Realidad (1986 p. 122)

⁹⁷ Ver BASADRE Jorge. Historia de la República del Perú 1822-1933. Tomo VIII. Universidad Ricardo Palma y diario La República. Lima 1999.

⁹⁸ El Comercio, 27 de Octubre de 1902.

Exposición,⁹⁹ y cuyas especies históricas pasaron a formar parte de las colecciones del reciente Museo de Historia Nacional. Es de notar, que la ausencia de un verdadero museo fue un motivo más que suficiente para impulsar su pronta creación, o diríamos más bien la necesidad de su pronto reordenamiento, porque su existencia ya estaba asentada en su partida legal de 1822; todo ello influido además por la demanda científica que la explosión del conocimiento arqueológico produjo a finales del siglo XIX.

La iniciativa de constituir un museo de Historia Nacional venía desde el gobierno anterior a Pardo, con la previa constitución del Museo de Historia Natural, cuyas consideraciones era callar en parte la demanda social, además que pudiera rendir réditos económicos. Tras la repentina muerte del jefe de Estado, don Manuel Candamo, asumió la presidencia de la república el segundo vice Presidente don Serapio Calderón, quien decidió crear, por resolución, la institución científica denominado *Museo Nacional de Historia Natural*, una de cuyas funciones adicionales sería reunir y estudiar “los restos arqueológicos que permitan echar las bases científicas de la historia antigua peruana para su debida investigación”,¹⁰⁰ ya que su función primordial sería el recolectar y presentar los recursos naturales del Perú al mercado internacional con la finalidad de atraer capital. La resolución del Museo Natural establecía que para esta encomiable labor, se facultaba al Ministerio de Fomento realizara la contratación de especialistas extranjeros en geología, botánica y arqueología sudamericana, quienes debían desempeñarse en las excursiones científicas que realizara el futuro museo. No obstante, la actividad de estudiar y recoger los recursos naturales, que pudieran ser exhibidas al extranjero estaba ya a cargo del Cuerpo de Minas, cuya labor resaltó don Serapio Calderón durante su discurso de inauguración en la sesión del Congreso Ordinario; a la vez, aprovechó en señalar la importancia del estudio de los monumentos arqueológicos en el territorio y que en forma anticipada venía ya realizando el Cuerpo de Minas con el recojo de antigüedades durante su labor. Afirmaba que una vez que se tuviera una buena colección se pasaría a formar el Museo de Historia Nacional, que

⁹⁹ Véase Memoria Municipal 1904, p. 49 Biblioteca de la Municipalidad de Lima.

¹⁰⁰ El Comercio, 16 de Julio de 1904.

al igual que los “centros científicos del extranjero” dedicados a la historia antigua del Perú.¹⁰¹

La propuesta de S. Calderón fue crear instituciones dedicadas a investigar las potencialidades de los recursos naturales del país, y que al mismo tiempo constituir, paulatinamente, las bases del futuro Museo de Historia Nacional. Pero la asunción del gobierno por Pardo significó un repentino giro en el proyecto, el cual descartaba la consolidación en el funcionamiento del Museo de Historia Natural, y por lo contrario, promovió la creación del Instituto Histórico Nacional y del Museo de Historia Nacional. ¿Acaso al dejar de lado al Museo Natural se sacrificó la exhibición de los recursos naturales del Perú y por ende los intereses económicos? Por supuesto que no. A los dos años salió publicado, a petición del gobierno, “El Perú en 1906”, cuya tarea era mostrar los recursos naturales y los beneficios de la geografía peruana para promover la inversión de capitales, así como la migración de europeos.¹⁰²

En esa perspectiva de camino a la modernidad, la función de “estudiar y exhibir” restos arqueológicos, como actividad complementaria al Museo de Historia Natural, es posible que llevara a la conclusión de considerar muy limitada la iniciativa institucional de don Serapio Calderón, con lo cual Pardo diferenciaba el tratamiento a las antigüedades, surgiendo la imprescindible necesidad de crear instituciones públicas más especializadas y dedicadas al respecto. En consecuencia, no es casual, que a poco de iniciado el gobierno de Pardo, la propuesta de crear el Museo de Historia Natural se cambiara por el IHP y el MHN, instituciones específicas que guardaran estrecha relación con la demanda de la opinión pública y como parte de una iniciativa gubernamental, propuesta por S. Calderón. El gobierno pretendía ir más allá de un corto plazo, ya que dentro de sus objetivos estaba no sólo llevar a cabo la conservación de bienes materiales históricos, sino también que las instituciones, en sus deberes de conservación,

¹⁰¹ El Comercio, 12 de Agosto de 1904.

¹⁰² El voluminoso texto contiene referencias históricas de los monumentos antiguos, además de fotos. La redacción del libro estuvo a cargo de Alejandro Garland. “El Perú en 1906”. Imprenta La Industria 1907.

investigación y exhibición de los bienes históricos, fueran los espacios sociales que contribuyeran en la formación del anhelado “carácter nacional”.

Las acciones del gobierno en crear el IHP y el MHN fueron una respuesta mucho mayor frente a la demanda de la opinión pública, aunque no necesariamente satisfizo del todo a algunos comentaristas; como es el caso de Pedro Abel Labarthe, quien a través de las páginas del diario *El Comercio*, proponía al Gobierno cambiar, o agregar, al nombre del Instituto Histórico del Perú, por el de “Instituto Arqueológico e Histórico del Perú”.¹⁰³ Argumentaba Labarthe que el Perú era poseedor de abundante producción arqueológica, mucho más que los objetos correspondiente al periodo colonial. Además exigía al gobierno dar prioridad en el cuidado e investigación a esta parte de los monumentos. La propuesta de Labarthe, pese al buen argumento, no tuvo eco en el círculo de los responsables del Instituto ni en el gobierno, sin embargo ello no significaba que los monumentos prehispánicos no fueran de primordial interés, recuérdese que en el decreto supremo de creación del Instituto Histórico se daba énfasis en “conservar los monumentos nacionales de carácter arqueológico”.

Paralelamente a propuestas de cambio de nombre del Instituto y / o de la creación del museo, hubo opiniones totalmente favorables en la responsabilidad que ahora asumía el Gobierno en el aspecto de la cultura:

*“El Museo Histórico es algo cuya organización se imponía; y debemos agradecer al gobierno el interés y cariño que ha demostrado para que esa necesidad se satisficiera y tan hermosamente como lo ha sido ...”*¹⁰⁴

Se señalaba que durante muchos años el gobierno no había logrado constituir una institución, dentro del aparato administrativo del Estado, que se encargue en forma específica sobre el manejo de los bienes históricos y que ahora, con la presencia del IHP y del MHN, se producía un cambio, una renovación expresado en el interés de conservar los bienes culturales históricos:

¹⁰³ El Comercio, 20 de Abril de 1905.

¹⁰⁴ Actualidades. Revista Ilustrada, julio de 1906. Año IV. N° 171. p. 859

“Entre la muchas felices iniciativas realizadas por el Gobierno del excelentísimo Pardo merece especial atención la que ha dado vida al Instituto Histórico del Perú (...) El instituto Histórico del Perú viene pues a llenar un vacío que por mal tiempo existe en nuestro régimen administrativo . De hoy en adelante, no permanecerán en el olvido las obras de nuestra historia nacional. (...) Los monumentos nacionales de carácter arqueológico o artístico, no se destruirán en los sucesivo en medio de la indiferencia de nuestro poco preparado medio social sino que tendrá el apoyo que su conservación reclama y que la civilización impone de un modo imperativo”.¹⁰⁵

De semejantes expresiones fueron también las opiniones de Carlos Oyague, aficionado a escribir sobre arquitectura incaica, quien aseguraba que el IHP procuraría que las ruinas ya no quedarán cubiertas de polvos, y si no procedía a ello, al menos “a su cuidado sistemado (sic) y prolijo.”¹⁰⁶ Entusiasmo y seguridad eran expresiones en la opinión pública de la labor a desarrollar por el IHP, e imaginaba ya no ver en el futuro a los “monumentos nacionales” abandonados o destruidos, sino ocupados por el personal institucional responsable encargado de conservarlos; la sola existencia institucional daba la seguridad a los interesados de la correcta labor a iniciar en la conservación; la responsabilidad de los nuevos hombres en el IHP eran estimulados con muestras de ánimo por el propio Ministro de Instrucción quien les encargaba a realizar el culto a la Historia para la cual habían sido convocados:

“Señores miembros del Instituto Histórico del Perú: comenzad, o mas bien continuad la obra en que ya, individualmente, todos vosotros habéis noblemente trabajado. Material inmenso tenéis. No hay historia más accidentada, más interesante, más instructiva que la del Perú, de este pueblo del Perú, de ese pueblo idealista, generoso, intranquilo. El Perú, gran corazón, cabeza soñadora, vida dolorosa, necesita, más que ningún otro pueblo, que su historia, enseñándole el camino a la realidad, lo aparte, aunque le duela, de los peligrosos senderos del idealismo impaciente ”.¹⁰⁷

Así, la labor del historiador habría de cumplir un aspecto importante en el quehacer de la vida nacional; la relación entre el historiador y los objetos del pasado debían ser elementos que el gobierno debía promover. Días previos a la

¹⁰⁵ El Comercio, 16 de Abril de 1905

¹⁰⁶ OYAGUE Carlos. “Arquitectura Incaica y Construcción General”. EN Sociedad Geográfica de Lima. Tomo XV, trimestre 4 (1904: 417).

¹⁰⁷ Separata de Revista Histórica 1995:36.

inauguración del MHN, un articulista, bajo el seudónimo de “Históricus”, llamó la atención al tratamiento que debían tener las antigüedades por parte del gobierno, e indicando que su pérdida o destrucción significaba perder “las bases de la ciencia histórica” y que sólo gracia a “la mente del historiador” podría recuperarse el recuerdo de épocas pasadas, siempre y cuando, se lograra conservar los vestigios.¹⁰⁸ Por ello, durante la inauguración del MHN volvió a recalcarse la importancia que tenía la Historia, y que la existencia del instituto y del museo no hacían más que consolidar el camino a tan valiosa tarea; pese a que el inaugurado museo no poseía las colecciones que los países de Europa habían extraído de América, ello no lo imposibilitaba en la tarea a cumplir:

*“Ahora podemos decir algo ... lo que tenéis a la vista en este museo hoy modesto, en un verdadero templo de la tradición nacional, debe ser la cátedra siempre abierta ... para la enseñanza y desarrollo de la historia patria...”*¹⁰⁹

La tarea del IHP y el MHN, entonces, debían cumplir con la tarea de fortalecer esa relación con el estudio amplio de las antigüedades, tal como lo expresó Víctor A. Belaunde en el aniversario del Instituto Histórico:

“... Los pueblos que en bárbaro abandono permitieron que la acción del tiempo destruya las huellas de la antigua vida y que desaparecieron las reliquias que conservan el secreto de otros tiempos, viven adheridos al espíritu inmóvil, al espíritu muerto de épocas pasadas. Los pueblos que supieron conservar las formas de los hechos antiguos, que interrogaron a las ruinas, que leyeron en los dólmenes, en los muros agrietados, en las columnas rotas, en los arcos destruidos: que descifraron las borrosas inscripciones de las tumbas marchan de frente sin el peso de la fatalismo hereditario”.

No era un simple deber que tenía el IHP, desde la percepción de V. A. Belaúnde, al estudiar la Historia y conservar las antigüedades se encontraría el país en la capacidad dar el salto y, en consecuencia, desprenderse de los males que la habían arrastrado o “adheridos al espíritu inmóvil”. Sin embargo, la buena intención política de contar con espacios sociales institucionalizados para promover nuevas

¹⁰⁸ El Comercio, 14 de Julio de 1906.

¹⁰⁹ Discurso del Presidente del inaugurado Museo de Historia Nacional, don Mariano I. Prado Ugarteche. El Comercio, 30 de Julio de 1906

conductas sociales, como el IHP y el MHN, orientados legalmente a la conservación de los bienes patrimoniales históricos encontraría serias limitaciones por el desborde de funciones. Señalamos líneas atrás que entre los objetivos del IHP estaban realizar investigaciones históricas las mismas que debían ser publicadas, además de otras funciones como: recoger y ordenar materiales manuscritos, promover la redacción de obras históricas; supervisar la administración de los museos y archivos, así como también conservar “los monumentos nacionales de carácter arqueológico o artístico”. Entonces, el IHP no sólo asumía la función de ser un centro de investigación, sino también una entidad que debería velar la conservación del material arqueológico.

Prácticamente asumía una sobre dimensión de funciones, que era imposible llevar a cabo, súmase a ello el vaivén económico que pasó el IHP por la falta de presupuesto destinado a su funcionamiento.¹¹⁰ A menos de un mes de conocerse públicamente el decreto de creación del IHP (18-II-1905) se llevó a cabo el nombramiento del personal, que de acuerdo al Estatuto debían de ser cuatro clases de miembros; no obstante, el gobierno esperó hasta el mes de noviembre para aprobar el monto de 99 libras peruanas correspondiente a los dos últimos meses del año. A la tardanza de esta prolongación presupuestal se sumó el recorte del monto destinado para los meses señalados anteriormente, en menos de un tercio, es decir a 30 libras peruanas, argumentando inconvenientes en la distribución de los gastos.¹¹¹

Por otro lado, la falta de una infraestructura propia obligó al Instituto Histórico a realizar sus sesiones en uno de los ambientes del local de la Sociedad Geográfica de Lima. Pero ésta adversidad, tanto económica y de local en su primera etapa, no fue impedimento para que los miembros del instituto hicieran denodados esfuerzos por intentar convertir el IHP en la fuente de la Historia Nacional; e incluso impulsar que el Instituto fuera asumiendo una mayor ampliación de sus funciones. Por ejemplo, al establecerse por decreto (6-mayo-1905) la creación del Museo de

¹¹⁰ El Peruano, 28 de Noviembre de 1905.

¹¹¹ El Peruano, 16 de Diciembre de 1905.

Historia Nacional, y antes de la aprobación del Estatuto del IHP, se encargó oficialmente al Directorio del Instituto presentar el plan de organización y de presupuesto que demandaría el funcionamiento del flamante museo. Los integrantes del primer directorio provisional del IHP, elegidos en marzo de 1905, plantearon en su Estatuto más facultades, por no decir deberes, entre ellos “el fijar un reglamento de extracción de piezas históricas en los monumentos arqueológicos y huacas”.¹¹² No era de sorprenderse tal compromiso asumido por las personas que conformaban tal directiva entre ellos: don Eugenio Larraburre Unanue (presidente del mencionado directorio), José Toribio Polo; (secretario), don Emilio Gutiérrez Quintanilla (inspector de archivos) y Carlos A. Romero (director de la revista); todos ellos interesados en la conservación de los antigüedades históricas.

Es importante mencionar el interés de los europeos por investigar los monumentos arqueológicos del Perú. La presencia de los investigadores foráneos -los viajeros- influyó en los círculos intelectuales en dos aspectos: el primero, alimentando la imagen idealizada de la modernidad expresado en la investigación arqueológica; el segundo, en demandar que el gobierno promoviera actividades de conservación e investigación de los monumentos históricos. En una carta dirigida, al Ministro de Relaciones Exteriores, por la Sociedad Geográfica de Lima, con fecha del 16 de julio de 1912, manifestaba el asombro que ha producido en los viajeros que visitaron y visitan el Perú, la indiferencia de los peruanos ante los tesoros arqueológicos:

“... no alcanzan a comprender por qué desatendemos su conservación al extremo de tolerar que la avidez de los particulares las explote y despoje ciegamente y que la ignorancia ejerza en ella una acción devastadora y mucho más temible y activa que el tiempo mismo”.¹¹³

En reiteradas ocasiones se hará mención al interés de Europa, que a través de sus viajeros, dedica a las antigüedades peruanas. En un artículo publicado por El Comercio bajo el título de “Los Monumentos Históricos”, señalaba el articulista la

¹¹² Ver el Art. 2 inciso 6º. Estatuto del IHP. Resolución Suprema 10-VIII-1905.

¹¹³ El Comercio, 2 de Agosto de 1912.

importancia de las antigüedades, a la vez que indicaba el progreso de las investigaciones arqueológicas sudamericanas realizadas, nada menos, por los adelantados países europeos:

“En Europa, centro moderno de la civilización universal se han hecho los mejores estudios históricos sobre los monumentos, especialmente antiguo, y se han puesto en evidencia sucesos desconocidos y personajes enigmáticos”.¹¹⁴

Si Europa, “centro moderno de la civilización universal”, realizaba tareas científicas en las polvorientas ruinas de su continente, por qué el Perú no podía parangonarse de lo mismo, si también contaba en su pasado con antiguas ruinas, que a decir de los propios viajeros evidenciaban un alto nivel de civilización. En consecuencia, si el país -gobierno y sociedad- querían avanzar en el camino a la modernidad debía emprender entonces el estudio de su propio pasado material. Las iniciativas, en establecer actividades de investigación científica arqueológica en el Perú, fue un elemento más, a los ojos de la opinión pública, de avance a la modernidad, al igual que los países de Europa. Dentro de la perspectiva del “progreso científico”, debía el país poseer instituciones tan iguales como los centros de investigación europea. Las páginas de revistas especializadas en arte y cultura expresaban abiertamente las bondades de tener la colaboración de un europeo:

“Raras condiciones de laboriosidad y energía está desarrollando en servicio nuestro y todas las clasificaciones de objeto en el museo nacional, acreditan en su director esa minuciosidad teutona verdaderamente sabia, que ha llevado a Alemania, por hombres de la categoría del Dr. Uhle, a la cúspide de la ciencia ...”¹¹⁵

La sola presencia de un europeo, sobre todo alemán, a la cabeza de una institución pública encargada de velar por los bienes históricos, tan reclamada por la sociedad, estuvo asociado a la imagen que el gobierno quiso proyectar, de un Perú rumbo a ser próspero, ordenado y culto al igual que los países europeos; de este modo, la existencia institucional del IHP y del MHN, con la presencia de un

¹¹⁴ El Comercio, 29 de Agosto de 1905.

¹¹⁵ PRISMA, revista Ilustrada de Artes y Letras. Año II. N° 21. Lima, 1 de Septiembre de 1906. p. 21.

extranjero europeo, representó un símbolo de modernidad en Perú, al contar con instituciones culturales, al igual que en Europa, dedicadas a investigaciones arqueológicas.

Así, el IHP, a parte de cumplir la función de un centro de investigación, pasó a ser a la vez una suerte de Fuero en la facultad de normar las extracciones o huaqueos de los objetos arqueológicos, que venían siendo saqueados desde el siglo XIX; por otro lado, el MHN se convertiría en un “templo de la tradición nacional” y de culto a la historia patria, de donde los asistentes -al igual que hombres embelesados con el canto de sirenas- saldrían con elevados sentimientos patrióticos. Para lograr la participación de las personas en los espacios sociales institucionales se realizarían las conferencias denominadas “lección práctica sobre la historia del Perú”, dedicados a estudiantes y grupo de personas profesionales, integrantes de representaciones diplomáticas y público en general. La conferencia para los estudiantes consistía en tres partes: la primera, abordaba todo lo relacionado a tribus salvajes, exponiéndose las costumbres de los pueblos de la selva; la segunda, a la arqueología peruana que comprendía a las investigaciones realizadas hasta ese momento, incluyendo la del Dr. Uhle; la tercera, comprendía al periodo colonial y la república a cargo del Dr. José A. Izcue. La lección a los estudiantes no se reducía a una exposición verbal dentro de un amplio salón, sino que se realizaba un recorrido “por los salones del museo a medida que lo exija el desenvolvimiento de la lección y las explicaciones que se hagan”.

Después de una conferencia, recibida por los alumnos de la Escuela Normal de Varones, en el MHN y con la presencia del Ministro de Instrucción, el señor Izcue, director de la sección de colonia y república del reputado museo, expresó su absoluta confianza en la labor a desarrollar por el futuro maestro de escuela, cuando realizara la noble tarea de promover en los alumnos el sentimiento nacional:

“... Los alumnos de Usted se hallan en el caso de conocer mejor que nadie lo que ha sido el Perú ... porque cuando lo transitan en las escuelas que van a tomar a su cargo formarán el espíritu de la raza al infundir a los niños el doble culto de la libertad y de la nacionalidad ...”

La presencia del Ministro de Instrucción, en actos de difusión académica organizados por el museo, demostraba el sello oficial que se pretendía dar a la enseñanza de la Historia Nacional, a la vez de servir de imagen para atraer la atención de la opinión pública, al promover la visita del público al recinto de antigüedades. El museo tuvo una buena acogida por parte de la sociedad, recibiendo un total de 5500 personas el día de su inauguración (29-Julio-1906); al día siguiente recibió 4300. En el balance del mes de agosto recibió 7223 personas. En los meses siguientes, la cifra de visitantes al museo fue disminuyendo, pero es de notar que superó el millar de personas por cada mes, lo cual demuestra la difusión del museo:

Nº de visitas al Museo de Historia Nacional
Año 1906*

Meses	Nº de Personas
julio	9800
agosto	7223
septiembre	1597
octubre	2948

* El Comercio, 2 agosto de 1906 y El Comercio 3 de noviembre de 1906.

El número de visitas al museo no disminuyó de un millar en los meses siguientes. En los meses de Enero, Febrero y Marzo de 1908 recibió 4170, 2073 y 2481 personas respectivamente; para una ciudad, todavía rural, como Lima la cifra de visitas demostraba ser bastante significativa, a la vez de mostrar el interés de los pobladores por conocer las antigüedades. La masiva concurrencia significaba, de algún modo, el éxito de los que postulaban en convertir al museo en un espacio público donde se rinda y promueva el “sentimiento de amor a la Patria”. Por otro lado, el nuevo espacio público institucional se añadía a los ideales de modernidad de las elites al considerarlo centro de elevada cultura de la ciencia.

En resumen, vemos que las expectativas de la población y del gobierno, hacían que el IHP y el MHN, estuvieran llenas de entusiasmo e interés. Estas percepciones de exaltado ánimo y participación englobaba el todo a realizar por parte de la

sociedad, el gobierno y el Estado. Por un lado, la consideración que propugnaban algunos círculos sociales en la imperante necesidad de conservar los bienes históricos culturales, y su correspondiente satisfacción de ver que el gobierno asumiera la responsabilidad de promover la creación de instituciones para proteger los bienes en mención. Finalmente, el Estado al contar dentro del aparato de la administración pública con una institución conservadora de antigüedades, ayudaría a que se formara la nación al igual que las consolidadas sociedades europeas: un solo idioma, una sola historia oficial, y la congregación de todos los miembros de la sociedad bajo la representación correspondiente que planteaban algunas voces.¹¹⁶ Así, las esperanzas formuladas teniendo como paradigma a las sociedades europeas, marcaron el paso a seguir. Por ello, el gobierno no tuvo reparos económicos en contratar un especialista extranjero en materia arqueológica para que asuma la dirección del IHP. Sin embargo, las expectativas encontraron limitaciones para el adecuado desenvolvimiento institucional; pese a ello, los miembros del instituto fueron asumiendo mayores funciones y retos a desarrollar más allá de lo propiamente establecido.

El Instituto y el Museo en la Educación Moral

Las expectativas, por parte de la opinión pública, generadas a raíz de la creación del Instituto Histórico del Perú y del Museo de Historia Nacional, fue la de expresar frases como la “educación moral del pueblo” :

*“Vemos con íntima satisfacción que el gobierno actual se preocupa en alto grado de la educación moral del pueblo, mejorando las instituciones existentes y creando las que a juicio suyo son reclamadas por la opinión ilustrada del país”.*¹¹⁷

“Un paso más acaba de dar el gobierno en bien de la cultura y progreso del país. La fundación del Museo de Historia nacional que a acaba de decretar era

¹¹⁶ Al respecto, Francisco García Calderón, en su brillante libro “El Perú Contemporáneo”, consideraba que los población indígena por sus limitaciones expresado en la *dependencia servil* no podía valerse pos si sola dentro de un sistema democrático; por ello planteaba la necesidad de una representación por parte de los grupos ilustrados conscientes de la labor a desarrollar en la superación del indígena.

¹¹⁷ El Comercio, 16 de Abril de 1905. El subrayado es nuestro.

*una necesidad hace tiempo sentida y reclamada por todos aquellos que se preocupan de la educación moral de la nación*¹¹⁸

Estas opiniones de los cronistas de El Comercio, aludían a algún tipo de enseñanza moral, que recibiría la población, de la actividad a realizar por parte de las instituciones mencionadas. Pero ¿Qué significado tenía decir la educación moral? ¿De qué manera las instituciones creadas podían influenciar en la moral de la nación? Desde la segunda mitad del siglo XIX surge un discurso bastante crítico sobre la práctica de las costumbres inmorales en la población del Perú. La base de dicho discurso tenía como principal cuestionamiento determinadas prácticas sociales, del periodo en mención, por ejemplo: la holgazanería, los juegos de azar, la falta de higiene, etc., que habían cubierto los espacios urbanos de la sociedad peruana.¹¹⁹ Estas prácticas “viciosas” en las costumbres constituían, para las elites que pretendían cambiar al Perú, en vallas que obstaculizaban el gran salto hacia la formación del individuo moderno civilizado y culto; por ello, los proyectos modernizadores, que desde la Lima decimonónica y de la República Aristocrática venía realizando, fueron intentos de intervenciones a fin de erradicar los vicios mencionados.¹²⁰

Como parte esencial de los proyectos modernizadores encontramos la creación de espacios de diversión como el teatro, el cine, así como también la práctica del deporte, etc. Las actividades mencionadas fueron impulsadas tratando de introducirlas en la práctica cotidiana de la colectividad, para que así se inculcaran los nuevos valores. Otra forma que el gobierno aplicó, para lograr la realización de tales metas, fue introducir en el sistema educativo, e incluso castrense, actividades como el fútbol, la gimnasia, el voleibol, el básquet, etc. Por ejemplo, la escuela militar de Chorrillos y la Escuela Normal aplicaron el curso de educación física en su currículo en los primeros años del siglo XX. Así, “el objetivo

¹¹⁸ El Comercio, 22 de Mayo de 1905. El subrayado es nuestro.

¹¹⁹ Respecto a la población indígena, la crítica se orientó a la actividad económica de subsistencia y, a la proclividad por la embriaguez y la servidumbre. Gonzáles Prada señalaba a la ignorancia de los gobernantes y la servidumbre indígena las causas de la derrota ante Chile. Páginas Libres. Tomo I Vol. I (1989: 89).

¹²⁰ “*El proyecto modernizador de la elite de fin de siglo mantuvo una línea de continuidad con el de los modernistas ilustrados del siglo XVIII y con las ideas de los liberales de mediados del XIX. (...) el énfasis del discurso se centró en el progreso, la salud individual y la importancia del ejercicio físico para el desarrollo moral e intelectual*” (el subrayado es nuestro) Fuente citada F. Muñoz (2000: 37)

de la educación era construir nuevos ciudadanos, para ello no sólo contaba con el amplio margen de conocimientos que la escuela tenía la obligación de impartir en las diversas áreas de estudio (religión, letras, ciencias), sino, que además pudiera moldear la moral con la ayuda del deporte...”¹²¹

Entonces, la educación moral significaba alejar al pueblo de aquellas prácticas, que a juicio de las elites, las envolvían en la ignorancia, la falta de higiene, la ociosidad y el juego de azar. Contra ello se planteó promover la formación de instituciones y de actividades las cuales pudieran derivar en su labor de convertir al individuo en *trabajador, higiénico y culto*. ¿Esta definición de educación moral escapa al ideal de nación? De ninguna manera, porque el prototipo de individuo integrante de la nación moderna debía tener las características ya mencionadas, que de por sí lo hacían responsable -cumplimiento de deberes- con el hogar, con el gobierno y con la patria. La “educación moral” era considerada parte del programa educativo, por lo tanto era preciso organizar un curso que debía enseñarse en las aulas de instrucción pública.¹²² El tema sería tan sensible, que se planteaba, se enseñara en niveles superiores; durante el debate en la cámara de diputados sobre el de integrar el curso de “Educación Moral y Cívica” en la segunda asignatura de letras de la instrucción media, el diputado Tresierra señalaba la importancia del curso:

*“... porque así como nuestros niños deben aprender y conocer los hechos históricos, deben aprender y conocer a los hombres públicos que han intervenido en alguna manera en los destinos de la patria; deben reconocer las desgracias de la república y, necesario también, que a todos y a cada uno de ellos se le enseñe los diversos morales cívicos que tienen como ciudadano y como miembro de la república”.*¹²³

¹²¹ La tesis de Gerardo Álvarez (UNMSM 2001) estudia la difusión de la práctica deportiva del fútbol y, su implicancia educativa en la formación de una sociedad moderna. (G. Álvarez 2001: 34-39)

¹²² Incluso existía un texto de instrucción en la materia moral publicado por el profesor de Historia Carlos Wiese. Véase *Elementos de la Instrucción Moral y Cívica para la Primera Enseñanza*. Librería Francesa Científica. Galland-Lima 1907

¹²³ Diario de debates de la Cámara de Diputados 1903. AGN: H-6-1447 p. 236

Desde la perspectiva del señor Juan P. Tresierra, miembro de la comisión que presentó el proyecto, consideraba la enseñanza de la educación moral en la asimilación de responsabilidades del individuo para la república; sólo así sería un ciudadano útil. La promoción del hombre o del pueblo con una alta educación moral pasó a ser considerado un elemento vital en el anhelo de la dirigencia política del país. Entonces, dentro del espectro de instituciones a desarrollar un papel importante en la educación moral del pueblo, percibidas por las elites, se encontraba el IHP y el MHN; ambas instituciones no sólo formarían un espacio de investigación, sino también de recreación educativa para masas, como comentó el cronista de El Comercio; “vamos pues a tener muy pronto un centro de recreación y estudio a donde pueda a preciarse por medio de lecciones objetivas todas las grandezas de nuestro pasado...” ¹²⁴

Las elevadas responsabilidades de ambas instituciones para contribuir en la educación moral del pueblo, serían expuestas en la medida que cada una cumpliera su función. Así, el IHP se encargaría de promover la investigación histórica a fin de preparar el programa educativo en la enseñanza de la historia nacional, producto de la investigación; tal como la había expresado en la inauguración del IHP el Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Don Jorge Polar:

“Esta institución va a realizar, ella también, su programa de gobierno, su vivo anhelo por la educación nacional, porque la historia es poderosos factor de educación. Lo es en la escuela, cuando con la palabra rápida salida del corazón, como para niños, les cuenta a los pequeños los hechos de sus mayores; lo es en el liceo, en la universidad, penetrando, para darle realidad, en la filosofía, en la sociología, en toda la alta cultura científica.” ¹²⁵

El museo, por su naturaleza de exhibir objetos históricos y su capacidad de recibir visitas de personas en gran número se convertía en un lugar apropiado donde podría darse líneas de moralidad a los asistentes. De este modo, la exhibición de nuestra riqueza cultural en amplias y largas galerías, con su respectiva lección de

¹²⁴ El Comercio, 22 de Mayo de 1905. Edición de la mañana.

¹²⁵ Separata de la Revista Histórica (1993-1995: 35)

historia inculcada a cada visitante, permitiría al individuo elevarse en su educación al nivel de los valores modernos que impulsaban las elites.

Educar a la población, bajo una sólida enseñanza de la historia en los distintos niveles de instrucción, abría un espacio social donde se daría formación al individuo, bajo los valores deseados; aunque el resultado de ello se vería en el largo plazo. De este modo, una amplia y programática educación, y a la vez, la creación de diversos espacios de entretenimiento culturales, fueron consideradas para ejercer una función primordial en la formación del individuo y de la sociedad. De ahí que se inicie una verdadera reforma, desde el gobierno de Pardo, en el tema de la educación, asumiendo el Estado la conducción y ampliación de este servicio a sectores de la sociedad más necesitados. “La educación se convertía en el medio para formar la voluntad y desarrollar la disciplina con el fin de capacitar a las personas para el trabajo” (F. Muñoz 2001: 65).

El funcionamiento del IHP y del MHN guardó, desde entonces, relación con la ampliación de la instrucción y con la creación de instituciones recreativas culturales en la educación moral del pueblo. Sin embargo, las diferencias y rupturas entre los miembros de las elites, con predominio y control, posteriormente con su alejamiento del aparato estatal dejaron, de lado los objetivos de Estado de promover la educación y cultura del pueblo.

El Museo y el Rescate de la Historia.

La importante labor a realizar por el Museo de Historia Nacional bajo la dirección del Instituto Histórico del Perú, planteó desde un principio el tipo de organización y funcionamiento que debía exhibir ante el público; para ello se encomendó, al señor José A. Izcue, presentar un plan de organización correspondiente a las salas de exhibición de los periodos colonial y republicano. En esa labor, Izcue, tuvo la colaboración del connotado arqueólogo europeo Dr. Max Uhle, quien fuera contratado por el gobierno peruano, por su trayectoria en la realización de estudios

sobre la cultura indígena en América.¹²⁶ La contratación del Dr. Max Uhle, de nacionalidad alemana, intentaba demostrar ante la sociedad culta e instruida el mayor interés del gobierno en formar un museo de importancia, ello porque la opinión pública imaginaba que la sociedad europea realizaba una brillante labor en las actividades científicas; así, la presencia de Uhle encarnaba el progreso de la ciencia arqueológica a desarrollar en el Perú. Desde la percepción del gobierno, el arqueólogo alemán, aseguraba la satisfacción de las expectativas y demandas del público, asimismo del óptimo cumplimiento de tal empresa.

Sin embargo, no fue suficiente contar con la presencia de europeos a cargo de nuestras recientes instituciones científicas, o el decidido apoyo del gobierno sino además hubo la imperante necesidad de contar con los materiales históricos necesarios para la exhibición del creado Museo de Historia, correspondiente a las secciones posteriores a la etapa incaica, la cual se convirtió en otro problema a resolver por el Instituto Histórico. La solución al inconveniente fue invocar la participación de la sociedad a ofrecer su apoyo y colaboración al entregar un bien histórico de su posesión personal y / o familiar; para ello se hicieron de continuos avisos publicitarios en los diarios de la capital mediante los cuales se hacía un llamado “aquellas personas que sirvan enviar en calidad de donativo o depósito, objetos al Museo Nacional de Historia que esta organizando bajo la inspección del Supremo Gobierno”.¹²⁷ Tal pedido resultaba paradójico, en un país lleno de objetos históricos, muchos de ellos destruidos, según la opinión pública por “la indiferencia de nuestro poco preparado medio social”, que se viera el Estado y el museo en la necesidad de apelar a la generosidad de los ciudadanos para obsequiar o prestar algún objeto histórico. Sin embargo, la aparente paradoja carece de solidez, sencillamente por que la destrucción de ruinas e indiferencia no comprendían a los vestigios materiales del periodo colonial y republicano, aunque su mal estado y descuido no estaban ajenos. Los bienes materiales históricos solicitados por el Gobierno y el Museo se referían específicamente a los periodos posteriores a la

¹²⁶ El Comercio, 8 de Julio de 1906.

¹²⁷ Publicado en El Comercio, los días 14, 16, 18, 19, 20, 21, 22, 24, 25, 26 y 27 de Julio de 1906.

conquista. ¿Quién o quiénes eran los poseedores de tales bienes históricos? ¿Estarían dispuestos, los poseedores, a colaborar al llamado del gobierno y de los responsables del museo? Los poseedores de tales bienes históricos eran la iglesia y las familias pertenecientes al sector criollo; básicamente la institución del clero y los descendientes de los conquistadores españoles. Dichos sectores sociales fuertemente situados en la escena del poder, e incluso institucionalizados a través de larga data, como la iglesia, que en realidad no sólo era la poseedora sino también la autora de tal producción. Ante la posibilidad de una negativa de parte de los poseedores había la posibilidad de que el Estado expropiara; sin embargo, el expropiar los bienes religiosos, depositados en la principales y sencillas iglesias dispersas en el Perú, se daba por descartado, por el simple hecho del ejercicio del poder real de la iglesia sobre sus bienes religiosos de los cuales disponía como considerara conveniente. Un ejemplo de este ejercicio del poder en disposición fue la denuncia que entabló la orden dominicana cuzqueña contra el Prefecto del Cuzco, don Hildebrando Fuerte, quien impidió, de seguro con intervención de la fuerza pública, que un antiguo aguamanil de granito correspondiente a los primeros años de la colonia, perteneciente a la iglesia de Santo Domingo del Cuzco, fuera llevado en calidad de venta a los Estados Unidos de Norte América; lo anecdótico fue la aceptación de la denuncia por parte de la Corte Superior del Cuzco. Es posible que la aceptación de la demanda respondiera a otros tipo intereses, tal vez personales, como los conflictos y competencias entre autoridades locales u otro. Aún así, lo importante es ver la capacidad del poder de la iglesia que ejercía sobre sus bienes contando con el apoyo de algunas instituciones del Estado.¹²⁸

Por otro lado, como ya dijimos, en la posesión de objetos históricos no sólo la Iglesia era la dueña, sino también las distinguidas familias criollas asentadas tanto en Lima como en las ciudades importantes del país, éstos bienes que se habían logrado acumular gracias a las herencias y dotes transmitidas de generación en generación por la nobleza española en el Perú. Tales herencias comprendían el patrimonio mueble en diversos objetos históricos: vasijas, adornos, cuadros,

¹²⁸ El Comercio, 16 de Febrero de 1904

lienzos, armas, sillones, candelabros, antiguas monedas, etc., gran parte de ellos depositados en los lujosos solares de las encumbradas familias limeñas y provincianas. Los miembros de este pequeño sector social eran, por decir “los herederos por solemnidad”, de cuantiosos objetos coloniales, gran parte de su uso doméstico. Así, las distinguidas familias habían hecho de sus bienes heredados en pequeñas, y en algunos casos, grandes colecciones para su uso personal y del entorno social, agréguese a ello los nuevos objetos pertenecientes al periodo republicano del siglo XIX. Un ejemplo de esta herencia solemne o posesión particular se puede apreciar durante la estadía en Lima del comisionado por España, señor Ramón Menéndez Pidal. El connotado personaje político fue invitado a asistir a la casa solariega de “Torre Tagle” para poder apreciar una “antigua y valiosa galería de pintura” de propiedad de la familia Ortiz de Zevallos.¹²⁹ A la colección privada de objetos coloniales y republicanos, se sumó el afán de poseer antigüedades arqueológicas dentro del patrimonio histórico familiar. Algunas de estas colecciones de familia fueron vistas como museos propiamente dicho, ante la opinión pública, por los numerosos objetos depositados, así como el cuidado adecuado y el correcto orden de su exhibición por periodos, e incluso por ambientes y / o salones, que los herederos dedicaron cuidadosamente. No era extraño entonces que los cronistas de la prensa calificaran de “museo nacional” aquellos depósitos históricos familiares. En su corta estadía en el Perú, la famosa bailarina Anna Pavlova aprovechó para visitar el museo del Dr. Javier Prado, al respecto el cronista informaba del siguiente modo:

*“Ayer la eximia danzarina Anna Pavlova en compañía de su esposo... visitó el magnifico museo nacional que posee el Dr. Javier Prado Ugarteche en su residencia de la calle del general La Fuente (...) los invitados recorrieron los amplios salones ... contemplando los más raros ejemplares, telas preincaicas, tejidos, ... de nuestra primitiva civilización precolombina. Luego visitaron los regios salones de estilo colonial... Se contemplaban ... muebles, tapices, porcelana ... Por último... visitaron el museo Prado, es decir el cuarto en que el Dr. Javier Prado ha conservado todos los objetos que pertenecieron a su padre ... uniformes, fajas, monturas, espadas, bastones ... documentos ...”*¹³⁰

¹²⁹ El Comercio, 11 de Marzo de 1905

¹³⁰ El Comercio, 17 de Octubre 1918. “Visita de Pavlova al Museo del Dr. Prado”

Al parecer, la presencia de personajes oficiales y / o de renombre artísticos eran propicios para mostrar ante el visitante y la opinión pública la posesión de bienes familiares, el cual sirvió también para demostrar el status social “entre familias que forma la más alta clase social las hay de abolengo y de vasta fortuna”. De este modo, se demostraba la genealogía histórica y económica, de las importantes familias de la república aristocrática.

Sin embargo, no era subestimable la invocación del museo y del gobierno, ya que se actuó acertadamente al invocar “los sentimientos de patriotismo”, muy sensible en las familias criollas de Lima de aquel entonces. Como ya dijimos, la trágica experiencia de la guerra del Pacífico habían promovido discursos en pro de la patria, sentimientos y voluntades de entrega y de sacrificio en favor de la anhelada nación y, si donando un objeto histórico, se contribuía a tal propósito era posible convocar a la sociedad. La invocación a la sociedad de asumir una actitud filantrópica y de participación en la cultura, bajo las ideas de “la historia patria” tuvo respuestas positivas, incluso mucho antes de la convocatoria del museo en la donación de documentación. Un buen ejemplo de inclinación y apoyo hacía la cultura nacional, cabe destacarlo, fue la entrega desinteresada de don Carlos I. Lissón, quién, a través de una carta enviada en marzo de 1906 al Presidente del IHP, hizo una donación de legajos documentarios originales, en su mayoría correspondencia íntima de sus antecesores que habían ocupado funciones públicas en la administración del Estado desde tiempos de la colonia. Aunque las donaciones venían de tiempo atrás en forma ocasional por parte de personas bastantes identificadas con la conservación de las antigüedades. Por ejemplo, el Prefecto Don Hildebrando Fuerte, el mismo que impidió la venta de un aguamanil en el Cuzco, donó “un trozo de la antigua red con lo cual los incas verificaban la cacería de las vicuñas”; la mencionada red fue donada al Museo Municipal.¹³¹ No faltó personajes de vacíos sentimientos patrióticos, pero si interesados por obtener alguna ganancia económica por la posesión de documentos históricos, quienes les ofrecieron al Instituto Histórico. Manuel Ángel Velarde fue quien puso a la venta “una colección de documentos relacionados a la historia del Perú, entre los cuales

¹³¹ El Comercio, 27 de Octubre de 1902.

hay muchos manuscritos e inéditos” por el precio de 800 libras peruanas. Para este específico caso mercantil de documentos históricos, se formó una comisión especial presidida por el director de la Biblioteca Nacional y el director del Archivo Nacional y la participación de don Eugenio Larraburre, en su condición del Presidente del IHP. El dictamen de la comisión fue que “dichos documentos ofrecen en parte, verdadero interés histórico y puede estimarse su valor en 400 libras peruanas”.¹³² Este acto de Velarde contrastaba en gran manera con el señor Lissón, quien entregaba en calidad de obsequio sus materiales del pasado:

*“Los documentos originales que pueden constituir de alguna manera a nutrir la Historia Nacional pertenecen, para mí, a las instituciones y a los eruditos cuya misión consiste en describir y apreciar los hechos del pasado y recordar la silueta moral de sus prohombres: por eso tengo especial honor donar al Instituto Histórico, Sr. Presidente, el tesoro de la familia que acompaño relativo a la correspondencia íntima de mis antecesores, abuelos y padres.”*¹³³

La razón principal de su obsequio fue levantar la “Historia Nacional” convertida en una necesidad; la publicación de su carta sirvió para invitar a la sociedad a participar; viéndosele como un actor, contribuyendo voluntaria y generosamente en poner al alcance todos los medios necesarios para la realización de tal fin colectivo. Este ejemplar acto de contribución a la cultura nacional por don Carlos I. Lissón, fue realizado también, por el sargento mayor don Manuel Alfaganec, quien obsequió al Museo Nacional cuatro objetos de carey de “valor artístico que fueron trabajado en el Cuzco y corresponde al siglo XVII”.¹³⁴

La publicación de avisos, en los primeros días de julio de 1906, convocando la donación de bienes históricos fue impulsado, también, por llevar a cabo la pronta inauguración del Museo de Historia Nacional, lo cual demostraba cierta lentitud por parte de las autoridades del gobierno central y responsables del museo; recuérdese que el Museo de Historia Nacional se creó el 17 de mayo de 1905, y hasta julio de 1906 había transcurrido un año y dos meses exactamente. A pesar de la demora, ante la improvisación, ya que la convocatoria a la población en donar objetos

¹³² El Peruano, 7 de Abril de 1905.

¹³³ El Comercio, 31 de Marzo 1906.

¹³⁴ El Comercio, 21 de Abril de 1906.

históricos se realizó en los primeros días de julio, la conformación del espacio museístico tuvo bastante acogida al llamado del gobierno y de los responsables del museo, por parte de las familias peruanas, recibiendo una respuesta favorable. El anuncio publicitario solicitando donaciones tuvo un mensaje de patriotismo, a la vez que indicaba el reconocimiento público para los personajes altruistas que generosamente colaboraran:

*“Museo Nacional de Historia. El Instituto Histórico del Perú quedará sumamente reconocido (...) habrá un catálogo histórico y detallado en el cual se publicarán los nombres de los donantes y depositantes (...) Se invocan los sentimientos de patriotismo, de amor a la ciencia, de cultura y respeto por las tradiciones de familia de las personas que lean el presente aviso, para que tenga a bien atender a la petición que en él se formulan”.*¹³⁵

Se apelaba a una demostración de sentimiento patriótico, por parte de la población, al donar una antigüedad histórica; además, el llamado “amor a la ciencia” que se realizara sobre las antigüedades fue incorporado y esgrimido por el propio Estado. Por su parte, el Estado, daría un reconocimiento público a la lista de donantes por la gentil muestra a la cultura nacional, de acuerdo al anuncio.

Poco a poco fueron llegando innumerables objetos antiguos en calidad de donación o de depósito al Ministerio de Instrucción, lugar donde de acuerdo al anuncio se recepcionarían los objetos donados para su exhibición del museo. Ahí se encontraba, por ejemplo, la donación de Ricardo Palma, Manuel Aranibar, Belisario Avalos, Víctor Benavides, Ignacio Basombrío, Ricardo Ortiz de Zevallos, Javier Prado Ugarteche y otros. Las donaciones consistían, entre otras, por ejemplo, en una banderola chilena de la guerra del Pacífico, diplomas de condecoración al teniente Francisco Velarde, casco de un conquistador español, platos de porcelana, primera pila bautismal de 1535, entre otras. Pero no sólo llegaron donaciones de bienes posteriores a la conquista, también de la época anterior a ella. Así, el señor Manuel Caycho donó una tela representando el árbol genealógico de los caciques de Mala, el señor Izcue -director de la sección de colonia y república- obsequió un quipu, don Ricardo Rossel entregó dos estrella de

¹³⁵ El Comercio, 9 de Julio de 1906. Museo de Historia Nacional

piedras prehispánicas de Ate. Posteriormente, don Juan Pardo obsequió 13 huacos del valle de Chicama. También figuraron los préstamos de colecciones arqueológicas de don Luis N. Alarco. No faltaron las donaciones de objetos pertenecientes a indios salvajes, que correspondían a la zona de la selva y para el cual el museo había creado una sección de exhibición. Se encontraban dieciséis objetos de la colección de Von Hassel, con los cuales se aperturó dicha sección; con posterioridad a la inauguración del museo, don Juan Santiago Portales donó adornos de pluma.

La contribución de bienes históricos no sólo vinieron por parte de las familias de la alta Sociedad, sino también, en esta causa nacionalista, participaron instituciones, como la Sociedad Geográfica de Lima¹³⁶ y el propio Estado, a través del Presidente de la República, la cámara de senadores al igual que la de los diputados, el consejo provincial metropolitano, aduanas del Callao, etc. Entregaban en calidad de donación, mobiliarios y otros objetos que estaban en su poder pertenecientes a la colonia y a la república. Entre las donaciones se encontraban la banda presidencial del General Orbegoso, el escritorio del libertador don José de San Martín, el cual estaba en poder del Coronel Benigno Febres.¹³⁷ El mencionado escritorio figuró posteriormente en la relación de donación al museo por parte del Presidente de la República. La iglesia también se sumó a la lista de los donantes, entre ellas se encontraban pinturas religiosas, sofás, y mesas antiguas del convento de Santo Domingo, la escultura de la muerte del escultor Baltazar, del siglo XVII, donado por la orden de San Agustín.¹³⁸

Este decidido apoyo, por parte de las familias limeñas, en donar objetos históricos logró que en la inauguración del referido museo se presentara una significativa cantidad de objetos pertenecientes a la colonia y República, cifra

¹³⁶ Al parecer la Sociedad Geográfica de Lima hizo su donación posterior a la inauguración del museo, eso no niega que no haya prestado objetos arqueológicos para la solemne apertura. El directorio de la mencionada institución obsequió 128 objetos arqueológicos previa selección de todos los objetos en su poder por medio de una comisión designada el 1 de septiembre de 1906. Los miembros de la comisión fueron: Eduardo Habich, Enrique Espinoza y José Bravo. *El Comercio*, 5 de septiembre de 1905 y *El Comercio*, 30 de Enero de 1907.

¹³⁷ El gobierno gestionó ante el coronel Benigno Febres para que donara o vendiera el escritorio. *El Comercio*, 11 de Octubre de 1906.

¹³⁸ *EL Comercio*, 17 de Octubre de 1906

bastante considerable, pero menor en comparación con la cantidad de objetos pertenecientes al periodo arqueológico:

*“... El museo inaugurado el 29 de julio último abrió sus puertas con 50 objetos en la sección tribus salvajes con 2000 en la sección arqueológica y con 400 en la sección colonia y república”.*¹³⁹

Efectivamente, los objetos coloniales y republicanos eran pocos, incluso su composición variaba entre los objetos arqueológicos y coloniales; consecuencia de esta situación era que los objetos de los periodos mencionados constitúan una sola sección en el museo. Señalaba, el director del museo, su absoluta seguridad que con el tiempo el museo tendría formada una sección aislada tanto para la colonia y la república.

La alta cifra de objetos pertenecientes a la sección arqueológica demostró su fácil adquisición, cogidas por lo general sin el menor cuidado de su contexto extraído, lo cual debió haber llevado a los encargados del museo a considerar la necesidad de ambientes mayores para su exhibición y conservación, así como también proceder a establecer una amplia protección de los sitios no desenterrados. En suma, no era del todo mal; la exhibición contó con 2450 objetos que podían dar realce a su presentación inaugural. Sin embargo, no faltó la crítica por parte de la opinión pública a la exhibición de los objetos, indicando que en la sesión de inauguración no se presentó suficiente y adecuadamente las piezas históricas, como informara un cronista de El Comercio, al día siguiente de la inauguración:

*“... lo que se exhibe es muy poco, no transcurrirá mucho tiempo sin que se presente al público las magníficas colecciones que las autoridades locales están formando. (...) La rapidez con que se ha procedido para que la apertura coincidiera con las fiestas del aniversario nacional ha impedido colocar los objetos en las vidrieras adecuadas”.*¹⁴⁰

Lo mostrado el día de la inauguración, en los altos del Palacio de la Exposición, no logró satisfacer la opinión de la prensa. Los pocos objetos exhibidos y al mismo tiempo su incorrecta ubicación en las vidrieras, llevó al cronista a tener

¹³⁹ El Comercio, 10 de Noviembre de 1906. Museo de Historia Nacional.

¹⁴⁰ El Comercio, 30 de Julio 1906. Inauguración del Museo de Historia Nacional.

la esperanza, citando las palabras de Max Uhle, acerca de que el Perú con el tiempo llegará a “poseer uno de los mejores museos del mundo tanto por la clase de objetos, cuanto por su organización”.¹⁴¹ No le faltaba razón al cronista ni al señor Uhle, ya que el Perú por sus antecedentes históricos poseía abundante producción de material histórico; sólo faltaba contar con un museo adecuado y la firme decisión de parte del Estado en llevar a cabo tal empresa. No era extraño entonces que posteriormente, pasado los años, se fueran incluyendo más objetos extraídos de las excavaciones realizadas en el valle de Lima con el fin de levantar las exposiciones existentes en el museo. El propio Max Uhle intentaba resaltar la exposición del museo, señalando “según nuestro saber ningún otro museo puede enorgullecerse de poseer tales ejemplares semejantes entre todos los objetos que contiene. Entre esos cráneos hay una deformación bastante rara”.¹⁴² Posteriormente, la sección colonia y república también se vio surtida con la entrega de documentos históricos; recibos de contribución colonial, contrato de venta de esclavos, cuadros al óleo, cartas políticas de la independencia entregados en calidad de donación. La Sociedad Peruana de Beneficencia de Arica se sumó a la línea nacionalista de donaciones, a través de una demostración Patriótica al enviar un cajón lleno de “reliquias históricas”, correspondientes a la epopeya valerosa del morro de Arica; entre los objetos se encontraba chaquetas de soldados, fragmentos de bombas, cantimploras, calzados, etc.¹⁴³ Es importante notar que este gesto y acción se hizo cuando Arica ya se encontraba en posesión de Chile. Las dificultades que debieron enfrentar los miembros de la Sociedad de Arica en la búsqueda y recojo de tales objetos históricos, de seguro fue ignorada por las autoridades del país del sur, que desde tiempo atrás llevaban a cabo una política de chilenización en los territorios ocupados del Perú.

En resumen, el discurso de la nación reclamaba la necesidad de formar un museo que evidenciara la trayectoria material de nuestra historia, no obstante la ausencia de objetos coloniales y republicanos dejaban un vacío que era necesario llenar. Fue así que el Estado convocó a los propietarios mayores de objetos

¹⁴¹ Ibíd. Discurso dado por el Doctor Max Uhle durante la inauguración del MHN.

¹⁴² El Comercio, 19 de Septiembre de 1906.

¹⁴³ EL Comercio, 7 de Agosto de 1909.

históricos de la época colonial y de la temprana república conformada por la iglesia y las familias criollas, que ante el llamado patrio y nacionalista del gobierno acudieron a colaborar en la realización del Museo de Historia Nacional. Los criollos se desprendieron de sus objetos históricos. Las motivaciones y entusiasmo nacionalista por colaborar en la empresa de constitución del museo, no fue una actitud pasajera, por el contrario, las donaciones continuaron en años posteriores. En el viaje realizado al norte del país, el Presidente José Pardo recibió varios objetos coloniales y republicanos entre ellos, por ejemplo, la cruz que colocó Pizarro en la primera iglesia que erigió en Piura. Todos los objetos recibidos por el Jefe de Estado fueron entregados al depósito del museo.¹⁴⁴

Por último, si bien los objetos históricos guardan un significado que la ciencia arqueológica anota, de acuerdo al contexto del sitio hallado y las creencias que la asignan, podemos afirmar que aquellos bienes donados al museo de Historia Nacional para su inauguración, guardaron un doble significado; por una parte su original antecedente, y de seguro extraviado, en su correspondiente localización histórica, nos referimos concretamente a los datos que la arqueología extrae de las excavaciones realizadas; y por otra parte, los motivos y sentimientos identificados por las elites comprometidas en la elevación de la cultura nacional y de la historia patria, que hizo suyo el discurso de la nación al entregar voluntariamente sus antigüedades personales.

Asociaciones por la Protección de Antigüedades.

La presión de la opinión pública respecto a la obligación del Estado en proteger y conservar las antigüedades, así como la poca decisión de los gobiernos en apoyar a las instituciones responsables, no encontró más remedio que la participación de los miembros de la sociedad. Así como se formaron asociaciones, en el siglo XIX, para extraer los objetos antiguos de las huacas, contradictoriamente

¹⁴⁴ El Comercio, 13 de Julio de 1907.

a ello se formaron en el siglo XX agrupaciones sociales con la finalidad de actuar como vigilantes en la conservación y protección.

La “Sociedad Protectora de Monumentos Históricos y obras de Arte” (1911) y la “Sociedad de Anticuarios Peruanos” (1912) fueron asociaciones formadas que, desde el palco social, opinaron, demandaron y clamaron ante la debilidad de las instituciones públicas y la permanente agresión -huaqueo- a las antigüedades; tal situación generó reiteradas denuncias por parte de estas asociaciones. Su presencia institucional no correspondió a los años iniciales de la inauguración del IHP y del MHN, sino que surgieron después de un tiempo, en el contexto de la presencia de la comisión científica de la Universidad de Yale. Los descubrimientos de ruinas incaicas, que a decir de sus descubridores, se habrían mantenido vírgenes -Choquequirau y Macchu Picchu- de la presencia occidental, generó grandes expectativas en la opinión pública que exigía la conservación de las antigüedades con las cuales se profundizara el conocimiento de la historia, además, de la atracción pública no especializada, se debió al carácter exótico que ofrecía tales paradisíaca construcciones intangibles a la mano española. El poco interés del Estado al plantear leyes y reglamentos conducentes a la conservación, generó que las asociaciones constituidas exigieran al Estado el establecer pronto dicho ordenamiento. ¿Fue ésta la única razón?. ¿Quiénes conformaban éstas sociedades?.

¡ A Proteger Choquequirau !

La participación de la sociedad en forma organizada se dio en el contexto de la llegada de la comisión investigadora de la universidad de Yale, que realizaba sus trabajos en la zona sur del país. Las excursiones realizadas por Hiram Bingham y el descubrimiento de la ruinas de Choquequirau y posteriormente Macchu Picchu, abrió una nueva dimensión sobre la posibilidad de hallar centros urbanos incaicos que no habrían sido tocados por la mano hurtadora del invasor español. Hallazgos de esa naturaleza generaban expectativas en círculos de la ciencia y de la

población interesada por asuntos exóticos. Por eso, al realizarse el hallazgo de las ruinas antiguas de Choquequirau el cronista relataba:

*“Lleno estuvo el Perú de aquellos templos, de aquellos palacios, jardines ... cuyos restos son todavía hoy fuente de admiración y asombro; pero sobre ellos cayeron la saña de Pizarro, el conquistador valeroso, o Almagro el cíclope incontrastable... y apenas no han quedado unos cortos despojos de tan colosal y potente obra. (...) Hoy la casualidad nos ofrece un palacio en que no se posó la planta del conquistador orgulloso, no intervino la transformación destructora y no especuló la ignorante codicia ...”*¹⁴⁵

Definitivamente que tal hallazgo mostraría, de no haber sido violada por el hispano, los signos visibles del desenvolvimiento autóctono de las sociedades prehispánicas, y al mismo tiempo, las posibilidades de encontrar grandes objetos de valor en oro y plata abría la imaginación de la población que recibiera tales noticias. En telegramas remitidos por el Prefecto de Apurímac, éste daba a conocer al Presidente de la República, el valor arqueológico y económico de tal descubrimiento:

*Los hombres de ciencia americanos que están aquí, visitaron las grandiosas ruinas incaicas, tomando fotografías y apuntes ... El Dr. Bingham concede excepcional importancia para el país el gran descubrimiento. Dice que el gobierno y el congreso deben atender de toda preferencia esta gran fuente de ilustración para la historia y la arqueología. Dice también que minas y tesoros pueden haber allí como en cualquier parte del Perú.*¹⁴⁶

La opinión pública, conocedora de este hecho, solicitó que las instituciones encargadas de velar por la conservación y protección de tal antigüedad realizaran los esfuerzos necesarios por razones de “vanidad y nacional orgullo”; la respuesta del Instituto Histórico no se hizo esperar, ya que sus miembros acordaron tomar disposiciones sobre Choquequirau, haciendo efectivo el envío de un documento mediante el cual solicitaba al gobierno tomar las medidas convenientes, para evitar el despojo de los objetos que pudieran encontrarse en la mencionada ruina. La sensibilidad del tema guardaba relación, como ya lo hemos dicho, con el interés de

¹⁴⁵ El Comercio, 10 de Enero de 1909. Semejante opinión era compartida por el diario La Prensa “ *Se supone que esa ciudad que ocupa un área enorme de terreno y que posee hermosísimas construcciones, suntuosos palacios, baños admirables y templo magníficos era una morada de recreo de la familia imperial* ” La Prensa, 11 de Enero de 1909.

¹⁴⁶ El Comercio, 12 de Febrero de 1909.

propender el cultivo de la Historia Patria, y en consecuencia, la necesidad de cuidar los objetos materiales del pasado, con los cuales se construyera el relato histórico del Perú. Los constantes saqueos por los huaqueros, y por las propias expediciones científicas, creó un ambiente de suspicacia ante la presencia de cualquier extranjero que viniera en nombre de la ciencia. Resultaba paradójica tal situación, ya que por un lado se consideraba necesario e importante la presencia de los hombres de ciencia en tierras peruanas, no obstante también era percibida como una presencia peligrosa. La alerta y denuncia fue puesta por el propio presidente del Instituto Histórico, años atrás, durante la inauguración del mencionado instituto donde solicitó que tales exploraciones estuvieran bajo un reglamento y supervisión de alguna autoridad nombrada por el gobierno peruano:

Creo que ya es tiempo de poner remedio eficaz a este mal, si no prohibiendo en absoluto la exportación, como sucede en países muy adelantados de Europa y América, a lo menos reglamentado y vigilando esas exploraciones y contra cuyos efectos destructores, curioso es decirlo, protestan después en el extranjero los mismos que los han producido en el Perú.¹⁴⁷

De este modo, se trataba de evitar que los objetos fueran sustraídos, una vez más, por alguna comisión de la ciencia, o contrarrestar cualquier posibilidad de despojo con la esperanza de conservar para el Perú los objetos valiosos del pasado. Por ello, el articulista del diario guardaba el anhelo que, con la acción inmediata de proteger Choquequirau, se pusiera término el vía crucis de aprender la Historia del Perú en países europeos, ya que estos eran dueños de grandes colecciones que el país no poseía, y que ahora, el Perú, tenía la oportunidad de poseer una valiosa colección:

Al fin parece que tendrá término la necesidad hasta hoy, imprescindible en que nos hallamos, para estudiar nuestra historia, de abandonar el Perú y aprenderla en Filadelfia o Berlín ...¹⁴⁸.

Sin embargo, las alarmas y advertencias venían de parte de la sociedad, esta vez organizada, que empujaba al gobierno a tomar medidas concretas ante el

¹⁴⁷ Boletín de la Revista Histórica. 1993-1995.

¹⁴⁸ El Comercio, 10 de Enero de 1909.

descubrimiento de Choquequirau, por las razones científicas e históricas ya explicadas; además la incidencia de hurto por parte de las exploraciones fueron razones que impulsaron a la Sociedad Protectora de Monumentos Históricos solicitar una entrevista, en julio de 1911, con el Ministro de Instrucción. Los representantes de la mencionada sociedad pedían al ministro tomara las medidas pertinentes respecto a las investigaciones que realizaba la comisión de Yale, pese a que el Gobierno, dispusiera el 20-Marzo-1909, a través del Director General de Instrucción, que el doctor Max Uhle y al bachiller Julio C. Tello realizaran un estudio del descubrimiento de “la ciudad incaica de Choquequirau.” El estudio comprendía la autorización para poder realizar excavaciones, además de preparar un informe donde obligadamente indicarían las medidas que a su juicio debían adoptarse.¹⁴⁹ El 11 de marzo de 1911 volvió a aprobarse otra Resolución Suprema donde nuevamente autorizaban al Dr. Uhle trasladarse a las ruinas de Choquequirau, solicitándole que los frutos materiales de las excavaciones fueran remitidas al Museo de Historia; el arqueólogo alemán debía elaborar, a medida que las investigaciones profundizaban, croquis, planos, y tomas de fotografías de la mencionada ruina. Julio C. Tello considera que esta autorización a Uhle fue más bien una suerte de aliento que el gobierno concedió, por el malestar administrativo que se vivía en el interior del MHN ante la falta de recursos económicos en materia de investigación.¹⁵⁰

No obstante, no se puede ignorar la presión de las asociaciones que reclamaban la presencia del gobierno en la protección de Choquequirau, como fue la reunión celebrada por los representantes, de la Sociedad Protectora de Monumentos Históricos y obras de Arte, señores Teodoro Noel y Juan B. Lavalle con el Ministro de Instrucción, a quien le plantearon sobre “cuestiones referentes a la protección de la ruinas de Choquequirau”.¹⁵¹ Satisfactoriamente el ministro anunciaba que ya se habían “impartido órdenes necesarias para que la comisión de

¹⁴⁹ El Comercio, 2 de Abril 1909.

¹⁵⁰ Considero que la afirmación de Tello pretendió de algún modo presentar su caso por las discrepancia que tuvo con E. Gutiérrez de Quintanilla en la administración del MHN. Ver Historia de los Museos Nacionales del Perú 1822-1946. Por TELLO Julio C. y MEJIA X. Toribio EN revista Arqueológica N° 10. Publicaciones del Instituto de Investigaciones Antropológicas. (1967: 75 -76)

¹⁵¹ El Comercio, 11 de Julio de 1911

la universidad de Yale no hiciese la explotación de dichas ruinas, sin la licencia que exige el decreto de 1893 y la consulta al ministerio requerida ...” Además, la sociedad, planteaban la necesidad de modificar el inciso II del artículo 6º del decreto de 1893 vigente, respecto a la conservación de las antigüedades. La propuesta de modificar la ley sería otra vez el inicio de un nuevo periplo, ya que, anteriormente propuestas de ley se efectuaron en 1907 a proposición del Instituto Histórico. En esta demanda se sumaría la Sociedad de Anticuarios Peruanos que solicitaba al ministro remitiera el proyecto, entregado por el IHP, al congreso para su debate y aprobación. ¿Pero quiénes participaban en estas asociaciones? En el caso de la Sociedad Protectora de Monumentos Antiguos, sus miembros lo conformaban personas dedicadas a la literatura, el derecho, la historia, etc. Entre los participantes se encontraba el General Juan N. Elespuru, destacado miembro del IHP, incluso llegó a ocupar la presidencia de tal institución; quien afirmó en algún momento que el IHP pretende realizar en lo posible en el corazón de los jóvenes “el sentimiento de la nacionalidad”,¹⁵² era aquel personaje, comprometido con los anhelos en formar la nación peruana. Otra presencia destacable corresponde a Abraham Valdelomar, personaje resaltante por su labor en la literatura; su dedicación con aquella asociación sería tan comprometida que promovió el congregar la participación de más personas en la mencionada Asociación, así como el inspeccionar los trabajos de excavación arqueológica que realizaban las instituciones pertinentes. En ocasión que don Carlos A. Romero, miembro del IHP, realizaba estudios arqueológicos, a finales de 1911, en una huaca al sur de Lima, llamó la atención de A. Valdelomar cómo compañías constructoras utilizaban los montículos de adobe para la fabricación de ladrillos; inmediatamente puso la denuncia respectiva ante la Sociedad Protectora, de la que formaba parte, para que hiciera las gestiones de oficio ante las autoridades competentes. Fue a sugerencia suya que se aceptó a Percy Gibson, Gerardo Vargas, Félix del Valle, Roberto Freire y Salvador Ronsero como miembros de la Sociedad Protectora de Monumentos Antiguos y obras de Arte.¹⁵³ Es más, el joven literato llegó a asumir la función de

¹⁵² Fue durante su discurso dado en honor al historiador Rafael de Altamira (Universidad de Oviedo). El Comercio, 28 de Noviembre de 1909.

¹⁵³ El Comercio, 23 de Septiembre de 1911

Secretario General -en Noviembre de 1911- de la Sociedad junto a don Juan Bautista Lavalle.

La participación de Valdelomar no sólo se limitó a reuniones y acuerdos en la sociedad protectora de antigüedades, sino también, haciendo uso de su brillante estilo literario abordó el paisaje material histórico de su entorno en su obra “La Ciudad de los Tísicos” (1911). En ella, su referencia a los testimonios materiales del pasado prehispánico -específicamente los huacos- guardaban una “profundidad filosófica”, un “valor idealista” y un “arte original” mediante el cual, y posiblemente el único medio, se podría conocer la vida subjetiva de los incas:

*Estos hombres del Gran Imperio del Sol no tuvieron pinturas, ni libros, ni monedas, no tuvieron teatro, de manera que sus pensamientos, sus deseos, sus creencias, sus amarguras, su alma toda la pusieron en sus huacos.*¹⁵⁴

Esta declaración literaria no era ajena en el ambiente de la época; por el contrario, había un interés por profundizar en el conocimiento de la Historia, y si los huacos nos permitían conocer, más allá de los elementos con que estaban fabricados y los estilos que las caracterizaban, lo importante era poder llegar a conocer en algo la vida subjetiva de los antiguos peruanos. Por ello no es extraño que en la obra mencionada, el autor comparara, en una suerte de ensayo, la concepción de la muerte de los antiguos peruanos frente a la concepción cristiana a partir de las imágenes proyectada en los huacos:

Este huaco es una muerte nueva, es un nuevo símbolo. Representa a la muerte, tal como la idearon los hijos del imperio del sol. La muerte cristiana que conocemos es el esqueleto del hombre, con su túnica negra y su guadaña. He visto la muerte de Baltazar Gavilán, el genial criollo, y es una muerte que horroriza. La muerte incaica ¡cuán distinta es! (...) Entre los incas la muerte no es cesación sino actividad, cambio de lugar; y esta muerte incaica no tiene la guadaña que corta, que mata, que hace verter sangre, sino el tambor que aterra, que señala una hora, que recuerda una cita. Y cita sonriendo, con su graciosa, amable y amada sonrisa. Esta apacible sonrisa de la muerte incaica me hace amar a la muerte que, con su cabecita inclinada, sin pompa y sin grandeza, parece decir, humilde y cariñosa: ¡Venid! ... ¡Ha llegado la hora. El viaje es largo

¹⁵⁴ VALDELOMAR Abraham. *La Ciudad de los Tísicos*. Promoción Editorial Inca 1984. Ediciones PEISA. (1984: 23 - 24)

*y, tras de los valles frescos y floridos, más allá de la nieves eternas, sobre los aires y las nubes, junto a su padre Sol, nos espera el padre Manco!*¹⁵⁵

Si bien Valdelomar no era un especialista en materia de historia ni en arqueología, su expresión literaria, respecto a asuntos de antigüedades no dejaba de ser importante y difundida en las conversaciones de café y compartida en la sociedad protectora, donde él era miembro.

Juan Bautista Lavalle fue un comentarista de libros pedagógicos de Historia en donde, a decir suyo, sólo mediante su enseñanza se lograría promover valores morales “sin las cuales un pueblo no puede ser ni grande ni fuerte”. En su percepción respecto a la Historia comprendía las expresiones materiales del pasado, señalando en 1908, a propósito de comentar el nuevo libro de Carlos Wiese,¹⁵⁶ que entre los varios medios pedagógicos en “la educación histórica”, la visita a los museos y a los monumentos era un aspecto importante. Asumió, en 1911, el cargo de primer Presidente de la Sociedad Protectora de Monumentos Antiguos, de donde tramitó diversos documentos ante el Ministro de Instrucción concernientes a la destrucción que se producían en las huacas:

Lima, 24 de noviembre de 1911.

Sr. Ministro de Justicia, Instrucción y Culto.

Confiada esta sociedad en el interés que el Ministerio de Instrucción ha demostrado por todo cuanto a sus fines se refiere y por encargo especial de la Junta Directiva que presido, me dirijo a Usted, para denunciar la destrucción de un importante monumentos histórico a 5 kilómetros de nuestra capital, sin que nadie levante una voz de protesta. En anteriores oportunidades hemos denunciado a ese despacho la demolición de monumentos incaicos por especuladores que se dedican a fabricar edificios modernos con materiales de antiguos templos y edificios que constituían verdaderos reliquias histórica. (...) Nuestro denuncia se refiere a la huaca Juliana que se encuentra a un kilómetro de la ciudad de Miraflores (...) La sociedad de mi presidencia confía en que Usted, protegerá debidamente aquel documento de arqueología, templo de antiquísimas divinidades ... ordenando se adopten las medidas necesarias para detener la obra de devastación y se cumpla el D. S. del 27 de abril de 1893, puesto en vigencia por el actual gobierno del 10 de julio de 1911...

*(Fdo.) Juan Bautista Lavalle.*¹⁵⁷

¹⁵⁵ Ibíd. (1984: 27-28)

¹⁵⁶ En 1908 Carlos Wiese publicó su nuevo texto de instrucción “De Historia Nacional”.

¹⁵⁷ El Comercio, 29 de Noviembre de 1911.

La carta muestra que la Asociación, presidido por Lavalle, realizó reiteradas denuncias sobre destrucción de antigüedades, ante el Ministerio de Instrucción, con lo cual se demuestra su actuación y atenta mirada ante los usos y abusos que se cometían. Por otro lado, era una forma de señalar la poca participación de las instituciones públicas responsables en velar por los restos antiguos, que ante sus ojos “nadie levante una voz de protesta”. Declaraciones de esta naturaleza no debieron ser de agrado de los funcionarios del IHP y el MHN, ni de las autoridades del gobierno. ¿Se pretendía aprovechar tales espacios sociales para promover la participación política de algunos de sus miembros? Creemos que sí. Por ello no es casual que un candidato político a diputado como Jorge M. Corbacho conformara y presidiera la “Sociedad de Anticuarios Peruanos”, incluso otorgando su casa para realizar las sesiones; aunque su declaración respecto a la creación de la Asociación de Anticuarios se diera por amor a la conservación de las fuentes materiales de la Historia del Perú, de la cual expresó en una sesión del congreso que abordaba la situación del MHN:

*Reaccionando contra esa tendencia, se formó en 1912 la Asociación de Anticuarios Peruanos, para oponer todo el esfuerzo de un patriotismo desinteresado a la obra destructora de la Historia Nacional, emprendida en sus fuentes: para ofrecer amplio apoyo a los autores nacionales consagrados al estudio de la historia patria, para defender el prestigio intelectual y social que, por sus meritorias obras corresponde a estos con mayor título...*¹⁵⁸

Corbacho fue un personaje bastante hábil en tejer redes amicales de influencia, permitiéndole ello establecer vínculos con personajes importantes en el campo académico y político. En la asociación que él dirigía contó con la participación de José Toribio Polo (miembro del IHP y de la Sociedad Geográfica de Lima) y de José de la Riva Agüero, conspicuos personajes vinculados en el campo de la historia y caracterizados por su posición de abogar por la conservación de las antigüedades. De seguro, se sintieron atraídos por los proyectos que Corbacho ofreció dar, de

¹⁵⁸ Diario de la Cámara de Diputados. 2da. Legislatura Extraordinaria de 1915. pp. 425. Tipografía de la Prensa. AGN H- 6-1482

lograr ocupar un alto cargo dentro de aparato público, sólo así podría explicarse la participación de Toribio Polo, lo cual también demostraba las pocas posibilidades de realización de los proyectos formulados por el IHP y el MHN. Tales proyectos, ofrecidos por M. Corbacho, fueron expresados por J. Riva Agüero en una carta enviada, a finales de enero (1913), a su amigo José Gabriel Cosío de las pretensiones que tenía el Presidente de la Asociación de Anticuarios: entre éstas, la de instalar un Museo Colonial en el Rímac, además de presentar un proyecto de prohibición de exportación de objetos arqueológicos, “que de seguro sería aprobado ya que tiene influencias en el gobierno”.¹⁵⁹ La carta ilustra que los miembros de la asociación mostraban interés por el pasado material tanto colonial como anterior a él. Por ello, las propuestas que Corbacho ofrecía dar, el proyectado museo colonial y un marco normativo que pudiera proteger las antigüedades prehispánicas, ganaron, en más de uno, la adhesión de personas en calidad de miembros de la Sociedad de Anticuarios. Debió ser intensa la dinámica institucional de la mencionada sociedad que logró establecer filiales en los departamentos del sur del país, bajo el nombre de la “Sociedad de Anticuarios del Cuzco”, cuyo presidencia la ejercía don Alberto Gieseke, y con quien Riva Agüero tenía una estrecha amistad. Giesecke en ese entonces ocupaba el cargo de Rector de la Universidad San Antonio de Abad, posición académica que le permitió resaltar la sociedad institucional de anticuarios del Cuzco, además, de mostrar su compromiso con la institución. Así, en su telegrama, del 29 de Noviembre de 1912, al director del diario El Comercio, pidió el apoyo de la prensa para “evitar la extracción y comercio de antigüedades coloniales”, al quejarse del envío de cargamentos de antigüedades que un comerciante de apellido Hurtado pretendía embarcar de la aduana del Callao y que fuera impedido por el Prefecto Venancio Cortés; además pidió que el gobierno hiciera efectiva las resoluciones vigentes al respecto.¹⁶⁰ La creación de filiales institucionales departamentales, a favor de las antigüedades, permitió mostrar el grado de representatividad social de la institución, más aun, con la participación de personas como el Rector de la Universidad del Cuzco, Alberto Gieseke, Luis E. Valcárcel, Carlos Gibson, Pedro Bravo Escobar, entre otros. Por

¹⁵⁹ RIVA AGÜERO José De la. Epistolario. PUCP 1997. pp. 1108.

¹⁶⁰ El Comercio, 30 de Noviembre de 1912. La Sociedad de Anticuarios del Cuzco se instaló en julio de 1912, tal como lo señala Alberto Gieseke en su telegrama.

otro lado, les permitiría, si el caso se presentaba, una mejor coordinación para tratar de evitar la comercialización de objetos antiguos. El trabajo institucional, entre la Sociedad de Anticuarios de Lima con sus filiales permitió, también, establecer el envío de informes “sobre la destrucción y despojo que por comercio han sufrido los monumentos históricos”.¹⁶¹

Por otra parte, la Sociedad de Anticuarios nombró delegados en Arequipa y Abancay;¹⁶² esta multiplicadora presencia institucional, al sur del país, guardaba relación con la importancia que iban adquiriendo las antigüedades, ya mencionadas, que estaban ubicadas en esta parte del país y, en especial, por la presencia de la expedición científica a cargo de la universidad de Yale, que posteriormente la opinión pública criticó. A pesar de la amplitud del radio geográfico es muy poca la información que se tiene respecto a la Sociedad de Anticuarios.¹⁶³ No obstante, la asociación, como representación social, podía servir a la pretensión de Jorge M. Corbacho de escalar ocupar en los cargos públicos. Tales expectativas no podían poner en celo o envidia a los miembros de la asociación, ya que ante la posibilidad de tener a uno, o más, de sus miembros ubicados entre la esfera del gobierno, tendrían mayores posibilidades en la aprobación de sus proyectos.

La Sociedad Protectora de Monumentos Históricos y obras de Arte no estuvo exenta de interés en participar en la política; promoviendo la inclusión de otros sectores sociales. La presencia de personajes que promovían la realización de asambleas y reuniones se encontraba la distinguida dama Zoila Aurora de Cáceres, (hija del General Don Andrés Avelino Cáceres), quien en varias ocasiones ocupó la presidencia de las sesiones hasta la elección de J. Bautista Lavalle. El carácter informal y espontáneo de la asociación muestra que los miembros que la conformaban, participaban por distintos tópicos que debían ser compartidos en la realización de actividades. Entre ellas se encontraba la capacitación de la clase obrera a través de las llamadas “conferencias populares” que se daban en forma

¹⁶¹ Ibid. En dicha telegrama, publicado por El Comercio, A. Giesecke señala el envío de dicho informe a la Sociedad Central de Anticuarios que lamentablemente no fuera publicado.

¹⁶² El Comercio, 23 de Diciembre de 1912.

¹⁶³ Lamentablemente no se tiene los libros de actas ni publicaciones de alguna revista de tal asociación

gratuita, a petición de la hija de Cáceres, quien era poseedora de una vasta colección de antigüedades (535 especímenes) que fue vendida al MHN.

Lamentablemente, no sabemos que pasaron con las mencionadas asociaciones, ya que después de 1912 no hay referencia de éstas en los periódicos, excepto que años más tarde Corbacho, desde su curul de diputado, defendió ardorosamente el trabajo desempeñado por Emilio Gutiérrez de Quintanilla al frente del Museo de Historia Nacional. Sin embargo, la participación y demandas de las asociaciones no fue infructuosa, por el contrario, permitió crear un ambiente de preocupación por la conservación del pasado material, y la urgente necesidad de establecer una ley que regulara el trabajo de la ciencia arqueológica. Es en medio de esta emergencia participativa de la sociedad que se busca establecer la ley, frente al descubrimiento de los yacimientos arquitectónicos monumentales de Choquequirau, y posteriormente Macchu Picchu, por la comisión de la Universidad de Yale.

La Ciencia, pero bajo la ley.

La demanda por parte de las asociaciones en proteger las antigüedades que habían sido recientemente descubiertas tanto en Choquequirau, y Macchu Picchu, trajo consigo la necesidad de contar con una ley que las protegiera. Si bien existían leyes, desde 1822, que la reconocían como propiedad de la nación y teniendo en cuenta, la necesidad de su conservación no se estableció un marco reglamentario respecto a las excavaciones y objetos hallados realizado por los viajeros y las comisiones científicas. Es todavía con la creación institucional del IHP y el MHN que, nuevamente, se establece un marco legal al respecto; recuérdese que el inciso 6º del artículo 2º del Estatuto del IHP señalaba el cuidado “de la conservación de los monumentos arqueológicos nacionales”, además de fijar las reglas de extracción de los monumentos y huacas. La participación y obligación del IHP no se hizo esperar con la presentación de un proyecto de Ley (1907), que en realidad era un reglamento de excavaciones en las huacas. Lamentablemente, el mencionado

proyecto nunca pasó a debate parlamentario, debido a que el ejecutivo no lo presentó ante el congreso pese a la insistencia de la opinión pública. ¿Pero cuáles eran los vacíos en el marco legal vigente? ¿Qué razones impedían consolidar una nueva ley de monumentos históricos?

En este largo periodo denominado la República Aristocrática reiteradas veces se demandó la presentación de un Proyecto de Ley para la conservación de antigüedades, que impidiera la exportación de antigüedades, ya que el vigente Decreto Supremo de 1893 no establecía en sus artículos ninguna referencia al respecto. Excepto la prohibición en la búsqueda de “objetos arqueológicos, en huacas antiguas, fortalezas, templos ... sin una licencia especial ...” expedido por una entidad, denominada “Junta Conservadora de las Antigüedades Nacionales”, responsable en otorgar las respectivas licencias a los interesados en realizar excavaciones en las huacas. Además, la mencionada ley era materia de cuestionamiento en su artículo 6º inciso II, donde establecía que los acreedores de la licencia tendrían derecho de apropiación de los objetos arqueológicos, excepto de un duplicado que debían entregar al Estado, y de aquellos objetos que fueran únicos sólo estaban obligados a entregar una copia fotográfica. Tal disposición no hacía más que despojar al Estado peruano de su derecho de conservar objetos arqueológicos que tuvieran un carácter original y único. Consciente de tal situación, la Sociedad Protectora de Monumentos Antiguos y Obras de Arte gestionaba ante el Ministro de Instrucción, aparte de pedir medidas de protección para Choquequirau, la necesidad de tal modificatoria, sobre lo cual “El Comercio” se expresó del siguiente modo:

*La comisión hizo presente al Ministro la inconveniencia del artículo 6º del decreto de 1893, que autoriza al solicitante de una licencia de excavación a entregar al Estado sólo una copia fotográfica de los objetos sacados que no tengan similares, cuando lo justo y útil es lo contrario. El ministro ofreció modificar esa disposición, sea al conceder la licencia a la expedición de Yale sea por decreto especial o en el proyecto de Ley sobre monumentos que se propone enviar al Congreso.*¹⁶⁴

¹⁶⁴ El Comercio, 11 de Julio de 1911

Habíamos señalado el carácter exótico, libre de la devastación hispana, que ahora se daba a los nuevos descubrimientos monumentales arquitectónicos realizados por la comisión de la universidad de Yale, además de la presión de la sociedad hacia el gobierno para que dispusiera la salvaguarda de Choquequirau. La actitud del gobierno no se hizo esperar, ya que no sólo prestó atención concediendo la autorización de envío de comisiones para realizar estudios del lugar, si no también dispuso la vigencia del decreto de 1893, a través de un circular oficial, por el cual las autoridades locales debían estar alertas en velar por los objetos antiguos:

Recomendar a los Prefectos de los departamentos el severo cumplimiento de Supremo Decreto de esa fecha /Se refiere al decreto de 1893/ que se les transcribirá a continuación, debiendo en consecuencia a proceder su cometido las juntas determinadas en el Art. 4º de decreto citado, advirtiéndoles que deberán necesariamente esperar la respuesta de este despacho en cada caso particular que se presente para empezar los estudios y excavaciones a que esa disposición se refiere.¹⁶⁵

El artículo 4º del decreto de 1893 refería a la formación de la Junta Conservadora, que en Lima estaba presidida por el Ministro de Instrucción Pública, el Prefecto y del Director del museo, mientras que en los departamentos lo conformaban el Prefecto, el fiscal y el tesorero departamental; a éstas comisiones provinciales se les ordenó prohibir las exploraciones arqueológicas que no contaran con licencia especial expedida por el gobierno. Tal circular, evocadora del mencionado decreto, no hacía más que poner en alerta a los funcionarios públicos locales ante el posible tráfico de las antigüedades, por alguna expedición, siempre y cuando no contara con la autorización del gobierno.

Tal disposición gubernamental no fue suficiente para encarar y calmar la presión de las asociaciones, que reclamaban la modificación de la ley respecto a la exportación de las antigüedades. Meses antes, el Dr. Max Uhle envió un informe al Director General de Instrucción, manifestando su indignación respecto a las excavaciones clandestinas que se realizaban al norte de la capital; pedía se promulgara urgentemente una ley “que proteja eficazmente los restos y monumentos antiguos”. Para ello, proponía se copiara de la legislación turca, que

¹⁶⁵ *Ibíd.* El Comercio, 11 de Julio de 1911

permitía la presencia de comisiones científicas en las excavaciones de las ruinas antiguas, con el previo abono económico de las instituciones extranjeras, a fin de cubrir los gastos de un “comisionado especial”, que velara por los objetos extraídos. Obviamente, la propuesta de Uhle era que, formalizando las excavaciones se evitaría el huaqueo acostumbrado y la exportación de antigüedades, además de que el Estado pudiera ejercer un mayor control sobre su herencia material.¹⁶⁶ Ante tales exigencias el Presidente de la República, don Augusto B. Leguía, en su mensaje del 28 de julio anunció el estudio de un proyecto de Ley respecto a la conservación de las antigüedades:

*La conservación de las antigüedades nacionales reclama la atención de los poderes públicos; a fin de no perder lo que nos queda de las épocas preincaicas e incaicas y coloniales, estudiase actualmente un proyecto de ley al respecto.*¹⁶⁷

Anuncio que se plasmó, en parte, el 19 de agosto de 1911 con la modificación de la vigente Ley de 1893, estableciéndose el marco regulatorio entre el Estado y la comisiones científicas interesadas en investigar las huacas. Entre las modificaciones se hallaba el tan cuestionado inciso II del artículo VI, referente a los derechos de licencia que tenía el solicitante para excavar en las huacas; dicho inciso establecía privilegiados derechos en el hallazgo de objetos que no tuvieran duplicados, es decir, ante el hallazgo de un objeto (s) original (es) el excavador estaba obligado a entregar al Estado sólo “la copia fotográfica”:

*2º Todos los objetos que se encontraren pertenecerán al que solicita la licencia, pero tendrá este la obligación que se expresará en el decreto respectivo, de entregar al Estado un duplicado de cada uno de los objetos que se descubran, o copias fotográficas de los que no tuviesen similares acompañada de la descripción detallada que baste para dar idea exacta del objeto a que se refiere.*¹⁶⁸

Con la modificación de 1911 se estableció que “todos los objetos que se encuentren pertenecen al Estado, quien puede conceder los duplicados a los que soliciten la licencia ...”, incluso, los duplicados sólo serían entregados a corporaciones científicas. Con ello, el Estado, presionado por la sociedad,

¹⁶⁶ R. Ravines y Avalos (1974: 387)

¹⁶⁷ El Comercio, 28 de Julio de 1911. Edición de la tarde.

¹⁶⁸ Las Antigüedades Peruanas y su Protección Legal. EN Revista del Museo Nacional Tomo XL. (1974: 383)

reordenaba y mejoraba la posesión de su pasado arqueológico. No obstante, tales mejoras en el derecho de propiedad del Estado peruano, respecto a sus antigüedades no permitió llevar a cabo la presentación de la tan ansiada Ley de Monumentos; incluso, con las propuestas de leyes presentadas por Emilio G. de Quintanilla en los años de 1912 y 1915 (Tello y Mejía Xesspe 1974: 389 -397).

La opinión pública y de las asociaciones interesadas en la conservación, demandaron prohibir determinadamente la exportación de objetos arqueológicos y / o artísticos (coloniales). Se consideraba que el problema de la destrucción de las huacas, fortalezas o cualquier resto antiguo se debía a que el gobierno y sus leyes daban carta abierta, al no prohibir la salida de tales objetos. La salida de objetos arqueológicos por los puertos, sin el menor impedimento legal, favorecía o promovía las excavaciones por comisiones científicas o por los huaqueros que las comercializaban. El desprestigio y el temor a los hombres de ciencia se había apoderado de los conservadores locales, que expresaban en páginas de diarios extranjeros su malestar ante los actos cometidos, exigiendo pasara a debate el proyecto del Instituto Histórico:

*“... El Perú ha sido víctima siempre de ese triste abandono, como aves de presas ha caído sobre nosotros una suma de explotadores que; ya con un fin científico, ya con mero afán de lucro han arrasado huacas, monumentos templos y hasta viejos hogares: todo ello se ha convertido en objeto de negocios en los bazares europeos, y aquí apenas hemos conservado algunos restos de mediocre valor y de escasa importancia . (...) Al fundarse el Instituto Histórico, uno de sus primeros actos fue formular un proyecto de ley reglamentando las excavaciones y prohibiendo la exportación de objetos históricos. Ignoramos las razones que hayan existido para no someter todavía al congreso ese proyecto de ley que el Instituto estudió con la mayor detención, consultando todos los aspectos de asuntos; pero ese u otro es indispensable ya legislar seriamente sobre el asunto, para que no pierda el país tesoros tan inestimables en el orden moral y material”.*¹⁶⁹

El proyecto de Ley sobre conservación, presentado por el Instituto Histórico del Perú, en 1907, señalaba en su 5º artículo la prohibición “en lo absoluto, (de) la exportación de todo resto arqueológico”. Sin embargo, tal proyecto nunca pasó a

¹⁶⁹ Publicado en La Ilustración (Francia) 23 de Enero 1909 y, transcrito en El Comercio, 26 de Febrero 1909.

debate parlamentario, cosa curiosa, en pleno gobierno promotor de la creación del MHN y del IHP no se diera impulso a la propuesta. Tal indiferencia de los gobiernos sucesivos generó reiterada críticas y demandas por parte de la opinión pública, que exigía que el gobierno diera “una enérgica resolución”, liberando al país del mercantilismo de antigüedades; incluso las instituciones académicas proponían se diera facultad u obligación a otras instituciones para velar por las antigüedades, mientras se daba paso a la urgente discusión del proyecto :

*Existe un proyecto de ley que el Instituto Histórico, en el ejercicio de sus atribuciones, ha formulado con el objeto de reglamentar las exploraciones de las ruinas y proteger nuestros monumentos históricos. Resulta ahora la necesidad de apresurar la discusión de ese proyecto, pero siendo urgente adoptar alguna medida aunque sea provisional, juzgamos que podría confinarse a alguna institución o grupo de personas ilustradas ... el cuidado de las ruinas monumentales anteriores a la conquista ...*¹⁷⁰

La propuesta de prohibir la exportación de antigüedades no fue siempre bien aceptada por personajes plenamente comprometidos por la conservación; al respecto, el presidente del Instituto Histórico del Perú, don Eugenio Larraburre y Unanue, narraba admirado la presentación y exhibición de las colecciones prehispánicas en el museo de Berlín; el correcto cuidado y la presentable disposición de las piezas arqueológicas cautivaron a Larraburre, llevándolo a considerar que prohibir la exportación de objetos arqueológicos iría más bien en desmedro y destrucción de las mismas:

*Méjico permite a los extranjeros sacar copias ... pero prohíbe, como algunos estados europeos, que se exporten los originales, irremplazables por su naturaleza (...) Pero creo que no ha llegado el momento de una prohibición absoluta. Las colecciones europeas están admirablemente cuidadas y todo el mundo puede examinarlas. No cabe, pues, en esta materia un sentimiento egoísta.*¹⁷¹

Su comentario, respecto a la prohibición de exportar objetos en países con asientos de civilización antigua, era mostrar la desventaja o contradicción del Perú que mediante su legislación vigente concedía la entrega de originales a los

¹⁷⁰ Comunicación enviada por la Sociedad Geográfica de Lima al Ministro de RR. EE (16 de Julio de 1912). Véase El Comercio, 2 de Agosto de 1912.

¹⁷¹ El Comercio, 5 de Abril de 1908

excavadores que habían obtenido la licencia. Por otro lado, su posición de considerar que no era oportuno establecer una prohibición absoluta partía del hecho de la ausencia de grandes museos que pudieran mantener y conservar adecuadamente, los objetos y piezas históricas, al igual que los grandes centros y museos de Europa. Esta percepción de Larraburre nos muestra la débil infraestructura que constituía en aquel entonces el recién creado MHN y la esperanza de lograr constituir verdaderos museos en el Perú. Y mientras no existieran tales espacios institucionales era mejor, según Larraburre Unánue, no prohibir la exportación de los objetos a los países europeos donde a final de cuentas estarían mejor conservados.

La opinión de Larraburre y Unanue sería compartida por el diario “El Día”, que a través de su editorial manifestaba que las antigüedades históricas no debían salir de la república y, en consecuencia, no debía permitirse su desaparición; no obstante, opinaba que si se hubiese establecido la prohibición de exportar antigüedades no se habría logrado nada a favor del Perú:

*Nada se habría avanzado con suspender, el embarque de objetos de arte antiguo, si el espíritu de la administración, no tuvieran la suficiente previsión, para impedir que esos mismos objetos no se pierdan en el país, no sean destruidos por la acción inconsciente del tiempo y por la igualmente inconsciente de las personas que se dedican desamontonarlos, o borrarlos de la faz de la tierra.*¹⁷²

La acción previsorá significaba consolidar los medios necesarios que garantizara la conservación, protección, exhibición y estudios de las antigüedades; en suma, prohibir su exportación. Tal articulación científica requería del absoluto compromiso del gobierno peruano para actuar como un guardián celoso en la salida de antigüedades. Sin embargo, la exigencia, por parte de cierta elite en establecer la exportación de antigüedades, no siempre fue acompañada de una voz unísona que las prohibiera.

¹⁷² Trascrito por El Comercio, 11 de Abril de 1916.

¡Las antigüedades son propiedad pública!

Otro aspecto que no permitió consolidar la ley de protección de las antigüedades, fue la divergencia entre el derecho de propiedad privada y el derecho de propiedad pública. En el Perú, existían enormes y pequeñas construcciones anteriores a la invasión española, (alejados sus antiguos habitantes por el nuevo régimen colonial que los obligó a residir en las famosas reducciones de indios), pasaron a ser parte de las nuevas apropiaciones territoriales: haciendas, fundos, iglesias, etc; dueñas de extensas fanegadas de tierra que abarcaban los antiguos edificios arquitectónicos, gran parte de ellos, derruidos por el tiempo y por el huaqueo. Su ubicación en terrenos de propiedad particular significó un contrafuerte a las iniciativas legales, que procuraban establecerlas en el derecho público o en propiedad del Estado. Los proyectos de ley, sobre el derecho de propiedad, fueron objetos de duros discursos que, fervorosamente, defendían la propiedad privada ante cualquier posibilidad que consignase la apropiación pública de alguna huaca ubicada en lugares de particulares.

En 1905, en el contexto de la creación e inauguración del IHP, se presentó un proyecto de ley por el diputado C. Gonzalo Dávila ante la cámara de diputados en el cual proponía que los consejos provinciales y distritales asumieran el cuidado de las ruinas “de la época incaica”, además de prohibir la destrucción de las mismas con multa correspondiente a los infractores. Establecía que los haberes de los empleados responsables del “cuidado y conservación de las obras”, serían cubiertos con fondos del propio municipio. Las propuestas del diputado al pasar por las comisiones de Obras Públicas y la de Gobierno, fue modificada en los siguientes términos:

Art. 1º Declarase propiedad del Estado todos los monumentos y ruinas de las época incaica, a excepción de las que en la actualidad constituyen parte de los templos y de casas particulares.

Art.2º Se prohíbe en lo absoluto la destrucción o deterioro de las fortalezas y demás edificios para buscar tesoros o huacos; encomendándose a los consejos

provinciales y distritales el cuidado y conservación de las mencionadas ruinas en sus respectivas circunscripciones ...

*Art.3º El gobierno reglamentará esta ley que dictará las medidas más convenientes para su cumplimiento.*¹⁷³

La comisión de Gobierno estableció la necesidad de que las antigüedades fueran declaradas propiedad pública, y así el municipio tuvieran influencia sobre ellas. De allí la necesidad de declararlas en bienes del Estado. Este aspecto jurídico fue importante, porque sería tomado en cuenta en posteriores proyectos de ley que declaraban el carácter de propiedad estatal de las antigüedades. Por ejemplo, en el proyecto presentado por el IHP en 1907, en su primer artículo, declaraba son "... propiedad del Estado todos los objetos que contengan las huacas cementerios, ruinas y en general todos los monumentos arqueológicos..." El mentado artículo sería remarcado en los proyectos presentado en 1912 y 1915 por don Emilio Gutiérrez de Quintanilla, en representación del MHN.

El carácter de propiedad estatal de las antigüedades, llevó a que la comisión considerase que correspondía atenderse en el presupuesto general de la república, pero ante las innumerables ruinas arqueológicas se requería una elevada suma de dinero que resultaba imposible realizar, por lo que se consideró y aceptó, la inicial propuesta del proyecto: que los fondos municipales asumieran el cuidado. El reconocimiento de las antigüedades, como propiedad del Estado, de acuerdo al 1er artículo del dictamen, no era extensivo para aquellos ubicados en " templos y en casa de particulares", con lo cual el dictamen reservaba la intangibilidad de los fundos y / o templos, es decir evitaba afectar la propiedad particular.

Sin embargo, el dictamen aprobado por la comisión en mención se vio obstaculizado al pasar a discutirse en la cámara de diputados, donde el diputado M. B. Pérez manifestó su posición en contra del proyecto, argumentado el respeto por la propiedad privada; el derecho del dueño o poseedor de un fundo donde se

¹⁷³ La Comisión de Obras Públicas aprobó los artículos 1º y 3º (29 de Septiembre de 1905). Legislatura Extraordinaria de 1906. Diario de debates de C. de Diputados. pp. 22. AGN H-G-1463

encontrara una ruina arqueológica no debía verse limitado por el artículo 2º, que prohibía la destrucción de la misma:

*“... no hay razón jurídica que limite el derecho de propiedad respecto a las huacas o monumentos que están en fundos o inmuebles de particulares. ¿Por qué se le ha de prohibir a un particular, por ejemplo, que destruya, en su fundo una guaca de cuya superficie necesita para el cultivo?”*¹⁷⁴

Para el diputado M. B. Pérez, el reemplazo de alguna reliquia arquitectónica por la ampliación de terrenos de cultivos era más importante, ya que expresaba el respeto al derecho de la propiedad privada; no fue suficiente con dejarlas de lado al no declarar propiedad del Estado, los bienes ubicados en los fundos o terrenos de particulares de acuerdo al 1er artículo del dictamen de la comisión, sino también se pretendía que el dueño del terreno, hiciese a criterio suyo, lo que considerase conveniente. Solicitaba, el diputado, que la autoridad dedicara a cuidar sólo a las antigüedades en terrenos públicos:

*“... y limitándose la propiedad del Estado únicamente a los monumentos incaicos que están en terrenos público y no en propiedad de particulares; el artículo 2º tiene que referirse únicamente a encajar a las municipalidades que cuiden de los monumentos que están en terreno público ... Pero la vigilancia y la prohibición de las municipalidades y de la ley no pueden ir hasta los monumentos que están en terreno de particulares”.*¹⁷⁵

Los argumentos expuestos por el diputado M. B. Pérez, estuvieron dirigidos a resaltar la primacía de lo privado, mediante lo cual pretendía limitar la injerencia del Estado o de las autoridades locales en la propiedad particular, obligando a que los miembros de la comisión de gobierno, y del propio autor del proyecto, aceptaran que el proyecto volviera a la comisión de gobierno “para que recogiendo las ideas que se han producido, se expida un nuevo dictamen” La divergencia entre lo público y lo privado, expresado por el diputado, mostraba el respeto de ciertos principios como el derecho a la propiedad privada y su posible injerencia o intromisión constituía violar el derecho natural del individuo.¹⁷⁶

¹⁷⁴ Ibid. pp. 22

¹⁷⁵ Ibid.

¹⁷⁶ Sobre el derecho público y privado véase BOBBIO Norberto “Estado Gobierno y Sociedad” FCE. 2001. Capítulo 1 La gran dicotomía Público / Privado.

El proyecto fue nuevamente aplazado en la legislatura ordinaria de 1907, esta vez el diputado Salazar y Oyazabal proponía que el proyecto fuera visto y analizado por el IHP, por ser de su competencia el cuidado de las antigüedades; dicha propuesta fue aceptada por el pleno en agosto de 1907. Ajeno al propósito de la cámara de diputados, al mes siguiente, la cámara de senadores aprobaba un proyecto remitido por el IHP, el cual también contenía la prohibición de destrucción o deterioro de los monumentos “que se encuentren en propiedad particular o que formen parte de templos”. Con ello el proyecto del IHP “respondía” por adelantado a la cámara de diputados.

La defensa de la inviolabilidad de la propiedad privada sería nuevamente esgrimida, frente al proyecto presentado por los diputados L. A. Arguedas, J. A. Escalante y el Dr. Julio C. Tello; el proyecto, sumamente radical, establecía en su 2º artículo el derecho del Estado peruano “de expropiar los terrenos de propiedad particular donde se hallan localizados ruinas de pueblos ... y en general toda agrupación independiente de ruinas arqueológicas”.¹⁷⁷ Con este planteamiento, y su correspondiente aprobación, se abría la posibilidad de la intervención del Estado peruano, al menos, de impedir la destrucción intencional que los auto designados dueños de los monumentos y construcciones antiguas, ubicados en propiedades agrícolas particulares, podrían llevar a cabo. El argumento en defensa de la propiedad privada, esgrimido en 1907, sería expuesto nuevamente por el diputado Pérez, quien señalaba que el proyecto:

*“... afecta a la instrucción y a la cultura del país como a la propiedad privada, y no ha debido prescindirse de oír a la comisión de legislación; si se hubiera oído a esta comisión seguramente que habría presentado un dictamen meditado”.*¹⁷⁸

Esta vez no sólo la propiedad privada se veía afectada, sino también la instrucción y la cultura del país, desde la percepción del diputado M. B. Pérez. Lamentablemente, el diputado no pudo sustentar su apreciación debido a la interrupción del debate que sería reabierto años más tarde en septiembre de 1918

¹⁷⁷ Diario de la Cámara de Diputado. H-6-1485. Legislatura Ordinaria 1917.pp. 1514

¹⁷⁸ Ibíd. p.1515

y donde el diputado Sr. Borda citaría algunos marcos legales (ley de Minas y Código de Agricultura) que protegían el derecho a la propiedad privada y el uso del subsuelo por parte del propietario:

*“...Yo tengo entendido que al adquirir una propiedad es dueño de poseerla en el sentido que quiera proceder conforme a sus conveniencias y a sus intereses, ya sea explotándola o trabajándola (...) Según esta ley, el gobierno tendría que expropiar íntegramente ese fundo, porque no sería posible irrogar al dueño el perjuicio de expropiar únicamente la parte más importante del fundo . Cumpliendo pues este artículo habría que expropiar íntegramente todos los que amparan o que tiene dentro de sus límites ciertos monumentos incaicos”.*¹⁷⁹

La inflexibilidad de algunos representantes de la cámara de diputado impidió poder arrancarles el decreto que reconocía al Estado como propietario absoluto de los monumentos, ruinas y objetos antiguos. Años antes, el Instituto Histórico tuvo que ceder sin conseguir nada, como lo sucedido a los señores Juan N. Elespuru y Carlos Paz Soldán, presidentes y vicepresidentes del Instituto Histórico del Perú respectivamente, quienes enviaron un proyecto de ley, ante la cámara del senado, mediante el cual establecía en el primer artículo lo siguiente:

*1º Declárase propiedad del Estado, con todos los objetos que contengan, las huacas cementerios, ruinas y en general todos los monumentos arqueológicos ... a excepción de los que se encuentran en templos o inmuebles particulares.*¹⁸⁰

Con ello el Instituto Histórico daba tranquilidad a los dueños y propietarios de tierras que tuvieran restos arqueológicos, pero al mismo tiempo, subrepticamente el proyecto de ley proponía en el 2º artículo que, si bien las construcciones antiguas no eran propiedad pública, los objetos que en ellas se encontrara “son propiedad del Estado”. Como ya hemos visto, los argumentos en contra desbarataron tal posición al defender el principio de la inviolabilidad del derecho privado. De hecho, no sólo se rechazó la intervención del Estado en propiedades o fundos, sino también que el Estado interviniera en expropiar las especies históricas que se encontraban en manos de los coleccionistas, ya que en el primer artículo del proyecto declaraba propiedad de la nación todas las

¹⁷⁹ Diario de debates de la Cámara de Diputado. Legislatura ordinaria 1918. pp. 504. Tipografía La Unión 1918.

¹⁸⁰ El Comercio, 17 de Octubre de 1916.

construcciones y “especies históricas y artísticas de la época precolombina ... colonial y los primeros 20 años de la república” El diputado señor E. Pinzas, en su alocución, interpretaba que tal artículo facultaba al Estado, en forma arbitraria, “a entrar a las casas y recoger las especies históricas o artísticas de los particulares”. Proponía se declare propiedad de la nación sólo a los monumentos antiguos, mas no a las especies históricas. Su punto de vista evidenciaba la preocupación de los numerosos coleccionistas ante una posible expropiación estatal. El ánimo de los detractores del proyecto se fundaba, entonces, en la rotunda negación del derecho público sobre las antigüedades situadas en extensas propiedades particulares agrícolas, templo u otro. El respeto por la conservación material del pasado, y su importancia como fuente del conocimiento histórico, no significaba ningún valor, si antes no se salvaguardaba el derecho privado. Al respecto el diputado señor Borda expresó nítidamente la diferenciación entre la conservación de antigüedades y la defensa de la propiedad privada:

Nosotros los representantes, junto con el entusiasmo que nos inspira y el [LEGIBLE] que a todos nosotros no merecen la dinastía incaica y lo que con los primitivos pobladores del Perú, nuestros antecesores se refiere estamos, también obligados a cautelar todos los derechos y no podemos admitir que se den disposiciones que signifiquen en algún modo conculcar derechos y en otros casos autorizar despojos.¹⁸¹

Los representantes del pueblo, a través de los diputados, tomaban parte por la gran “mayoría” de los ciudadanos, dueños de fundos, y a quienes la representación estaba obligada “a cautelar todos los derechos” La no supremacía de lo público sobre lo privado significó la debilidad de la intervención estatal en la regulación del individuo y de los grupos infraestatales. El interés colectivo, o del grupo interesado en proteger las antigüedades, no se encontraba reflejado en la representación del Estado, obligado a cautelar su pasado material; y ello porque estamos todavía ante un Estado frágil, y en donde la representación y los cargos públicos seguían siendo privilegio de ciertas familias, gran parte de ellas poseedoras de haciendas y fundos, que de aprobarse la ley serían los más afectados. Esto explica, en parte, el vaivén burocrático y político de proyectos que pretendían declarar a las antigüedades

¹⁸¹ Diario de debates de la Cámara de Diputado. Legislatura ordinaria 1918. pp. 506.

propiedad del Estado: sujetos, casi siempre, a una férrea oposición, dilatación del debate y el traspaso del proyecto a otras comisiones del parlamento que a decir de un diputado significaba, esto último, dar por finalizado el asunto, sin llegar a un acuerdo. Mientras lo social y lo académico demandaba la conservación y estudios de las antigüedades, la esfera política rechazaba su reconocimiento en propiedad del Estado por atentar contra la propiedad del derecho privado; agréguese a ello las disputas y celos personales entre Julio C. Tello, Emilio Gutiérrez de Q. y Miguel Corbacho, etc., todos ellos a favor de la protección, pero sus discrepancias debilitaron los proyectos de ley y la debida organización del Museo de Historia Nacional.

En resumen, el valor otorgado a las antigüedades propició que la sociedad se organizara en asociaciones con la finalidad de conservarlas y protegerlas, no sólo del abandono, sino también cuestionando a las comisiones científicas extranjeras que al estudiarlas optaban por llevarse los objetos o piezas históricas. No es casual, entonces, la formación de asociaciones coincidentemente con la presencia de la comisión científica de la Universidad de Yale a cargo de Hiram Bingham. Los hallazgos de Choquequirau (1909) y Macchu Picchu (1911) pusieron en alerta a los grupos sociales interesados, que inmediatamente exigieron al gobierno tomara medidas conducentes al resguardo de los objetos que la comisión de Yale pudiera hallar. Además de esta exigencia se pedía modificar la ley de 1893, que favorecía al receptor de la licencia de apropiarse de los objetos arqueológicos únicos, hallados en las excavaciones. La constante demanda de protección y la aprobación de una nueva ley mediante la cual declarara propiedad del Estado a toda construcción antigua no lograron cuajar en el parlamento, pese a reiteradas presentaciones de proyecto de ley en los años 1905, 1907, 1912, 1915, 1916 y 1918. Los opositores al proyecto de ley situaban su defensa en la inviolabilidad del derecho privado, reflejado en las grandes extensiones territoriales en propiedad de haciendas, fundos y otros. Los dueños veían con suma preocupación la plasmación en ley y por consiguiente, la apropiación de las construcciones prehispánicas “afectando” su propiedad.

Está demás decir que ante tales dificultades fuera imposible la plasmación del proyecto de ley. Aun así, de aprobarse, la capacidad económica del Estado hubiera sido otra dificultad a superar, como se constata hoy en día el abandono de las construcciones antiguas, por la carencia de recursos económicos. El contexto nacionalista que proponía la difusión de la Historia Patria no fue suficiente. La debilidad y lo ambiguo de las iniciativas políticas, sociales, culturales, etc., muestran hoy en día el estado de abandono de nuestro patrimonio cultural, todo ello al amparo de leyes complejas e incompletas, “protegidas” actualmente por el Instituto Nacional de Cultural (INC) con un personal resignado y sin los medios económicos, y peor aun, a merced de invasiones por ocupar un espacio habitacional. Es necesario volver, con la iniciativa y el entusiasmo de inicios del siglo XX, a conceder la importancia en el conocimiento de la Historia Patria, pero esta vez empezar desde la “patria chica”, promoviendo la protección del patrimonio cultural local, y en consecuencia, promueva la identidad local y nacional.

Conclusiones:

1º La nueva representación política de la nación surgida tras la independencia hizo suyas las antigüedades históricas, asignándoles un valor representativo en la formación de la nación.¹⁸² Por otro lado, la ciencia etnológica le asignó un valor científico por el grado de civilización alcanzado en el pasado. Si bien esta doble identificación, por parte de la política y la ciencia, reconoció y presentó ante la comunidad alfabetada la aceptación del valor de las antigüedades, en la imagen nacional, ello no fue suficiente para detener el abandono y destrucción, ni significó una política de Estado en la protección y conservación, excepto en algunos gobiernos.

2º El anhelo de constituir una auténtica nación donde los miembros que la conforman -la sociedad- asumieran conscientemente sus deberes y derechos ciudadanos llevó a las elites a promover el conocimiento del pasado. En ese sentido, la Historia fue vista como una disciplina de suma importancia capaz de encontrar y enseñar las tradiciones, glorias, derrotas y lecciones de moralidad. La Historia debía ser, entonces, la fuente del pasado e inspiradora del futuro que pudiera dirigir al país a su progreso y desarrollo.

3º Convertir a Lima en una ciudad moderna, en la cual el ciudadano debía despojarse de los hábitos y conductas coloniales por la actitud de un burgués europeo, fue un aspecto que impulsó la creación de espacios públicos donde el individuo se formaría en los valores y conducta moral del hombre blanco. La presencia institucional, como fue el caso, del Instituto Histórico (1905), y el Museo de Historia Nacional (1906) serían apropiados como espacios de socialización, cultivadora de la Historia Patria y de la educación moral. Alcanzar una ciudad y prácticas sociales modernas, implicaba necesariamente la creación de instituciones y espacios públicos que representaran tal modernidad. Así el discurso de

¹⁸² En el artículo correspondiente a Enrique Florescano, el autor señala la importancia de la ilustración en la valoración de las antigüedades, además, agrega el autor, la fundación de los nuevos estados independientes impuso la necesidad de crear el pasado, tanto escrito y material y, “la búsqueda de identidad” (Florescano 2004: 154).

modernidad propició la creación de instituciones que tenían la función de velar por el pasado. La modernidad y el pasado material se articulaban con la finalidad de instruir y formar al individuo en el ideal de nación.

4° La sensibilidad por la Historia generó opiniones a favor de quienes se encontraban interesados de conservar las antigüedades e impedir su destrucción o despojo del país. Reunirlas, exhibirlas, conservarlas y divulgarlas en forma adecuada fue la demanda de la opinión pública al Estado. Es probable que no exista en nuestro recorrido histórico etapa alguna donde haya arraigado mayor interés respecto a la Historia vista como disciplina formativa del “carácter nacional” y elevadora de sentimientos patrios. La reflexión de los intelectuales y de la Generación del 900 y de los hombres políticos, respecto a la Historia, fue vista como un valioso medio para encontrar “el alma nacional”, ya que sin ella era imposible encontrar el camino del desarrollo y del progreso para el país. Es importante distinguir la apreciación de las elites al esgrimir el valor de la Historia vinculando “el progreso del país” con “la formación del carácter nacional” Ambas, en sí, constituían ideales y anhelos a alcanzar por partes de las elites.

5° El discurso sobre la Nación y la Historia generó motivaciones y entusiasmo colectivo en la población, que acudió solícita a colaborar con el gobierno en constituir el Museo de Historia Nacional. Posiblemente el desprendimiento de objetos antiguos no haya sido innumerable o total por parte de los grandes poseedores -la iglesia y las familias limeñas-, pero su concesión significó la entrega voluntaria en pro de la patria y de la nación. Constituir un museo, lleno de objetos, significó una puerta abierta para conocer el desarrollo alcanzado en el pasado (a la luz de la ciencia que reconocía al Perú como un foco de civilización), un lugar donde con “lecciones prácticas” podría formarse “el carácter nacional”. Los objetos antiguos exhibidos en la inauguración del Museo de Historia guardan un doble significado: por un lado el conocimiento que la arqueología explica al desenterrarlos; y por otro, el valor patriótico por el que fuera donado.

6° El clima nacionalista no fue suficiente para que la clase política, propietaria de terrenos de cultivo, cediera a la aprobación de una ley que reconociera al Estado como propietario de las antigüedades monumentales, ya que con ello se atentaba contra los intereses de propiedad particular que los parlamentarios ostentaban; muchos de ellos eran representantes de familias poseedoras de extensas haciendas. Las razones señaladas ejercieron y determinaron el rumbo de los proyectos de ley quedando en el sueño de la espera.

BIBLIOGRAFIA

Fuentes primarias

BASADRE, Jorge. *Historia de la República*. Tomos IX-X-XI-XII-XIV- XVI. Edición Universitaria. Lima 1968.

BASADRE, Jorge. *La multitud, la ciudad y el campo*. Ediciones Mosca Azul 1980.

BASADRE, Jorge. *Historia de la República*. Tomo VIII. Universidad Ricardo Palma y diario La República. 1998

CAPLAN, M. *Geografía descriptiva del Perú*. Imprenta 1859.

CIEZA DE LEON, Pedro. *Crónica del Perú*. Pontificia Universidad Católica. Lima 1986.

COLEGIO GUADALUPE. *Colegio Guadalupe su 1er. centenario de 1840-1940*. Imprenta 1943.

DELANAY, Julia Rosa. *El Pueblo hebreo*. Lima tipografía La Voce d' Italia. 1908

DELANAY, Julia Rosa. *Necesidad de los Profesores destinados a difundir la instrucción primaria entre los indios del Perú, hablen el quechua como idioma auxiliar*. EN: *El Comercio*, 14 de Diciembre de 1908.

DE LA VEGA, Garcilazo. *Los Comentarios Reales*. Talleres gráficos los Libertadores de América 1987.

FUENTES, Manuel Atanasio. Lima, apuntes históricos, descriptivos, estadísticos y de costumbres 1867. Banco Industrial del Perú 1985.

GARCIA CALDERON, Francisco. *El Perú Contemporáneo*. Fondo Editorial del Congreso 2001.

GUTIERREZ DE QUINTANILLA, Emilio. *Memoria del director de Historia Nacional (1912-1921)*. Lima 1921.

GUTIERREZ DE QUINTANILLA, Emilio. *El Manco Cápac de la arqueología peruana. Julio C. Tello contra E. G. de Quintanilla*. Lima 1922.

INSTITUTO HISTORICO del PERU. *Museo de Historia Nacional*. Imprenta La Industria- Lima 1906.

LARRABURRE UNANUE, Eugenio. *Cañete. Apuntes geográficos, históricos, estadísticos y arqueológicos*. Edición 1874.

LARRABURRE UNANUE, Eugenio. *Monografía Histórico americana*. Edición 1893

LARRAGAÑA, Eliseo. *Geografía descriptiva del Perú*. Imprenta 1876.

LORENTE, Sebastián. *Historia Antigua del Perú*. Edición 1860.

LORENTE, Sebastián. *Compendio de literatura para uso de colegios y de las personas ilustradas*. Edición 1875.

LORENTE, Sebastián. *Historia antigua del oriente*. Imprenta 1876.

LORENTE, Sebastián. *Historia de la Civilización Peruana*. Edición 1879.

MARIATEGUI, José Carlos. *7 Ensayos de interpretación de la Realidad Peruana*. Biblioteca Amauta 48ª edición 1986.

MIDDENDORF, Ernest. *Perú Observaciones y Estudio del país y sus habitantes durante una permanencia de 25 años*. 3 Tomos UNMSM 1973.

MUSEO NACIONAL. *Memoria del Ministro de Gobierno y Policía, Obras Públicas y Estadística, Fernando Palacios*. En Revista del Museo Nacional. Tomo XL 1974.

NÚÑEZ, Estuardo. *Cuatro viajeros alemanes al Perú*. UNMSM 1969

PALMA, Clemente. *El Porvenir de las razas en el Perú*. Tesis publicada en 1897. Lima Imprenta Torres Aguirre 1897.

POLO, Toribio J. *La Piedra de Chavín* 1900. Imprenta.

PORRAS BARRENECHEA, Raúl. *Fuentes Históricas Peruanas*. Lima 1963.

RAIMONDI, Antonio. Huari. *Huamalíes, Huaylas, Huaras*. EN Sociedad Geográfica de Lima. Tomo X, trimestres. 7, 8 y 9. Año 1900.

RAIMONDI, Antonio. *Antigua Civilización entre Pacasmayo y la Cordillera*. EN Sociedad Geográfica de Lima. Tomo XIII trimestre 2 .

RIVA AGÜERO, José De La. *Carácter de la Literatura del Perú Independiente*. Tesis de bachillerato. 1905

RIVA AGÜERO, José De La. *Paisajes Peruanos*. Auspiciado por el Gobierno revolucionario del Perú . Programa de divulgación cultural PEISA 1974

RIVA AGÜERO, José De La. *Ensayos Jurídicos y filosóficos*. Obras completas. Pontificia Universidad Católica del Perú. Lima 1979.

RIVA AGÜERO, José De La. *Epistolario*, Volumen II Instituto Riva Agüero y PUCP 1998

RIVA AGÜERO, José de la. *La Historia en el Perú*.

RIVERO, Eduardo Mariano De *Las antigüedades peruanas*. Viena 1851.

SQUIER KULMER, George *Un viaje por tierras incaicas. Crónica de una expedición arqueológica*. UNMSM 1974.

TSHUDI, Jacobo Von. *Contribución a la Historia , civilización y lingüística del Perú antiguo*. Año de publicación MCMXVII.

TAURO, Alberto. *Viajeros en el Perú republicano*. Imprenta de San Marcos 1967.

TELLO, Julio C. MEJIA XESSPE Toribio. *Historia de los Museos Nacionales del Perú 1822-1946*. EN Arqueológicas. N° 10 Publicación del Instituto de Investigaciones Antropológicas 1967.

WIESSE, Carlos. *Elementos de la instrucción moral y cívica para la 1ra. enseñanza*. Librería francesa científica Galland. Lima 1907.

WIESSE, Carlos. *Historia del Perú prehispánico para colegios de 2da. enseñanza*. 3ra. edición Imprenta 1923.

WIENNER, Charles. *Viajes por América del Sur. Viajes y Viajeros*. Madrid 1958.

WIENNER, Charles *Perú y Bolivia*. Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA) y UNMSM 1993.

VALDELOMAR, Abraham. *La ciudad de los típicos y otros cuentos*. Ediciones PEISA 1984.

Fuentes secundarias

ANDERSON, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Fondo de Cultura Económica 2000.

ANSION, Juan. *Anhelos y sinsabores. dos décadas de políticas culturales del Estado peruano*. GREDES. 2da edición 1988.

BOBBIO, Norberto. *Estado, gobierno y sociedad. Por una teoría general de la política*. Breviarios del FCE 2001

BURGA, Manuel. *La utopía andina*. Instituto de Apoyo Agrario. 1ra edición 1988.

BURGA, Manuel y FLORES GALINDO Alberto. *Apogeo y crisis de la República aristocrática*. Lima Ediciones Rickchay Perú. N° 8. 5ta. edición 1991.

CASTRILLON, Alfonso. *El Museo Peruano. Utopía y realidad*. Edición 1986.

CONTRERAS, Carlos y CUETO Marcos. *Historia del Perú Contemporáneo*. 2da edición 2000. Instituto de Estudios Peruanos.

CORNEJO POLAR, Jorge (editor). *Las Políticas culturales en América latina: una reflexión plural*. Ediciones APPAC 1989.

FLORESCANO, Enrique.(compilador) *El Patrimonio Nacional de México* FCE. 1ra. reimpresión 2004.

GONZALES, Osmar. *Sanchos Fracasado. Los arielistas y el pensamiento político peruano*. Lima ediciones PREAL 1996.

GOMEZ, Luis. “¿Tiene Sentido Estudiar Historia?” EN Revista Debate Vol. XXII. N° 109. Marzo-Abril 2000. p. 62.

GÜNDUZ, Rená. *El Mundo ceremonial de los huaqueros*. Fondo Universitario de la Universidad Ricardo Palma 2001.

HOBBSBAWM, E. J. *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Editorial crítica Barcelona 1992.

KAULICKE, Peter y otros. *Max Uhle y el Perú antiguo*. PUCP. Fondo Editorial 1998.

- CRISTAL, Efraín. *Una visión urbana de los Andes. Génesis y desarrollo del indigenismo en el Perú 1848-1930*. Instituto de Apoyo Agrario. 1ra. edición 1991.
- LARSON, Brooke. *Indígenas, elites y Estado en la formación de la repúblicas andinas 1850-1910*. Fondo editorial PUCP y IEP 2002.
- LOPEZ –OCON, Leoncio. *El nacionalismo y la Sociedad Geográfica de Lima*. EN *Saberes Andinos Ciencia y tecnología en Bolivia Ecuador y Perú*. Editorial San Marcos 1994.
- MACERA, Pablo. *Viajeros Franceses siglo XVI-XIX*. Biblioteca Nacional del Perú. Embajada de Francia en el Perú. 1999
- MAJLUF, Natalia. *Escultura y espacio público. Lima 1850 - 1879*. Documento de trabajo N° 67 IEP 1994.
- MARQUEZ ZORRILLA, Santiago. *Huari y Conchucos*. Monografía 3ra. edición. Prelatura de Huari 1998.
- MARTORELL, Alberto. *El Patrimonio cultural* 1997. PUCP
- MC. EVOY, Carmen. *La utopía republicana. Ideales y realidades en la formación de la cultura política peruana (1871-1919)*. Lima, PUCP. Fondo Editorial 1997.
- MENDEZ, Cecilia. *Incas sí, indios no: Apuntes para el estudio del nacionalismo criollo en el Perú*. 2da. edición. Documento de trabajo. IEP 2000.
- MOULD DE PEASE, Mariana. *La Historia y la arqueología como fundamentos para nuestro desarrollo*. EN *Suplemento la Industria- Trujillo* 1996.
- MOULD DE PEASE, Mariana. *El Patrimonio cultural de la nación en nuestra agenda política*. EN *Lundero suplemento La Industria -Trujillo* 1997.
- MOULD DE PEASE, Mariana. *La memoria Pérdida del Perú*. EN *Mediterraneum tutela e valorizzazioni dei beni culturali de ambientalo*. Masa editore 2002.
- MOULD DE PEASE, Mariana. *Macchu Picchu y el código de ética de la sociedad de arqueología americana*. PUCP y INC 2004.
- MORGAN, Quero. *Estado y Representación en el Perú. Ensayo de interpretación*. En *Allpanchis* N° 49 1997.

MUÑOZ CABREJO, Fanni. *Diversiones públicas en Lima 1890-1920. La experiencia de la modernidad*. 1ra. Edición 2001. PUCP, CIUP y IEP

NOLBERT, Elías. *La Sociedad Cortesana*. FCE 1982.

OSSIO M., Juan (editor). *Patrimonio cultural del Perú. Balances y perspectivas*. Fomciencias 1986.

PALACIOS RODRÍGUEZ, Raúl. *La Sociedad Geográfica de Lima. Fundación años iniciales*. Universidad de Lima 2002.

PORRAS BARRENECHEA, Raúl. *Mito tradición e Historia del Perú*. Edición 1974.

PORTOCARRERO M., Gonzalo. *Nacionalismo peruano: entre la crisis y la posibilidad*. EN: Márgenes Nro. 03 Año 1988.

PORTOCARRERO M., Gonzalo. *El Perú desde la Escuela*. Primera edición 1989. Instituto de Apoyo Agrario.

PORTOCARRERO M., Gonzalo *El fundamento invisible: función y lugar de la ideas racistas en la República Aristocráticas*". EN: *Mundos Interiores: Lima 1850-1950*. 1ra. edición corregida 1998. Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico.

RAMON JOFFRE, Gabriel. *La muralla y los callejones. Intervención urbana y proyecto político en Lima durante la segunda mitad del siglo XIX*. Lima. Edición 1999

RAVINES, Roger. *100 de arqueología en el Perú*. IEP edición 1970.

RAVINES, Roger y AVALOS Rosalía. *Las antigüedades peruanas y su protección legal*. EN revista del Museo Nacional. Tomo XL. Año 1974

RIVIALE, Pascal. *Los viajeros franceses en busca del Perú antiguo (1821- 1914)*. IFEA y Fondo editorial de la PUCP. Primera edición 2000

RUBIO FATACIOLLI, Alberto. *Sebastián Lorente y la educación en el Perú del siglo XIX*. Primera edición 1990

SANDER, Karen. *Nación y tradición. Cinco discursos en torno a la nación peruana*. Fondo de Cultura Económica 1997.

WACTHEL, Natan. *La visión de los vencidos*. IFEA 1976.

Periódicos y revistas de la época

- El Comercio (1900 -1921).
- El Peruano (1904-1920).
- La Prensa (1904 -1920)
- Prisma, revista ilustrada de artes y letras. Año II. N° 2. septiembre 1906.
- Actualidades, revista ilustrada. Año IV. N° 171. 1906.
- Revista Histórica, órgano de difusión del IHP (1906 -1915)
- Revista Histórica, Boletín de Academia Nacional de Historia. 1993-1995.

Archivos y bibliotecas

- Archivo Histórico y Municipal de Lima (AHML)
 - Ramo Agua puentes y caminos.
- Archivo General de la Nación (AGN)
 - Diario de debates de la Cámara de Diputados y Senadores (1900-1920)
 - Oficios cursados por el Ministro de Justicia, culto e instrucción (1909-1912)
- Biblioteca Nacional Sala de Investigaciones
 - Bibliografía sobre los Viajeros del siglo XIX.
- Biblioteca de la Municipalidad de Lima
 - Memoria presentada por el inspector de ramo de “Agua puentes y caminos” Dr. Néstor U. Castañón. Imprenta de Torres Aguirre 1891.
 - Memoria de Inspección al Parque de la Exposición presentada al Consejo Provincial de Lima 1903 –1904 Librería Imprenta GIL.